

Las Palabras nuevas

Ana Yuli Mosquera Becerra



GOBERNACIÓN
VALLE DEL CAUCA
Secretaría de Cultura

Colección de
Autores Vallecaucanos
Premio Jorge Isaacs 2021



Colección de
Autores Vallecaucanos
Premio Jorge Isaacs 2021

LAS PALABRAS NUEVAS

**CONCURSO COLECCIÓN
DE AUTORES
VALLECAUCANOS**

LAS PALABRAS NUEVAS

CONCURSO COLECCIÓN DE AUTORES VALLECAUCANOS

Premio Jorge Isaacs

Modalidad: Novela

Ana Yuli Mosquera Becerra

Secretaría de Cultura
Gobernación del Valle del Cauca

Santiago de Cali, Diciembre 2021



Colección de
Autores Vallecaucanos
Premio Jorge Isaacs 2021

Gobernación del Valle del Cauca

Clara Luz Roldán González
Gobernadora

Leira Giselle Ramírez Godoy
Secretaría de Cultura

Beatriz Escobar
Líder del Programa

Las Palabras Nuevas
© Autor: Ana Yuli Mosquera Becerra

Jurado calificador Concurso Colección de Autores Vallecaucanos – Modalidad Novela
Sonia Nadhezda Truque, Héctor Fabio Martínez y Hernán Alfonso Toro

Diagramación e impresión:

IMPRETICS E.I.C.E.

www.imprentadepartamental.gov.co

Concurso Colección de Autores Vallecaucanos
Editor: Secretaría de Cultura Valle del Cauca
Edificio Palacio de San Francisco, piso 2 - Tel. 886 00 63

Diseño de ilustración de portada: John Jairo Álvarez C.

ISBN: 978-958-53693-6-8

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio sin autorización de los editores y de los propietarios del copyright

Advertencia: El contenido de esta novela pertenece al mundo de la ficción. Si algún hecho, personaje o lugar descrito en la obra presenta similitud o parecido con personas, eventos o locaciones que hayan existido o existan en la realidad, es mera coincidencia.

Santiago de Cali, Colombia, Diciembre 2021



ÍNDICE

Febrero 13	20
Febrero 14	23
Febrero 15	23
Febrero 16	25
Febrero 17	29
Febrero 18	32
Febrero 21	33
Febrero 22	34
Febrero 23	38
Febrero 24	40
Febrero 25	43
Febrero 26	45
Febrero 27	47
Febrero 28	48
Marzo 1	51
Marzo 2	52
Marzo 3	52
Marzo 4	55
Marzo 5	57
Marzo 6	57
Marzo 7	58
Marzo 8	60
Marzo 9	65
Marzo 11	66
Marzo 12	67
Marzo 13	67
Marzo 14	67
Marzo 15	70
Marzo 16	71
Marzo 17	74
Marzo 18	75
Marzo 20	76
Marzo 21	76
Marzo 22	77
Marzo 23	77
Marzo 24	77
Marzo 25	79
Marzo 26	79
Marzo 27	80

Ana Yuli Mosquera Becerra

Marzo 28	80
Marzo 29	81
Marzo 30	82
Marzo 31	83
Abril 1	83
Abril 2	84
Abril 3	87
Abril 4	87
Abril 5	88
Abril 6	88
Abril 7	88
Abril 8	89
Abril 9	90
Abril 10	92
Abril 11	93
Abril 12	94
Abril 13	95
Abril 14	97
Abril 15	97
Abril 16	97
Abril 17	97
Abril 18	98
Abril 19	101
Abril 20	101
Abril 21	102
Abril 22	102
Abril 23	106
Abril 24	107
Abril 25	107
Abril 26	110
Abril 27	110
Abril 28	111
Abril 29	111
Abril 30	113
Mayo 1	114
Mayo 2	114
Mayo 3	115
Mayo 4	116
Mayo 5	117
Mayo 6	117
Mayo 7	119
Mayo 8	126
Mayo 9	128
Mayo 10	128

Las Palabras Nuevas

Mayo 11	129
Mayo 13	130
Mayo 14	131
Mayo 15	132
Mayo 16	132
Mayo 17	137
Mayo 18	138
Mayo 19	138
Mayo 20	138
Mayo 21	139
Mayo 22	139
Mayo 23	141
Mayo 24	142
Mayo 25	143
Mayo 26	143
Mayo 27	144
Mayo 28	145
Mayo 29	146
Mayo 30	146
Mayo 31	147
Junio 3	150
Junio 4	150
Junio 5	151
Junio 6	152
Junio 7	153
Junio 8	153
Junio 9	154
Junio 10	156
Junio 11	156
Junio 12	157
Junio 13	160
Junio 14	161
Junio 15	164
Junio 16	165
Junio 17	167
Junio 18	168
Junio 19	168
Junio 20	169
Junio 21	170
Junio 22	171
Junio 23	173
Junio 24	175
Junio 25	175
Junio 26	176

Ana Yuli Mosquera Becerra

Junio 27	177
Junio 28	177
Junio 29	182
Junio 30	183
Julio 1	185
Julio 2	185
Julio 5	187
Julio 6	187
Julio 7	188
Julio 8	190
Julio 9	191
Julio 11	192
Julio 12	194
Julio 13	194
Julio 14	197
Julio 15	197
Julio 16	201
Julio 17	202
Julio 18	202
Julio 19	202
Julio 20	203
Julio 21	203
Julio 22	204
Julio 23	205
Julio 24	205
Julio 25	206
Julio 26	206
Julio 27	208
Julio 30	209
Agosto 1	209
Agosto 2	210
Agosto 3	211
Agosto 4	212
Agosto 6	213
Agosto 7	214
Agosto 8	215
Agosto 9	215
Agosto 10	216
Agosto 12	217
Agosto 13	218
Agosto 14	221

LAS PALABRAS NUEVAS

En mi época de maestra de escuela me hice a una caja que decoré y bauticé: “Gentilezas”. En ella guardé recuerdos de mis estudiantes: mensajes del día del profe, tarjetas, versos, notas de disculpas por la tarea no entregada, frases de agradecimiento; dibujos, flores, ranas y barcos de papel; algunas fotografías de un paseo al río o de la clausura del año escolar. Allí guardé todo lo que más pude.

Cada cierto tiempo prometía a mí misma deshacerme de la caja, pero nunca lo hice. Hoy, casi veinte años después, me alegro no haber madurado esa idea. Ahí adentro estaba guardado este cuaderno que una querida estudiante me regaló el día que se graduó de bachillerato.

Gracias, María del Carmen

LAS PALABRAS NUEVAS

Como la escuela está cerrada, mi mamá me dio permiso de utilizar este cuaderno para escribir lo que yo quiera. Este es mi cuaderno de escritura y en la clase sólo utilizamos treinta hojas; las otras setenta están limpias y sin orejas.

La profe Edilma decía que mi cuaderno era el más ordenado y bonito del salón. Creo que es por mi letra redondita y mi buena ortografía. Claro que a veces me cuesta escribir algunas palabras, pero con la ayuda del diccionario que me compró mi mamá he mejorado bastante. Ella cuenta que yo aprendí a escribir sola, dice que fue un gusto que cogí pequeña y que las vocales fueron las primeras en hacerse mis amigas. Recuerda que me la pasaba diciendo: esa es la A con la que se escribe Ala, Abeja, Azul, Andar. Aquella es la E con la que se escribe Estrella, Escoba, Empanada, Empezar. Esa de allí es la I con la que se escribe Imán, Idioma, Iguana, Inventar. Oso, Olla, Oriente, Opinar se escriben con O. Uno, Uva, Uña, Unir inicia con la U. Eso cuenta mi mamá. Yo, por mi parte, recuerdo que las letras siempre me gustaron y mucho más cuando descubrí que al unirlas nacían las palabras y que las palabras al juntarse daban paso a las oraciones y las oraciones creaban mundos nuevos a los cuales podía entrar.

Tengo en mi cabeza los días en los que le preguntaba a mi hermano Augusto qué dice allí, cómo se escribe una palabra, por qué la H es muda, por qué la Ñ lleva sombrero... Él, que es dos años mayor que yo, y que para ese entonces estaba en la escuela, intentaba darme respuestas. Ahora que estoy escribiendo, caigo en la cuenta que su ayuda y mis ganas de aprender a escribir fueron las que me llevaron a escribir en la pared de la cocina mi nombre completo: María del Carmen. Yo tenía seis años, y, sin embargo, me parece escuchar la voz enojada de mi papá preguntando quién rayó la pared que hacía poco había pintado con cal. Mi hermano me señaló. Entonces mi papá me miró; yo bajé la cabeza esperando un buen regaño, pero lo único que recibí fue un: niña, escribir en las paredes no está bien. Estoy segura que esto molestó a Augusto como aquella vez que yo estaba en segundo grado y la profesora decidió que ya estaba lista para tercero. “Ella aprende rápido” fue la única explicación que le dio a mi mamá. Yo tenía siete años y medio, un maletín rosado que hacía juego con mi cartuchera, dos amigas con las que jugaba en el recreo, y un pupitre al pie de la única ventana, así que no entendía y no deseaba para nada el cambio de grado; Augusto, por su parte, no quería tenerme como compañera de salón, así que la noticia sólo alegraba a los adultos. Ellos, los grandes, se quedaron sin saber lo que mi hermano tuvo que escuchar, desde la primera semana que ocupé un pupitre de tercero. “Lo alcanzó la hermanita” “Debería seguir el buen ejemplo de ella” “Son tan diferentes que no parecen hermanos”. Augusto apretaba los dientes y sus ojos se le encharcaban. Yo solo lo miraba.

Hay algo muy bueno que recuerdo de esa época y fue la tarde en que mi mamá llegó del trabajo y vació sobre la mesa una bolsa con libros y revistas. “Doña Liliana los iba a botar y pensé que a usted y a sus hermanos les servirían”, nos dijo. Recuerdo que entre ellos estaba un diccionario gordo, pesado, que aún sigo usando, lleno de palabras cortas y largas.

Esos libros, me alegraron los días cuando era pequeña, eran algo así como el sol después de un largo día de lluvia.

Ahora que estoy grande y comencé bachillerato los libros me siguen gustando tanto como escribir, y es por eso que voy a llenar este cuaderno de palabras que al juntarse contarán... En verdad no sé qué contarán, pero aquí voy escribiendo.

Rosa Esperanza Castillo Balanta se llama mi mamá y nació en el Chocó hace treinta y siete años. Ella tiene la piel bien oscura, las caderas grandes y las piernas largas. Su cabello es apretado, sus ojos negros y brillantes, sus labios gruesos y sus dientes blanquitos. A ella no le gusta el bochinche ni la pelea como tampoco que andemos en la calle o pasemos el día sin hacer nada.

Mi mamá trabaja como muchacha del servicio en la casa de doña Liliana. Escribo muchacha del servicio porque las palabras “manteca” “guisa” o “sirvienta” las detesto. El solo

oír las me llenan de rabia, como pasó el miércoles pasado: mi mamá y yo íbamos cruzando la autopista Simón Bolívar y unos muchachos desde un carro nos gritaron: “¡Adiós mantecas!”. Inmediatamente me agaché y cogí una piedra para lanzárselas, pero mi mamá sin ninguna muestra de enojo me agarró la mano y me preguntó qué va a hacer. Le respondí: “¿No oyó lo que gritaron?” Y ella, muy tranquila, dijo: “Aprenda a escuchar lo importante”. Esa vez yo me quedé con mi rabia guardada.

Mi mamá cree que yo aún sigo siendo una niña que no sé nada de nada. Ella no sabe qué hace tiempo me da cuenta que hay gente a la que no le gustamos por tener la piel oscura. No olvido que en un recreo Novoa gritó que los negros éramos brutos y ladrones, y como no era la primera vez que utilizaba esas palabras para ofendernos, yo lo enfrenté:

– Pues yo no soy ni lo uno ni lo otro.

– Con usted no es la cosa, María del Carmen.

– Claro que sí, ¿acaso está ciego? ¡Míreme bien!

Cerca estábamos Lady Lorena, Javier, Manuel, Patricia, Miranda y Pacho. Ninguno, estoy segura, esperaba que yo me metiera con el busca pleitos de Novoa.

– Ya le dije que con usted no es la pelea. No sea sapa. Además, usted no es negra... usted es renegrada”, dijo y soltó la carcajada. Nadie se rio.

– Soy renegrida, ¿y?

Entonces Javier Murillo se paró a mi lado.

– ¿Se la va a montar? –le preguntó.

Lady le dijo que dejará la pendejada porque un día de estos se iba a ganar unos buenos guamazos por andar ofendiendo a la gente.

– A mí no me ofende que me diga negra- dije ya sin una pizca de temor –Lo que me ofende es que diga que somos brutos y ladrones.

Novoa iba a hablar, pero Javier se le adelantó diciéndole que los blanquitos como él se creían más que nosotros los negros, pero entonces protestó con justa razón Lady Lorena:

–¿Cómo así? – Yo no me creo más que nadie.

–Usted no, pero blanquitos como éste, hay bastantes.

–Uy hermano, le dieron palo – le dijo Manuel.

– Lo cachetearon– añadió Patricia.

Novoa quiso defenderse, pero no lo dejamos hablar.

–Sabe qué, Novoa, si usted vuelve a ofendernos se olvida de jugar con nosotros fútbol, se va a tener que buscar otro parche- le dijo Javier.

Todos estuvimos de acuerdo y hasta Pacho, el más pequeño de nosotros, le sostuvo la mirada. Novoa se quedó callado. Ya no se veía ni tan alto ni tan grueso.

Ese día Javier nos contó que muchas veces cuando él y los muchachos que entrenan en Pance se suben al bus, la gente los mira con desconfianza, y que fue por esa razón que empezó a llevar los guayos colgados en los hombros. “Yo les muestro que no soy ladrón sino un futbolista”, nos dijo.

–Si Novoa que no tiene ni para una manga viche con sal, es racista, ¿se imaginan cómo es la gente que tiene plata?
– dijo Manuel.

– Ya suéltenme, suéltenme.

–¿Por qué? Aguante que usted comenzó con esto –dije.

–Usted se cree mucho María del Carmen...la mejor del salón.

– Ella no se cree, ella es la mejor del salón–aseguró Javier.

–Pues claro, si se la pasa pegada de los libros.

Javier le dijo a Novoa que cada persona tiene sus sueños, que él, por ejemplo, va a entrenar fútbol porque quiere ser jugador profesional.

– ¿Y ella va a ser doctora?

– Lo que ella quiera –aseguró mi amigo.

Esa mañana aprendí que cuando alguien me ofenda por mi color de piel debo hacerle frente.

Yo ya sé que significa la palabra “racista”. No necesito buscarla en el diccionario.

Ayer escribí que hay gente blanca que es racista y hoy me pregunto: ¿Hay personas negras que lo sean? Esto me vino a la cabeza cuando recordé a la abuela de Yiya.

La abuela de Yiya tiene la piel oscura como la noche. Ella tiene varios hijos e hijas y una es la mamá de Yiya, que es color chocolate. La mamá de Yiya se embarazó de Jorge quien es más oscuro que su suegra, y Yiya nació con la piel más oscura que su abuela. Esto parece un trabalenguas ja, ja, ja, ja... Sin embargo, la abuela de Yiya asegura que en su familia no hay gente negra. Cada vez que puede, ella explica que sus hijos y nietos son claritos, o canelitas, o morenitos, pero no negros. Me pregunto que si pensar de esa manera la convierte en una persona racista.

¿Y mi papá? ¿Es racista? ¿Su caso es distinto al de la abuela de Yiya? Es que a veces dice cosas que me hacen pensar que sí es racista. Un ejemplo podría ser este: una noche él estaba sentado en el portón de la casa con mis hermanos, y no sé por qué les dijo que nosotros por ser negros llevamos todas las de perder.

— ¿Por qué les dice esas cosas? —le preguntó mi mamá que estaba doblando ropa en la mesa del comedor.

– ¿Qué cosas? –le preguntó él.

–Pues, eso que por ser negros llevamos las de perder. Mejor anímelos, dígales que tienen que estudiar duro para salir adelante y ser alguien.

Mi papá le dijo que esos eran cuentos, que en este país los negros no pintamos para nada. Mi mamá no se quedó callada y le respondió que esas ideas eran las que no lo dejaban avanzar.

–¿Seguro usted llegó muy lejos? –dijo él parándose en la puerta.

Luis y Augusto se levantaron de donde estaban y se pararon junto a mí. Ya anticipábamos otra pelea.

Mi mamá no se quedó callada, ella le dijo que en su casa no había llegado lejos, pero que sus hijos podríamos tener una mejor vida.

–Usted no ha dejado de soñar, Esperanza.

–Los sueños se pueden realizar –le aseguró ella.

Mi papá soltó la carcajada, y luego preguntó: “¿Cómo se hicieron realidad los suyos?”. Mi mamá tragó grueso y clavó los ojos en el cerro de ropa que estaba doblando. Su tristeza se regó por la casa. Ella había soñado con ser maestra, pero no pudo serlo porque a los diez años mi abuela murió y se llevó con ella su niñez.

Su papá, es decir, mi abuelo, la sacó de la escuela para que cuidara a sus cuatro hermanos pequeños. Así que tenía que cocinar, lavar y cuidar el sembrado de ñame y yuca, y dos veces a la semana iba al río a pescar pepitas de oro con sus tías Jesusa y Ana. A los catorce años la llevaron a trabajar de interna en una casa de familia y de esa casa pasó a otra, luego a otra y ya no volvió a la escuela. Ella se quedó leyendo y escribiendo como una niña de segundo grado y eso la avergüenza, yo lo sé, y por eso cuando tiene que leer un papel importante yo lo hago en su lugar. Le leo despacio, sin saltarme las comas ni los puntos para que lo entienda todo y si algo no le queda claro vuelvo y leo. ¡Ah, pero en cambio para sumar y restar, mi mamá es una porra! Ella saca, pone y vuelve a sumar cada peso de su quincena y así nos mantiene a todos. Gracias a ella hasta ahora nunca nos hemos acostado con hambre y cuando la plata no alcanza, ella fía donde el Paisa. Sólo una vez, eso puedo jurarlo, ella recurrió al truco del delantal: esconder en el bolsillo un pedazo de carne o un poco de arroz. Esa vez la vergüenza no la dejó probar bocado. Creo que las palabras que siempre nos decía, “Mucho cuidado con coger lo ajeno”, le cerraron la garganta.

Febrero 13

Desde hoy hasta que abran la escuela, cada vez que escriba en este cuaderno anotaré la fecha, así será como el diario que me regalaron cuando hice la primera comunión. Era rosado y tenía una llavecita que guardaba debajo de mi almohada. Allí escribí algunas cosas que me pasaban en la escuela y aquí en mi casa, también hice muchos dibujos

que pinté con los colores nuevos que me regalaron. ¿Dónde lo habré dejado?

En ese entonces tenía 9 años y las cosas no eran tan difíciles o por lo menos yo no las veía así. No había por ejemplo tantas pandillas en el barrio. Ahora hay varias y los enfrentamientos entre estas han dejado varios muertos en la calle y uno en mi escuela. Era una tragedia que se veía venir, pero ni los profesores, ni los estudiantes, ni la gente del barrio, ni la policía, la pudieron evitar.

Aquí en el Distrito hay más pandillas que en toda la ciudad y sus enfrentamientos dejan muchos muertos. El caso es que tres nuevas pandillas aparecieron en el barrio: Malandrines, que son los dueños de la calle 72 hasta la esquina del movimiento; Los XX, a quienes les pertenece el callejón y las cinco cuadras siguientes; Los Piquiñas, ellos son los que más territorio tienen y por eso se pasean libremente por el centro del barrio, es decir las cuadras donde queda la casa comunal, las iglesias Cristo Redentor y Pentecostés Unida, la cancha y los metros y metros de la invasión. Algunos de ellos eran estudiantes de mi escuela, y al principio los enfrentamientos eran a puño limpio y patadas. Luego vinieron los garrotes y las piedras. Era casi como un juego de niños. De pronto llegaron las armas y las cosas se pusieron muy fregadas. La sangre joven empezó a salpicar las calles, los parques, las tiendas y las peluquerías. Uno de los pocos lugares que respetaban las pandillas era la escuela, pero un día esa reverencia se perdió y la muerte corrió en el patio del recreo. Fue el miércoles 4 de febrero,

lo recuerdo muy bien: eran como las ocho y media y ya casi salíamos al descanso, cuando entró corriendo al salón Robinson, el de quinto grado, y gritó: ¡Rafa, el Mechas viene por usted! El marcador verde con el que la profe Edilma escribía en el tablero, no había caído al piso y ya Rafa, Carlos, Marina, Memo y Robinson, estaban armados.

—¡No salgan muchachos! —quiso detenerlos la profe.

—Esos perros vinieron a guerrear y guerra les daremos —gritó Memo.

La profe nos ordenó que permaneciéramos en nuestros pupitres, pero cuando ella salió detrás de los muchachos, le desobedecimos: todo grado octavo la siguió. Vimos que en el corredor ella alcanzó a los muchachos y les insistía que regresaran al salón, que guardaran las armas, que pensarán en sus mamás, pero ellos no la escuchaban, y sólo cuando sonó el primer disparo, la profe Edilma, se dio cuenta que ya nada podía hacer.

Recuerdo que Lady Lorena gritó que me tirara al piso y así lo hice. Desde ahí pude ver cómo en el patio de recreo, el de la izada de bandera, el de los picaditos de fútbol, caía Memo. Todo pasó rápido: vi al Mechas y sus amigos volar hacia la calle. Vi a Rafa y a los suyos correr detrás de ellos. Vi a dos profesores y a mis compañeros rodear a Memo. Vi a la mamá de éste, entrar gritando: “¿Dónde está mi muchacho?” La vi alzarlo como si fuera un recién nacido y salir corriendo con él para el puesto de salud. Vi la muerte correr por el patio de mi escuela sin que nadie le hiciera zancadilla.

Febrero 14

Hoy estuve en mi escuela, bueno, no es que haya entrado, solo caminé por sus alrededores, y es triste ver que los ladrones se han llevado varias puertas, algunas tejas y las dos canecas grandes de basura. Por la parte de atrás, las matas de frijoles que sembramos en la clase de ciencias, fueron tragadas por la maleza que está muy alta.

Mi escuela nunca fue bonita porque lleva años sin pintarse, los salones son oscuros y calientes, hay vidrios rotos, pupitres cojos, tableros requeteviejos, y baños que huelen feo. Sin embargo, yo le tengo un gran cariño porque allí he aprendido muchas cosas, conocí a mis amigos, compartí con mis hermanos, y sobre todo porque creo que en esa escuela destartalada, florecen los sueños de los que tanto hablan mi mamá y la profe Edilma.

Febrero 15

“Risitas”, debería llamarse Lady Lorena por la alegría en la que siempre anda. Ella, mi mejor amiga, tiene los ojos grandes y cafés, el cabello largo, es alta, más o menos gordita y usa sostén talla 34. Lady Lorena ha tenido muchos novios o parches como ella dice. Uno de esos fue Javier Murillo. Él, cuando estábamos en séptimo grado, estuvo loquito por ella, tanto así que una vez le escribió en el tablero: “Lady Lorena, me gustás un resto”. La clase entera lo chifló, pero él se mantuvo tranquilo, sonriente.

– ¡Qué tal el Javier con las que sale! –me dijo Lady en el recreo- Yo no estoy para meterme con muchachitos.

Le recordé que él y ella tenían la misma edad a lo que me respondió que ella prefería novios grandecitos. Pasó como una semana y Javier se atrevió a pedirle que fueran novios, pero ella no aceptó. A los pocos días él le regaló una cadenita de plata y entonces, Lady Lorena le dio el sí. Ella me explicó que era para quitárselo de encima.

Al principio, a mi amiga no le gustaba entucar con Javier. En realidad, a ella no le gusta besar en la boca a ninguno de sus novios porque su mamá le había metido en la cabeza que los besos eran sucios, así que Javier se llenó de paciencia y poco a poco Lady Lorena le fue encontrando el gusto a sus besos y echó al olvido las palabras de doña Olga. Ellos fueron novios dos semanas y yo, como siempre, fui la razonera y escritora de la carta de amor y el acróstico que mi amiga le mandó a su novio. “Ay, María C, escribí vos que a mí tanta melosería me aburre”, me dijo y yo acepté. Pero con lo que no contábamos era que Javier rápidamente nos descubriría:

–Gracias por los escritos –me dijo él en un recreo.

Yo me hice la que no entendía.

–Ay María C. no se haga... –dijo con una sonrisita.

Entonces me apresuré a decirle que la letra era mía, pero que todo lo que allí estaba escrito me lo había dictado Lady Lorena.

– Yo sé que usted es la única del salón que escribe cosas tan bonitas –dijo y se marchó. Corrí a contarle a Lady lo sucedido, y ella dijo que no le importaba porque de todas maneras ya pensaba terminarle.

Esa misma noche dejaron de ser novios y yo gané un amigo que cada vez que pasaba por mi casa grita: “¿Cómo van esos poemas, María C?”.

Lady y yo somos amigas desde que ella tenía diez años y yo nueve. Somos muy distintas y tal vez por eso somos tan unidas. “Somos uña y mugre. María del Carmen es la uña y yo la mugre”, dice ella muerta de la risa.

Febrero 16

Hoy mi papá cumplió cinco meses sin venir a la casa. El tiempo pasa y él no regresa. Es raro, pero a pesar de lo difícil que era vivir últimamente con él, mis hermanos y yo lo extrañamos. A mi mamá le pasa algo distinto, lo sé. Ella se ve más tranquila. “Por mí que no regrese nunca más, que bastante le he aguantado” dijo el día que él se marchó. Y eso era cierto. Mi papá había cogido el vicio de pegarle y aunque ella se defendía, sus brazos musculosos de tanto echar pala y cargar ladrillo, la mandaban lejos.

Antes, mi papá no era así. Él le hablaba con cariño y hasta la besaba en la boca delante de nosotros, sin embargo, las cosas cambiaron cuando se quedó sin trabajo. Primero se llenó de tristeza y luego vino la rabia. Ya nunca más

volvimos a ver al papá que se levantaba en la madrugada, se bañaba con agua fría, tomaba café negro y se iba contento para la construcción. Él perdió su trabajo porque a muchos de los que tenían la plata para construir en Cali casas grandes y lujosas y edificios los habían matado, o se habían ido del país o estaban presos. Una vez escuché a mi papá y a don Cipriano conversar sobre ese asunto, y varias veces yo lo escuché decir la palabra: traquetos. Esta palabra ya la conocía porque la había leído varias veces en las revistas o periódicos que doña Liliana le regalaba a mi mamá. Allí escribían páginas enteras sobre esos señores, sacaban fotos de sus mansiones con sanitarios de oro, de sus carrazos y de la cantidad de plata escondida. Páginas llenas de sus historias, pero ni una sola palabra de los hombres que como mi papá se quedaron sin su paga cuando ellos desaparecieron. A nadie de esa revista le interesó contar que un lunes mi papá y sus compañeros llegaron a la construcción y la hallaron cerrada.

Mi papá estuvo semanas saliendo a buscar trabajo, y siempre escuchó decir que la situación se había puesto dura porque los de la plata eran esos hombres. Fueron tantas las veces que él salió y regresó sin conseguir en que ganarse la vida, que un día ya no quiso levantarse de la cama. Mi mamá hizo lo de siempre: darle ánimos, prenderle velas a la virgen y recomendarles a los vecinos un trabajo para él, pero nada.

Un día ella se enteró que los compañeros de trabajo de mi papá, todos los días iban a la constructora que los había

contratado para que les respondiera por el pago que les debían. Era como una huelga. Ella se lo contó a mi papá para que fuera, pero él le dijo que no iría a mendigar la plata que se había ganado a punta de pala. “Mijo, usted no está mendigando, sino cobrando es su plata” intentó convencerlo mi mamá. Él insistió que pararse todo el santo día allá era como pedir limosna en una esquina, así que mi mamá no le volvió a hablar del tema y aunque las necesidades en la casa crecían, ella se quedó callada y aguantó varios meses hasta que soltó que no había plata para mercar y que los muchachos andaban sin zapatos. Entonces, mi papá se puso la camisa y salió a la calle para volver al rato con una chuspa de leche, una libra de blanquillos, una de arroz y una panela, todo esto fiado en la tienda del Paisa. Después de poner el mercado sobre la mesa dijo que los zapatos de los muchachos iban a tener que esperar.

A los dos meses el Paisa mandó a cobrar y fue entonces cuando mis papás pasaron de las palabras a los puños.

—¿Y es que usted no va a volver a conseguir trabajo?
—le preguntó ella mientras sacaba la última moneda de la cartera.

Mi papá, que estaba acostado en la cama con el radio pegado a la oreja, le dijo a Luis que fuera donde el Paisa y le dijera que la próxima semana le abonaba. Mi mamá le dijo que eso venía diciendo hace rato, a lo que él le respondió que ese problema era suyo.

— ¿Problema tuyo? Es a mí a quien le cobran.

— ¡Callate! —gritó él.

—Vení callame! —lo retó ella.

Así comenzó esa primera pelea que terminó con empujones, patadas y puños. Una, dos, tres, cinco...ya no recuerdo cuántas peleas tuvimos que ver mis hermanos y yo, y en la última algo cambió: Luis y yo nos metimos a defender a mi mamá y llevamos parte de la garrotiza.

En un rincón Augusto permaneció mirándolo todo.

El domingo que mi papá armó viaje, no hubo golpes, ni gritos. Él simplemente se levantó de la cama, se lavó la cara, se puso los zapatos, cogió su maletín (el de llevar para las obras), dos camisas, su pantalón oscuro, su cepillo de dientes, y dijo alto para que escucháramos que se volvía para su tierra. Yo dejé de lavar los platos, miré a mi mamá que siguió barriendo, y cuando juntó la basura para recogerla, le preguntó que a cuál tierra se marchaba. Mi papá le respondió que para Condoto. Ella, mi mamá echó la basura en la caneca, lo miró y le dijo: Augusto, ¿cuánto hace que usted no va por allá? Él se quedó callado. Varios minutos pasaron antes que ella le recordara lo duro que les había tocado vivir por allá. Las cosas han mejorado dijo él, pero no sonaba convincente. Mi mamá le mencionó a toda la gente que seguía llegando al Distrito de Chocó, Guapi y Buenaventura. Él se paró de la butaca, cogió el maletín, se secó el sudor de la cara y salió. Mis hermanos y yo corrimos hasta la mitad de la calle y lo vimos alejarse.

Mi papá nunca miró para atrás.

Febrero 17

Ninguno ha pronunciado palabra en esta casa desde hace horas. Mi mamá está en su cama, Luis juega bolas en la entrada de la casa, Augusto llora y no sé si de rabia o de dolor por los correazos que mi mamá le dio.

El caso es que ella ya le había advertido que, si lo volvía a ver en el metedero de Los Búhos, le daría una cueriza. Casi a diario le ha venido repitiendo que todos en el barrio saben que allí venden esas porquerías que están matando a los muchachos. Él para callarla, le prometió que no volvería por esos lados, pero no ha sido así.

Augusto es dos años mayor que yo. Él es terco y buscapleitos, y por eso desde chiquito sus amigos le dicen “Putogenio”. Se pasa horas y horas sentado al pie de la puerta de la casa y cuando alguien le pregunta en qué está pensando contesta, como dice mi mamá, con dos piedras en la mano.

Recuerdo que cuando éramos pequeños, él y yo siempre andábamos juntos. A él le gustaba decir que yo era su hermana pequeña y que por eso me cuidaba. Casi siempre, por las tardes íbamos hasta la cancha y, mientras yo jugaba con las niñas ponchado o quemado, él y sus amigos jugaban fútbol. En las tardes, cuando llovía, nuestros amigos venían aquí a la casa a jugar dominó y era mi hermano mayor el que siempre ganaba. Eso me hacía sentir orgullosa de él, pero cuando descubrí que hacía trampa y tomaba cosas

ajenas, empecé a verlo con otros ojos. Una vez él cogió unas monedas ajenas y yo fui cómplice de su robo. Resulta que cuando don Próspero compró televisor y todos los niños de la cuadra le pedíamos permiso para ver Power Rangers, -mal encarado y todo- nos permitía la entrada a su casa. Al abrirnos la puerta nos decía que nos sentáramos en el piso para que no fuéramos a enmugrar los muebles. Nosotros muy juiciosos le hacíamos caso. Yo siempre me sentaba al lado de Augusto. Durante el programa nadie podía decir ni mu porque si don Próspero escuchaba un ruidito apagaba el televisor y nos mandaba para la calle.

Una de esas tardes, juro que estábamos todos en silencio, el señor apagó el televisor porque sí.

—¡Nooooooooo! —sonó un coro perfecto.

—Don Próspero, el programa no se ha acabado —le dijo mi hermano y nuestro vecino le respondió que no le importaba.

No recuerdo quién le dijo que faltaba poquito para terminarse el programa, pero don Próspero solo gritó que nos fuéramos ya, que si estábamos sordos. Luego se acomodó en la silla y cerró los ojos. Lo miramos con rabia y fuimos saliendo, menos mi hermano que permanecía de pie con los puños apretados. Por un momento creí que le daría un golpe a nuestro vecino. “Espere” me dijo muy bajito. Augusto miraba a todos lados y de pronto sus ojos se

detuvieron en la mesa del comedor donde había monedas. Estiró el brazo, agarró las monedas y salimos corriendo. Yo sabía que lo que acaba de hacer estaba mal, pero no le dije nada, sólo caminé callada a su lado, escuchándolo decir que cuando tuviera plata compraría un televisor mejor que el de ese viejo.

Dimos la vuelta a la manzana y arrimamos a la panadería donde Augusto pidió una gaseosa y dos galletas de esas que tienen encima pepitas de colores. Apenas mi hermano terminó de tomarse la gaseosa, soltó un gran eructo. Ojalá que haya despertado a ese viejo casposo dijo y soltamos a reírnos.

Poco a poco Augusto y yo dejamos de estar juntos, se terminaron las tardes de fútbol y de dominó. Mi mamá y mi papá ya habían empezado a tener problemas con él en esa época, pues no quería ir a la escuela. No entraba a las clases o hacía diabluras para que lo sacaran del salón. El director no lo expulsó gracias a mi mamá que más de una vez tuvo que rogarle que le diera otra oportunidad. El año pasado volvió a perder el año y todos perdimos la esperanza. Bueno casi todos, porque lo que fue doña Esperanza la mantuvo igualita. Ella al llegar con el boletín de calificaciones, se sentó con él en el comedor y le preguntó qué pensaba hacer con su vida. Y Augusto callado. Ella le dijo que él era un muchacho, que era buen mozo, que tenía un papá, una mamá y unos hermanos que lo querían. Y Augusto callado. Ella le recordó que tenía un techo donde meter la cabeza, comida caliente y una

cama donde descansar. Y Augusto callado. Entonces le preguntó que qué más quería y él la miró, sonrió y por fin dijo algo así como que lo único que quería era “billete para comprarme una moto, unas zapatillas, música al piso y un televisor grandote”. Mi mamá suspiró, le acarició la cabeza y le dijo que para tener todo eso tenía que estudiar primero y luego trabajar.

Este año lo matricularon de nuevo en séptimo grado y empezó bien, pero como a la cuarta semana volvió a sus andanzas. La rabiecita que lleva por dentro se hizo tan grande como los muchachos con los que comenzó a andar la calle. Hace unos días nos dijo a Luis y a mí que se iba a comprar unas zapatillas de marca, y cuando Luis le recordó que se las podían robar, Augusto dijo que a él nadie lo robaba porque tenía parceros dispuestos a pegarle dos o tres pepazos con el boquirrío al que se metiera con él.

Su rabia me asusta.

Febrero 18

El aguacero no ha parado desde anoche y esta madrugada tuvimos que levantarnos a sacar el agua que se entró a la casa. No es la primera vez que las calles se rebozan y el agua sucia sale corriendo hacía las casas, mojándolo todo.

Anoche tuvimos suerte porque alcanzamos a poner los colchones sobre el armario y el agua sucia no los mojó.

Tengo los pies y el corazón embarrados.

Ya no quiero escribir.

Febrero 21

Corren tantas preguntas por mi cabeza como el agua y barro que saqué a escobazos.

¿Por qué nosotros?

¿Por qué yo no podré seguir estudiando?

¿Por qué mi papá no regresa?

¿Por qué Augusto se busca problemas?

¿Por qué mi mamá está llena de silencios?

¿Por qué ella trabaja tanto?

¿Por qué tengo tantas preguntas?

¿Por qué la muerte llega?

¿Por qué hay monstruos?

¿Por qué la noche los trae?

¿Por qué hay más niños que pan?

¿Por qué más llanto que risa?

¿Por qué tanto frío si el sol calienta?

¿Por qué la rabia?

¿Por qué el miedo?

¿Por qué la sangre derramada?

¿Por qué el agua sucia nos persigue?

¿Por qué hay tantos porqués?

Febrero 22

Sí junto lo que mi mamá me cuenta, lo que yo veo y lo que imagino, un día en la vida de mi mamá es más o menos así:

5:00. Se levanta en silencio, va al baño y deja que el agua fría la termine de despertar. Se pone el vestido de flores amarillas o la falda azulita con la blusa gris. Prepara el café y lo toma mientras se pone los zapatos que le regaló la señora donde trabaja.

5:15. Escoge, lava y pone a pitar los frijoles

5:20. Me despierta, me dice que debo hacer: bajar la olla pitadora, poner el arroz a cocinar, servirles a mis hermanos el café y el pan. Hacer que mis hermanos laven la loza y tiendan la cama. Me dice que espera que nos portemos bien, que complete el almuerzo con maduro frito o carne si hay, que le diga a Augusto que no lo quiere encontrar en la calle y a Luís que le pegue una barridita a la casa. Luego nos dice: “Chao, que la virgen los acompañe”. Sale corriendo a coger el bus de las cinco y treinta.

5:30. En el paradero se encuentra con las doñas: Gloria, María y Nubia, quienes también van para sus trabajos. Doña Gloria vende frutas en la galería de Santa Elena, doña María y doña Nubia son empleadas del servicio. A veces, se encuentran con hombres quienes, armados con palas y palustres, salen a hacer las casas de otros.

5:45. Se cuelga del bus. Allí la pisan, la aprietan, la empujan. A veces se une al coro de voces que le grita al conductor: “Dale a eso que vas como una tortuga o “Movete que no vamos de paseo.”

6:30. Se baja del bus, corre las cinco cuadras que hay desde el paradero a casa de doña Liliana, su patrona.

6:33. Llega, se cambia su ropa por el delantal azul, prepara el desayuno y la señora le dice lo que debe hacer de almuerzo ese día.

8:00. Sirve el desayuno. Recoge y lava los platos.

8:40: Va al segundo piso y barre, limpia, tiende cama de sus patrones, quita polvo y una que otra telaraña.

9:20. Siente hambre y come algo. Entra al cuarto del hijo mayor de la señora y le recoge los zapatos, las camisas, los libros y las medias.

9:50. Limpia el cuarto de la hija menor.

10: 00. Barre el antejardín, saluda al vigilante de la cuadra y a la empleada de la casa vecina. 10:30. Pone la ropa en la lavadora, vuelve a limpiar la sala porque a doña Liliana le pareció que no estaba lo suficientemente limpia.

11:30. Pica, ralla, corta o bate los alimentos del almuerzo. Contesta el teléfono, atiende a los cobradores, y escucha a doña Liliana quejarse de lo caro que llegaron los recibos de los servicios. La cebolla la hace llorar.

12:30. Termina de hacer el almuerzo. Hay mucha ensalada y fruta, entonces piensa en nosotros, sus hijos, y lo mucho que nos gustaría una tajada de durazno.

1:00. Llega el marido de la señora. Apenas la saluda. Mi mamá les sirve el almuerzo a los señores y se queda atenta en la cocina por si los señores necesitan algo. Y casi siempre piden se antojan de otro juguito jugo o unas tostadas de plátano, de esas que a ella le quedan tan ricas.

1:30. En la cocina almuerza sola y sigue pensando en los frijoles con arroz que nosotros estamos comiendo.

2:00. Recoge la ropa del tendedero, dobla la que tiene que doblar y guarda en los closets lo que tiene que guardar. Sueña con comprarme un vestido tan bonito como el de la hija de doña Liliana.

2:15. Sale al antejardín a recibir a los hijos de doña Liliana. Les pregunta cómo les fue y ellos apenas la saludan, Le pasan los maletines, las loncheras, la cartelera, la maqueta de sociales. Los ve subir a toda carrera las escaleras y escucha que encienden al mismo tiempo el televisor y el equipo de sonido. Al instante los gritos de la señora: “¡Qué escandalo es ese! ¡Ay, mi cabeza va a estallar!”.

2:30. Sirve el almuerzo de los hijos de sus patronos. Evita que se peleen, que hagan bulla para que interrumpan la siesta de su mamá.

3:00. Lava y seca los platos, vuelve a pasar el trapeador por toda la casa antes de ponerse a planchar.

3:45. Termina de planchar. Organiza la ropa en los armarios.

4:30. Se cambia el uniforme de trabajo por su vestido. Sube con temor al cuarto de su patrona a despedirse porque puede suceder que ella le pida el último favorcito del día: hágame un juguito o dele un paseíto al perro porque el pobrecito no ha salido en todo el día.

5:00. Toma el bus de vuelta a casa. La empujan, la pisan y la estrujan. Ella agarra el bolso contra su pecho. Si está de buenas, coge una silla y se pierde mirando por la ventanilla.

5:45. Recuerda que no hay mercado, piensa en nosotros y sobre todo en Augusto, que anda tan enojado con todos y todo. Se abre paso entre la gente, alcanza la puerta, se bota a la calle donde la espera polvo o barro.

6:00. Entra a la casa y después del “quiubo mija”, se cambia los zapatos por las chanclas, va a la cocina y toma el café que yo siempre le guardo.

6:10. Pregunta por mis hermanos. Le respondo que Luis está ayudándole al Paisa y que de Augusto no sé nada.

7:00. Si Augusto no aparece, sale a buscarlo, pero pocas veces viene con él. En la calle las vecinas la saludan o le ponen charla y eso la entretiene solo un rato porque recuerda que anda buscando a ese muchacho.

7:30. Recorre el barrio, se mete en los rincones, en la oscuridad, toca puertas que no debería tocar y habla con

malencarados que le sueltan su verborrea adornada de risitas: “¿Se le perdió de nuevo el hijito?” o “Madrecita no lo busque acá” o “Yo no conozco a ese pirobo”. 8:30. Vuelve a la casa, enciende una veladora y le encomienda a la virgen a mi hermano. Se sienta con Luis y conmigo a comer. Ella finge estar tranquila.

9:00: Se para en la puerta hasta que el cansancio la hace sacar una silla. Yo le digo que se vaya a acostar, pero ella se queda allí sentada. Al rato es Luis el que le dice: “Mi, que mire la hora”. Ella le repite que no tiene sueño, que va a esperar a Augusto un rato más.

10:00. Llega mi hermano tratando de ocultar lo que nosotros ya sabemos qué hace. El cansancio y miedo suelta a mi mamá cuando ella cierra la puerta.

10:30. Mi mamá se acuesta y yo no sé si sueña.

Febrero 23

Esta tarde también llovió y apenas comenzó el aguacero, los muchachos suspendieron el partido y corrieron a escamparse, pero al ver que Lady Lorenay yo, empezábamos a jugar bajo la lluvia, se contagiaron de nuestra alegría y se unieron a la guerra de barro. Cuando Javier me lanzó la primera bola de barro, yo no me quedé atrás: agarré una buena cantidad, lo amasé hasta convertirlo en una bola grande, y una vez la tuve lista busqué la espalda de Javier y se la pegué. Él se volteó y pude ver su sonrisota. Yo salí

corriendo y él comenzó a perseguirme por toda la cancha, y cuando me alcanzó me cogió de las manos y me miró de una manera distinta. Yo sentí las mismas cosquillas en el estómago que siento ahora mientras escribo lo que sucedió. Gracias lluvia por mojar mi cara, por bañar mis brazos.

Gracias gotas por hacer que mis manos y las manos de mi amigo, untadas de barro y risa se juntarán.

En un lado de la estufa puse a secar los zapatos de mi mamá que estaban mojados. Mientras se cambiaba el vestido se quejó porque justo había llovido esa tarde que había planchado una montaña de ropa donde doña Liliana. Yo le serví café y ella se lo tomó recostada en la cama.

Me senté a su lado y le conté que por el aguacero habíamos estado toda la tarde sin luz. Como vio a Luis comiendo el plato de lentejas me preguntó si las había fiado donde el Paisa. Luis se me adelantó y le contó que el Paisa se las había dado por haberle ayudado en el granero. Mi mamá lo felicitó y mi hermano menor aprovechó para buscar calorcito en sus brazos. Estuvimos conversando un rato. Ella nos contó que tenía guardadas varias revistas que su patrona iba a botar, y que las traería mañana. Tener que leer me emociona mucho y así se lo hice saber a mi mamá. Luis entonces me preguntó qué si a mí me gustaba más leer o ver televisión, y yo le respondí que leer. Él dijo que

ver televisión era mucho mejor porque uno se olvida de las cosas malas... Ya iba a preguntarle cuáles eran esas cosas malas, pero en ese momento mi mamá recordó que Augusto no estaba y se paró de una de la cama. Luis y yo sabíamos que saldría a buscarlo.

Ella murmuró que ni el aguacero lo traía para la casa.

Febrero 24

¿Dónde será que mi mamá guarda la sonrisa que trajo esta noche cuando nos contó que tío

Nando vendría a visitarnos? ¿La guarda en la chuspa donde carga los zapatos del trabajo? ¿En el delantal? ¿En el bolsillo de su falda? ¿En las trenzas de su cabeza? ¿Dónde?

No sabemos por cuánto tiempo se queda tío Nando. “Ese es un pate de perro”, dijo mi mamá, y al oírla pensé en Augusto. No hay dudas que hay gente que viene a este mundo a echar calle, y nada los detiene. Ese ha sido el tío Nando.

Tío Nando es el hermano menor de mi mamá y el más cercano a nosotros. Él dice que ella es la mamá que nunca tuvo; y es cierto porque cuando mi abuela murió, mi mamá tuvo que hacerse cargo de él y de sus otros hermanos.

Tío Nando tenía 12 años cuando con dos amigos o panas, como dice él, se voló del Chocó para Cali. Mi mamá cuenta que sufrió mucho y que más o menos descansó cuando él le

mandó a decir con una parienta de su comadre que estaba bien en Cali, que trabajaba cuidando carros, haciendo mandados y cargando canastos en la galería Santa Elena.

En esas correrías conoció a un tal Gaspar con quien se fue para Buenaventura. Ellos dos tenían una sola idea en la cabeza: irse para los Estados Unidos como polizones. Tío Nando nos ha contado que hablando aquí y allá lograron conseguir trabajo en el muelle y que meses después en un barco donde hacían aseo, conocieron al viejo Jair, que se dio cuenta rapidísimo cuáles eran las intenciones de mi tío y su amigo. El viejo Jair fue el que les enseñó todo lo que tenían que aprender si querían ser polizones: cuáles son los turnos de los vigilantes, dónde están los mejores huecos para esconderse, qué muda de ropa llevar, además, acordarse de la linterna, las pilas, porrón de agua, las panelas, las latas de sardinas y el tarro de galletas. Pasaron semanas y en un descuido de la tripulación tío Nando y Gastón se metieron en el escondite y empezaron su primer viaje como polizones. Nos contó que las galletas y las sardinas se acabaron en un abrir y cerrar de ojos. Luego se les terminó el agua y la panela por más que se midieron en beber. La cosa fue dura porque hambre y frío fue lo que aguantamos, dice siempre que nos cuenta esta historia. Lograron pisar por primera vez los Estados Unidos, y escribo “pisar” porque eso fue lo único que lograron, ya que apenas el barco llegó a su tierra soñada, los pillaron y de una los devolvieron para Colombia. Pero tío Nando no se rindió. ¡Qué va! Al poco tiempo conoció nuevos amigos y estos le presentaron a otro que lo recomendó para llevar

un encargo al Norte. En ese entonces yo no sabía a qué llamaba “encargo”, así que me lo imaginaba llevando con mucho cuidado una caja de cartón donde iba el mandado. Esa segunda vez logró su sueño: pisar y quedarse en USA. Claro que también tuvo su susto porque cuando el barco se detuvo, un hombre fue hasta su escondite y le dijo que ya podía salir. “¡Mierda, creí que la había vuelto a cagar!” fue lo que pensó en ese momento. El hombre le recibió el paquete, le dio unos billetes y le indicó cómo bajarse del barco en hora de la noche. Allí en su escondite tuvo que seguir guardado, y en la madrugada escuchó la voz del hombre diciéndole que era el momento de bajarse. El tío Nando salió en pura como si lo persiguiera el Mohan, y no paró hasta que las piernas se le doblaron solas. Esa noche se quedó dormido en un parque.

Recuerdo que Augusto le preguntó si los billetes eran muchos dólares, y mi tío le respondió que esa plata apenas le había alcanzado para mantenerse un par de semanas, y que cuando se quedó pelado les contó a los dueños de la cafetería donde todos los días compraba gaseosa y sándwiches, parte de su historia. Ellos, que eran unos puertorriqueños buena gente le dieron comida y cama a cambio de ayudar con el aseo del lugar.

Llevaba trabajando como dos meses cuando reconoció a un par de muchachos de Buenaventura que llegaron a la cafetería a comer. Ellos estaban bien vestidos, con cadenas de oro y lentes oscuros y Tío Nando al verlos salió corriendo a saludarlos. Los dos hombres también

lo reconocieron y le repetían: “¡El pequeño Nandito, mi brother!” Ése encuentro alegró mucho a mi tío. Semanas después, sus nuevos mejores amigos lo recogieron en un buen carro y se llevaron a trabajar con ellos.

Tío Nando siempre ha estado muy agradecido con los puertorriqueños; nos contó que los visitaba en su local, pero que dejó de hacerlo porque la señora no dejaba de advertirle que esos muchachos trabajaban en cosas malas. Yo me imagino que las cosas malas eran drogas, pero él nunca nos ha contado esa parte. Lo que yo sé es que ese diciembre por primera vez en nuestras vidas mis hermanos y yo pudimos estrenar el 25 y el 31. Recuerdo que mi mamá nos dijo que eran regalos del tío Nando. Al año siguiente el regalo fue para toda la familia: tío Nando nos compró el lote donde poco a poco mi papá levantó las paredes de nuestra casa.

Encargo, quebrar, perico, villacandado, mágicos, gatillero, coronar, tombo, traqueteo, sapo, abeja, boquifrío, perder el año, la vuelta, dar piso o cargar tierra en el pecho. Estas son las palabras que he aprendido con tío Nando. Hoy yo sé que significan.

Febrero 25

Mañana a las cinco nos reuniremos en la sede comunal. Doña Elizabeth citó a una reunión a todas nuestras familias para firmar la carta que será llevada a la secretaria de educación. Ella vino hasta aquí a avisarle a mi mamá.

Dijo con su vozarrón que la escuela debe ser abierta ya porque nosotros, los muchachos, no podemos quedarnos en la calle todo el día, sin dios y sin ley. Mi mamá estuvo de acuerdo con ella. “Lo que más quiero es que María del Carmen y sus hermanos estudien, aprendan”, dijo. Después de brindarle agua de panela, mi mamá aprovechó para preguntarle por las pandillas y ella le contó que ya se habían hecho varias reuniones con los líderes, pero que aún no habían logrado ponerse de acuerdo. “Esos berraquitos se piensan seguir matando”, dijo y la cara de mi mamá se llenó de preocupación. Doña Elizabeth conoce muy bien los problemas que vivimos aquí en el barrio y nunca se queda con los brazos cruzados esperando a que alguien los solucione. Hay que verla en las reuniones hablando casi a gritos cuando la gente se distrae y no ve la gravedad de lo que sucede. Su manera de hablar fuerte y clara, ha hecho que algunos vecinos la llamen “La matrona” y en su cara se ve que le gusta ese apodo. Yo creo que de matrona también tiene su físico: piel oscura y cuerpo grande y redondo.

Después que se fue doña Elizabeth, mi mamá y yo nos quedamos conversando. Me dijo que le preocupaba que a la reunión no fuera gente. Ella cree que a muchos les da igual que la escuela esté cerrada o abierta porque no saben que para ser alguien en esta vida hay que estudiar. Yo al oírla estuve a punto de decirle que ella no era estudiada, sin embargo, era la mejor persona que conocía. No se lo dije, solo ahora lo escribo.

Yo iré a la reunión porque mi mamá no alcanza a llegar.

Febrero 26

Son casi las diez de la noche y aprovecho que no tengo sueño para escribir lo que pasó está tarde en la reunión. Desde las cuatro estuve en la caseta comunal y me alegré al ver llegar a varios de mis compañeros solos o con sus mamás o abuelas.

Todo el grupo de amigos nos hicimos aparte como en la hora del recreo. No había quien nos parara de hablar y reír de los chistes bobos que Manuel se desata a contar. Él siempre ha tenido la chispa para hacer reír a la gente. Entre chiste y chiste pasó una hora, así que, a las cuatro en punto, doña Elizabeth y don Gustavo dijeron que entráramos a la caseta para darle inicio a la reunión. Éramos muy pocos y esto tenía molestos a los organizadores.

Javier y su hermano ocuparon las sillas de la mitad; Lady Lorena y su mamá se sentaron junto a mí, en las primeras sillas. Yo estuve muy atenta a todo lo que decían. Doña Elizabeth como siempre, habló claro y alto. “Las niñas, los niños y los jóvenes tienen derecho a ser educados” repitió varias veces esa frase, que yo ya conocía porque la había leído en una de las paredes de la escuela. Esta frase, ahora que la escribo, me suena más cierta, más real.

Después de ella habló Wilder, el hermano mayor de Javier, y propuso que hiciéramos una marcha hasta la oficina de la secretaria de educación. “Allá nos plantamos hasta que nos escuchen”. Miré a Doña Elizabeth y supe por los

movimientos de su cabeza que no estaba de acuerdo. “Mis compañeros y yo nos encargamos de organizarla” Siguió Wilder, entonces vi a la profe Edilma decirle a doña Elizabeth algo en el oído y luego tomar el micrófono para explicar que las cosas se harían paso a paso, que primero nos tomaríamos la avenida Simón Bolívar y si no lográbamos que los de la Secretaría vinieran a conversar con nosotros, se acogería la propuesto por Wilder y sus amigos.

Yo los escuchaba atenta, no solo porque sabía que en la noche debía contarle todo a mi mamá, sino porque me emocionaba estar participando de una reunión de esta donde la gente opinaba, proponía y discutía sin tratarse mal. Nosotros, los que escuchábamos, aplaudimos a todos los que hablaron.

En el momento en que don Gustavo explicaba el por qué todos los adultos y jóvenes debíamos firmar la carta que se mandaría a la Secretaria de Educación, llegó mi mamá. La pobrecita venía sudando y agitada. Le dije que estuviera tranquila porque en la casa le contaría con detalles lo que hasta el momento había pasado. La reunión siguió y ya eran cuatro oídos dispuestos a entender todo.

La carta se volvió a leer en voz alta, y cuando se llegó a la partecita que decía algo así como es deber de ustedes que estos niños, niñas y jóvenes se sigan educando, los aplausos llenaron la caseta, y la carta empezó a circular.

Escribí mi nombre debajo del nombre de mi mamá. ¡Qué orgullosa estaba de ella!

En la reunión de hoy aprendí varias palabras: derecho, marcha, organización e igualdad.

Febrero 27

Mi mamá repite que con Augusto ya no se puede contar para nada y tiene razón porque él ahora se pasa más tiempo en la calle que en la casa. Ella dice que nada bueno debe estar haciendo y que si mi papá estuviera aquí ese muchacho no estaría callejeando tanto. Pero mi papá no está y quién sabe si algún día regrese. En noches como hoy pienso en él con rabia porque se fue sin importarle lo que sería de nosotros, él hizo lo que varios hombres hacen: abandonar a sus mujeres e hijos.

En las revistas veo fotografías donde aparecen: mamá, papá e hijos. Ellos de piel blanca y, ojiclaros, siempre sonriendo y bien puestos. Nada que ver con las familias de aquí donde las familias con papá, mamá e hijos se cuentan con los dedos de las manos. Aquí en el barrio hay familias enteras llenas de mamás, tías, abuelas y un montón de hijas e hijos. ¿Los papás? Pienso que ellos andan en sus trabajos, en la cárcel, en el cementerio o han huido de su obligación.

Desde la cocina mi mamá me mira de reojo como queriendo descubrir que tanto escribo en este cuaderno. Ella no me pregunta nada, y eso me gusta porque todas estas palabras nuevas son sólo mías, de nadie más... por ahora.

Febrero 28

Hoy es otro día en el que recuerdo las cosas que aprendí en la escuela, y lo hago porque no quiero olvidar nada.

Estábamos en clase de la profe Edilma y ella llegó con una cartelera en la que había dibujado tres rostros: una pelada rubia con una cola de caballo; un muchacho negro con boca grande y un gran afro y el de una niña indígena con trenzas gruesas. De pronto Bautista y Gonzalo soltaron la carcajada y cuando la profesora les preguntó la razón, Bautista señaló el dibujo del muchacho negro y dijo que le parecía chistoso cómo había dibujado la bamba de este.

Ella les explicó que intentaba hacerlo lo más parecido a los afros que estábamos en el salón. Gonzalo, en tono burlón, dijo que la imagen era igualita al hermano mayor de Javier: afrudo y bembón. Varios se rieron, pero como a Javier esto no le pareció gracioso, se levantó de una del pupitre y retó a Gonzalo. La profe Edilma le dijo que no era para tanto, que se calmara. La mayoría nos quedamos en silencio y ella aprovechó para preguntarle a Javier que por qué se enojaba de esa manera. Él le respondió que no le gustaba que se metieran con su familia. La profe y nosotros pensábamos que la cosa iba a terminar allí, pero no fue así porque Néstor chilló: “Ay, pelo malo se enojó”. Rápidamente, la profe le pidió a Yesenia que la describiera, y como mi compañera parecía no entender, fue Mirta la que respondió: “Profe, usted no es ni alta ni bajita, sus ojos pequeños y sus pestañas largas son retebacanas”. Luego

Lady Lorena añadió que sus cejas gruesas hacían juego con las pestañas. El que continuó fue

Novoa: “Profe, usted es calva, a lo bien... Usted siempre viene con la cabeza tapada”. La risotada fue una sola por varios minutos, pero cuando nos fuimos calmando y en el salón hubo un poco de silencio, la profe Edilma explicó que ella no era calva y que cubría su cabello crespo con turbantes porque era parte de su identidad.

– ¿Quién más quiere participar? –Preguntó la profe.

Carlos, levantó la mano y continuó con la descripción: “Usted tiene la boca grande, pro”. Y

Rafa ahí mismo dijo: “Pues claro, es que no ve que ella es negra”.

La profe que se había acomodado en uno de los pupitres de atrás, felicitó a los participantes porque al describirla habían nombrado algunas de las características físicas de nosotros las personas negras o afrodescendientes, y que debíamos estar orgullosos de nuestro color de piel, de los labios gruesos y el pelo crespo.

– ¿y Yeni Tombé que dice?

– Yo soy indígena, profe.

– Nosotros somos indígenas y no indios como dicen algunos.

Nuestros compañeros Yeni Tombé, José y Manuela Nayasá nos explicaron la diferencia entre indígena e indio, el por qué no cargaban maletín sino mochilas o morrales

– Nuestras abuela o mamás nos enseñan a tejerlas. Contó Manuela.

– Una vez yo vi a su cucha tejiendo una mochila – dijo Fernando.

Y José Nayasá comenzó a reírse y preguntó:

– ¿Ustedes saben que quiere decir cucha en lengua chibcha?

Todos negamos con la cabeza.

– Mujer más bella que el arcoíris.

“¿En serio?” “Qué chimba” “Apenas llegue a la casa se lo cuento a mi cucha” fue lo que se escuchó en el salón.

Durante las siguientes semanas noveno grado habló, consultó, discutió sobre identidad, autoreconocimiento, etnias, territorios, pueblos ancestrales, y una de las tareas que más me gustó fue dibujarnos. Yo me dibujé con mis tropas, mi boca grande y mi nariz aplastada. Esas semanas descubrí mi negrura. ¿Se dirá negrura? Yo no sé, pero sí sé que desde ese día reconocí que mi piel negra es un regalo de mis ancestros: los Amu, los Viáfara, los Balanta, los Angola, los Lucumí, los Carabalí, los Popo.

La profe Edilma nos contó por mucho tiempo historias que sucedían en imperios como Mali, Ashanti y el Reino del Congo.

Marzo 1

Trece años, ojos oscuros, pestañas enroscadas. Pelo es apretado, nariz aplastada y dientes muy blancos. Senos pequeños (seguro cuando crezca serán grandes como los de mi mamá).

Soy fuerte y sana. Curso noveno grado, me gusta la escuela, la gente de mi barrio, jugar bajo la lluvia, conversar con mis amigos y mirar los atardeceres. Me encanta comer mango viche, chontaduro, pescado frito y jugo de lulo bien frío.

La lista de mis sueños es:

Volver a la escuela.

Comprar un cuaderno y lápices para seguir escribiendo.

Ver a mi papá regresar.

Borrarle esa cara de enojo a Augusto.

Convencer a Luis que estudiar es importante.

Regalarle a mi mamá la pila de sueños que la vida le robó.

¿Qué odio?

Los tiros en la noche.

Los muertos en las calles.

Las peleas.

El hambre.

El barro.

El olor a caño.

Atentamente, María del Carmen.

Marzo 2

Este cuaderno me abre sus hojas para que deje en ellas el aburrimiento que llevo por dentro.

Estoy escribiendo en él palabras en las que no pensaba. Palabras como Mañana, Crecer y Ser.

Se me pasan los días tendiendo camas, lavando ropa y barriendo polvo. Se me pasan los días esperando a mi papá, viendo a las muchachas de mi barrio cargar barrigas y a sus maridos de 17 años morir en la calle. Se me pasan los días recordando las palabras de mi mamá: “estudie que es lo único que le puedo dejar”.

¡Ay!, mamá, ya aprendí a leer, a escribir, a sumar, a restar, a multiplicar y dividir, pero esto no es suficiente para salir...
¿Salir para dónde?

Marzo 3

El Tío Nando llegó ayer por la noche y mi mamá casi que no le puede preparar el tapado de pescado y arroz con coco que tanto le gusta a él, y todo por culpa de Doña Liliana, quien le pidió que se quedara hasta las siete porque ella tenía un dolor de cabeza tan fuerte que le impedía servirle la comida a su marido. Mamá dijo que eso era puro cuento, que lo que pasaba era que andaban agarrados desde hacía varios días.

Casi a las ocho llegó mi mamá y ahí fue directo a la estufa a cocinar, y no se fijó que Luis y yo teníamos la casa limpia como a ella le gusta. Cuando la escuché decir “sabe Dios dónde anda el Augusto”, mi hermano llegó con dos cervezas en la mano. Ella paró de picar la cebolla larga. “¿Y usted que moscó le picó”, le preguntó? y a lo que él le respondió que las cervezas eran celebrar la llegada del tío Nando. “Vea, pues”. Augusto puso las bebidas sobre la mesa, y se acomodó en la butaca donde mi papá solía hacerlo cuando quería charlar con mi mamá. Mientras la cebolla y el tomate se fritaban, mi mamá le preguntó si había fiado donde el Paisa y mi hermano le respondió que él las había comprado con su plata. Ella lo miró con desconfianza, y no habló más del asunto porque estoy segura que no quería dañar la llegada de su hermano. Luis y yo respiramos tranquilos.

Como a las 10:00 llegó mi tío Nando, con su alegría contagiosa y saludando con ese vozarrón que tiene. Se ve muy bien con su pinta: cabeza rapada, camisa brillante, pantalones anchísimos y zapatillas amarillas. Augusto no hizo sino repetir que esas zapatillas eran una chimba, y mi mamá que no aguanta la grosería lo amenazó con darle una cueriza si seguía hablando así. Esto le causó mucha risa a mi tío, quien al ver la cara seria de mi mamá le aconsejó a mi hermano que no la hiciera rabiar. Entre charla y charla tío Nando nos contó que ningún taxista quería traerlo hasta acá, y el que se atrevió le mostró que estaba armado

y no dudaría en quebrar al que quisiera atracarlo. Mi tío le pagó el doble de la tarifa porque le pareció que ese chofer era digno de respeto. Eso dijo él.

Después de comerse dos platos de tapao de pescado, tío Nando anunció que había llegado la hora de los regalos, pero que esta vez no había juguetes sino ropa o percha como dice él, cosa que alegró a mi mamá. Mis hermanos y yo nos acomodamos alrededor de la maleta. El primer paquete fue para Luis, quien antes de destaparlo hizo tres pasos de salsa, y luego nos mostró tres camisetas, dos pantalones y una cachucha. Después siguió Augusto quien dijo que abriría el regalo después y esto hizo que Luis le arrebatara el paquete de donde salieron volando, entre otras cosas, un par de zapatillas. Creí que Augusto se enojaría, pero no fue así, él ver las zapatillas lo único que le interesaba era saber si estas eran o no originales. Tío Nando le respondió que él no traería cosas chimbas. Mi mamá hizo como si no lo escuchara decir la palabrota.

Cuando llegó la hora de recibir mi regalo, el tío empezó a decirme que él sabía que yo ya no estaba para muñequitas ni ollitas, cosa que me tranquilizó, así que me pasó mi paquete que destapé con rapidez, y me gustó lo que encontré: una crema para el cuerpo, dos bluyines, una blusa color lila con letras brillantes, un par de medias, una caja llena chaquiras, cintas y ganchos de colores. Le pregunté al tío qué quería decir el letrero de la blusa, y me respondió:

“Yo amo a los Estados Unidos”. Mi mamá, mis hermanos y yo estuvimos hablando con el tío Nando hasta que el sueño nos fue cogiendo y cada uno ocupó su cama.

Ahora son las nueve de la mañana y aún los hombres de la casa duermen, en cambio mi mamá y yo hace más dos horas que andamos levantadas: ella prepara el desayuno y yo escribo, bueno hasta aquí porque ahora voy a lavar una ropa.

Marzo 4

Realmente creo que hoy Lady Lorena se pasó de coqueta con mi tío Nando. Ella apenas lo vio sentado en la mecedora tomándose unos tragos de aguardiente, le bailaron los ojos y corrió a decirme al oído que mi tío estaba hecho un papacito. Como eso no me gustó ni cinco se lo dije y ella me abrazó para tranquilizarme. Para cambiar el tema de la conversación, le conté de la pinta que mi tío me había traído, y la saqué del cajón. Apenas la vio dijo que estaba muy bacana y que tenía que prestársela. Le respondí que claro, que no había problema. Seguimos charlando de nuestras cosas, o mejor, yo seguí hablando porque lady Lorena permanecía con los ojos sobre tío Nando. De pronto me preguntó que si él venía a quedarse del todo o estaba de paso. Yo le respondí de mala gana que no sabía. A los diez minutos me preguntó por su edad, y yo le respondí que él era viejo y que, además, tenía cuatro hijos. Ella se quedó callada y llegué a pensar que conociendo esa

información le había dejado de gustar mi tío, pero no fue así porque apenas escuchó sonar la canción Lo que dice el corazón empezó a bailar llamando la atención de tío Nando, quien ya estaba con algunos tragos en la cabeza. Yo sabía para dónde iban las cosas, así que la agarré de la mano y le propuse dar una vuelta por la cuadra, pero Lady Lorena dijo que no e invitó a mi tío Nando a bailar. Él la miró de pies a cabeza, tomó un trago grande, se puso de pie, y dijo: cómo crecen estás peladitas. Lady Lorena sonrió complacida y le contó que en diciembre cumplía los quince años. La rumba va a ser brava y con todos los juguetes, le dijo él cogiéndola por la cintura. En esas apareció mi mamá y al verlos bailando murmuró que cuál era la calentura de esa muchacha. Luego añadió que dejara de tentar al diablo. Yo no supe si se lo estaba diciendo a mi tío o a Lady, pero el caso es que lo dijo y ellos ni por enterados se dieron porque siguieron bailando y coqueteando.

En la mitad de la segunda canción de salsa se detuvieron porque en la calle pitó un carro y un hombre gritó el nombre de Nandito. Fue todo un placer, lindura, le dijo mi tío cuando salía de la casa a Lady. Yo, mi amiga y mi mamá salimos hasta la puerta para verlo subir al carro donde iban tres hombres. Mi mamá lo despidió con un “no demore”.

Lady y yo nos entramos y cuando estábamos recostadas en mi cama, ella me dijo que le tiraría pelotas a mi tío Nando. Yo le dije bien claro que ni se ocurriera coquetear con él.

Espero que mi amiga no se empeñe en su conquista.

Marzo 5

A mí me gusta bailar salsa, pero me agrada más escuchar las letras de las canciones, sobre todo de las que lo hacen a uno pensar. Aquí en el barrio hay muchachos que se reúnen en las esquinas a componer canciones sin necesidad de papel o lápiz. Ellos cantan a todo pulmón y nosotros los del Oriente las aprendemos de tanto oírlas. En las emisoras no van a sonar, eso lo sabemos porque sus letras hablan de la lucha diaria que se vive aquí, de los jóvenes que mueren, de los que sueñan con un mejor mañana, del color de la piel, del miedo, de la alegría momentánea, del amor que nunca es para siempre.

Las cosas que me salen del corazón son escritas en las hojas limpias de este cuaderno. Él es el amigo que me escucha atento.

Marzo 6

A mí me gustan las palabras.

Las cortas y las largas

Las flaquitas

Las gorditas.

Las palabras brillantes como son sol, risa y amor.

Las palabras que se escriben con M mamá,

mariposa, manta, mar y mamey. Las palabras
dulces besar, soñar, reír y cantar. No dejo de
lado las palabras esponjosas las crueles las duras
las transparentes

Me adueño

De las palabras que sirven para inventar otras palabras.

Marzo 7

La suerte no siempre ha estado con mi tío Nando. Él ya estuvo en la cárcel y vivió cosas muy duras y tristes de las que apenas habla. Mi mamá le escribía cartas todos los meses, mejor dicho, ella me dictaba y yo las escribía. Eran cartas largas donde utilizaba palabras que brillaban como las estrellas, y mi mamá sí que sabe de estas, aunque no sepa cómo se escriben.

Yo no recuerdo cuánto tiempo estuvo en la cárcel, pero sí el día que regresó. Tío Nando vino distinto, había perdido la risa y se la pasaba rabioso de la cama a la puerta. Un día se levantó y después de mandarse una taza de café caliente, se fue diciendo que la pobreza no era para él y que se iba para regresar con plata. Eso fue hace dos años.

Ahora ha vuelto y aunque tiene muchas historias con que entretenernos a mis hermanos y a mí se las está guardando, eso lo sé. Por ejemplo, anoche escuché que él y mi mamá

conversaban en la cocina. Tío Nando le aseguraba que todo estaba bien, que no le iba a pasar nada, que él sabía cuidarse, hacer sus cosas, pero como mi mamá siguió insistiendo en el peligro que corría, tío Nando alzó la voz:

— ¡Pará Rosa! No hablemos más sobre eso, ¿bien?

Se quedaron en silencio por un buen rato. Pero luego, cuando mi mamá le preguntó por su familia de Buenaventura, la voz de mi tío volvió a sonar tranquila. Le contó que John Wilder y Cintia, sus dos hijos menores, ya estaban en la escuela, que su mujer había montado un salón de belleza con la plata que él le había enviado. Mi mamá también le preguntó por Inés, la que fue su primera mujer y es la mamá de mis primos mayores: Junior Fernando y Harrison. Tío Nando le contó que ellos estaban viviendo aquí en Cali y que los visitaría este fin de semana. Después hablaron de un tal Diego, un amigo que conoció hace algún tiempo y, que se estaba dando una vida sabrosa allá en Miami.

Luego las preguntas vinieron por parte de Tío Nando, quién quiso saber qué había pasado con mi papá. Mi mamá le contó todo lo que había pasado desde que perdió su trabajo y de su viaje al Chocó. Augusto es muy pendejo, fue lo único que dijo mi tío Nando.

Hablaron y hablaron, pero yo no pude escuchar más porque me quedé dormida.

Marzo 8

Sobre mi cama había dejado este cuaderno y el muy atrevido de Luis lo cogió y empezó a leer en voz alta algunas partes. Ahí mismo me le mandé encima, pero él logró hacerme el quite y salir corriendo. Le pedí muchas veces que me lo devolviera y el muy tonto no hacía sino reírse y decir que si yo tenía tanto susto de que él leyera lo que estaba escrito era porque se trataba de cosas de amor.

— ¿De quién está tragada María del Carmen? Estaba muerto de la risa — Dígame y se lo entrego.

Yo cogí tanta rabia que me puse a llorar. Luis se asustó y me entregó el cuaderno.

En esas estábamos cuando llegó mi tío Nando y preguntó qué ocurría. Mi hermano volvió a decir que yo estaba tragada de un muchacho y que no quería decir el nombre. Temblando de rabia me apresuré a decir que no era cierto.

— ¿Y es qué, usted ya tiene novio? —Me preguntó mi tío con una sonrisita.

Ay, ya no dije nada y salí a la calle con mi cuaderno bajo el brazo y unas ganas terribles de seguir llorando.

Caminé hasta la casa de Lady Lorena, pero como no se encontraba, decidí ir a la cancha. Estar un rato sola me haría bien. Estuve leyendo lo que he venido escribiendo en este cuaderno y de nuevo me pregunto: ¿Por qué o para

qué lo hago? Y en verdad no tengo una buena respuesta. Tal vez solo quiero guardar recuerdos, pensamientos, ideas que tengo sembradas en cabeza y que hoy se riegan en las hojas de este cuaderno que una vez fue de español. Escribo porque quizá porque hay cosas de las que no quiero o no puedo hablar con nadie. El lápiz, la hoja y yo nos compactamos y esos momentos son únicos. Escribir para cantar, para llorar, para pensar. ¿Por qué escribirán otras personas? Nunca me había puesto a pensar en esto. Debo descubrirlo y sé que encontraré la respuesta cuando lea mucho lo que estas escriban.

En esos pensamientos estaba cuando varios muchachos llegaron a fumar marihuana debajo del almendro. Ellos me miraron como preguntándose y esta qué hace aquí, así que me levanté y cogí por los lados de la Simón Bolívar. Allá me encontré con doña Gloria quien me preguntó por mi papá y le mandó saludos a mi mamá. Después hablé un rato con Marina y la acompañé hasta su casa porque necesitaba que le dijera a su mamá que andábamos juntas desde temprano. “No me haga quedar mal, María C.” Yo sí le hice el cuarto.

Como a las cuatro y media me devolví para la casa y me encontré a mi tío Nando, quien iba saliendo. Él me aconsejó que no le hiciera caso a mi hermano, y me dio plata “Esa cocina está pelada como el culo del niño Dios, dijo mientras se alejaba caminando como Pedro Navaja. Conté los billetes y calculé que con esto podría comprar carne y huevos. Ahí mismo, me fui para donde el Paisa.

El Paisa se llama Alberto y es buena gente. Vive en el barrio desde hace como diez años con su mujer doña Gabriela y sus hijos Nancy y Carlos Eduardo. A la semana de llegar al barrio, abrieron la tienda los siete días a la semana, allí venden arroz, agujas, sal, carne, remedios para el dolor de cabeza, huevos...mejor dicho de todo un poquito. Al Paisa lo han robado dos veces, y por eso le tocó armarse. Eso se lo contó Eduardo a Luis. “Mi papá sólo está esperando a que los atracadores regresen para llenarlos de plomo”. Mi hermano va en las tardes a ayudarle a llenar de gaseosa el enfriador o a barrer la tienda o a surtir los estantes, y por es por eso que el Paisa y doña Gabriela siempre le dan mercado para que traiga aquí a la casa.

Bueno, hablando del cansón de Luis debo escribir que él es el más corrinchero y obediente de la casa. Si mi mamá le dice que no salga a la calle, él obedece y para no quedarse encerrado, les dice a sus amigos que vengan a conversar al portón. Yo muy pocas veces lo he visto enojado o triste. A él es fácil quererlo porque es muy acomedido y alegre. En la escuela le iba muy bien en deportes y sociales, pero no tanto en español. Nunca ha perdido un año y jamás se ha metido en problemas. Mi papá solía decir que se parece a mi abuelo Luis Carlos, porque siempre está pelando las muelas.

En cuanto a gustos de amor, yo pienso que a Luis le atraen las muchachas mayores, y lo sé porque la otra vez estuvo enamorado de Lady Lorena. Él ponía unos ojitos apenas la veía, pero para ella era solo mi hermanito pequeño. Menos

mal que a Luis se le pasó la traga rápido. Estoy segura que nunca va a sufrir por amor.

Yo lo quiero mucho y aunque nunca se lo he dicho con palabras, busco maneras de hacérselo saber. Aquí en la casa, no acostumbramos a abrazarnos ni a decirnos te quiero como lo hacen en la televisión, pero cada uno tiene su manera de decirlo. Por ejemplo, mi mamá no es una que me bese con frecuencia, pero cuando nos peina lo hace tan suavcito que se siente como una caricia. Luis demuestra el amor haciéndonos reír con sus ocurrencias. Mi papá, cuando vivía con nosotros, y se reía a carcajadas, yo sentía que me estaba abrazando. Y Augusto...no sé qué escribir. ¿Cómo demuestra mi hermano que nos quiere? Ahora no tengo la respuesta, pero la voy a encontrar. ¿Y yo? Yo regalo versos, cuentos en los cumpleaños, en navidad, el día de la madre, el día del padre... A veces los acompaño con dibujos. Así demostramos el amor aquí en mi casa.

Hace rato cuando mi mamá encontró el mercado sobre la mesa se puso contenta. “Qué fue esto”, preguntó, y yo le respondí que el tío Nando me había dado dinero para hacer la remesa y abonarle al Paisa. Ella revisó las compras, me felicitó y le agradeció a la Virgen por haberle dado una muchacha como yo, que no se imaginaba tener una de esas bichibichi, esas loquitas que andan con varios hombres calle arriba y calle abajo buscándose problemas. “Ya me habría dado un patatús”, apuntó justo cuando mi

tío Nando entraba a la casa. “Patatús es lo que les va a dar, si siguen dejando esa puerta apenas ajustada”, advirtió él. Yo le dije que era culpa de Augusto que acostumbraba a dejarla así cuando cogía calle.

Mi mamá, tío Nando y yo nos pusimos a conversar, y en medio de esta charla, él me preguntó si todavía seguía leyendo. Ya le iba a responder que sí, pero mi mamá se adelantó y le contó que yo me leía todas las revistas, los periódicos o libros que me traía de la casa de doña Liliana.

– Algunas veces tengo que apagarle la luz para que deje esos libros en paz.— dijo ella.

– Me gusta leer por las noches porque hay silencio.

– Pero los ojos se le gastan más rápido.

– Eso le digo yo, pero ella no cree.

– Cuando se me gasten, uso gafas.

Dije y a ellos les causó gracia.

Hablamos de todo un poquito, pero lo mejor de este comadreo es que tío Nando me prometió ir al centro a comprar libros. ¡Libros! Yo me emocioné tanto que le chanté un beso en la mejilla.

Él hace una hora que salió para donde sus amigos, estrenando camisa y bañando en loción.

Cuando salía se cruzó en la puerta con Augusto, quien lo siguió con la mirada.

Marzo 9

Un golpe seco en la puerta y varios gritos nos sacaron de la cama esta madrugada. En medio de la oscuridad mi mamá nos ordenó meternos debajo de la cama. Ella susurraba que no habláramos. Yo empecé a temblar y Luis que estaba a mi lado me agarró la mano. Afuera seguían gritando. Aquí dentro de la casa esperábamos el momento en que la puerta cayera y los dueños de esas motos entraran a matarnos. “¡Pegale otro pepazo, que este hijueputa está vivo!” Ordenó una voz y nuevamente se escucharon tiros. Silencio. Silencio. Silencio. Luego el sonido de las motos que se perdían en algún callejón. Silencio. Silencio bañado de miedo. Pasamos largo rato debajo de la cama y sólo salimos cuando mi mamá, después de asomarse por un huequito de la ventana, nos dijo que podíamos volver a la cama. Ninguno de nosotros se atrevió a encender la luz. Luis y yo nos quedamos el resto de la noche pegados a mi mamá. Yo rogaba que amaneciera. Augusto se fue a su cama y se recostó mirando al techo. Al ratico tocaron a la puerta y oímos una voz familiar decir soy yo, comadre. Era don Cipriano. Mi mamá se bajó de la cama y corrió a abrirle la puerta. Él estaba llorando y repetía que le habían matado a su muchacho, a su Ignacio. Yo nunca había visto a un hombre mayor llorar así.

Era muy triste. Lloré y como no podía dejar de hacerlo, Luis me abrazó.

Lágrimas de dolor.

Llanto por el hijo muerto, un hombre ha derramado hoy.

Marzo 11

Esta tarde enterramos a Ignacio Asprilla, a Luis Balanta, a Miguel Ángel Mosquera y a los mellizos Fernando y Marcos Viáfara. A todos ellos los sacaron de sus casas y les pegaron tiros en la cabeza. ¿Quién sabe qué estarían soñando?

Nadie hará nada porque a nadie le importa lo que puede estar pasando en este barrio de negros, gritó doña Luz Dary, la mamá de los mellizos, cuando una vecina para consolarla le dijo que los culpables serían castigados. ¡Barrio de negros! Es cierto, hoy lo puedo asegurar.

Hoy me rodeaban muchas caras negras...caras tristes y cansadas de gente que tiene la piel como la noche, como el chocolate, como el betún, como el carbón... Somos barrios de gente negra venida de Chocó, Buenaventura, Guapi, Tumaco y Cauca. Eso lo aprendí en una clase de sociales del profesor Aguilar, él nos puso de tarea averiguar de dónde vinieron los primeros habitantes del Oriente de Cali. La abuela de Yiya, los tíos de Miranda y mis papás me dieron mucha información y hasta una fotografía me logré conseguir. Esto animó al profesor Aguilar, y terminó hablándonos, como lo había hecho un día la profe Edilma, del continente africano y sus reinas y reyes de piel oscura como la de Javier, la de mi mamá, la de Yiya y la mía.

Marzo 12

Mi mamá está llorando y no le importa que la miremos. Ella casi nunca llora, pero cuando lo hace es porque no aguanta más. Las lágrimas le salen por montones, corren por su cara y le caen en la blusa.

Cuando mi mamá llora así, a mí las palabras me aprietan el corazón.

Marzo 13

La profe Edilma vino al novenario de Miguel Ángel. Ella es muy cercana a la mamá de él. Yo apenas la vi corrí a saludarla y nos abrazamos. Me hubiera gustado tanto hablar con ella, pero no era el momento. La mamá de Miguel A. necesitaba mucho consuelo.

Sigue el apagón, dicen que no es solo en el Oriente sino en toda Colombia.

Marzo 14

Yo estaba terminando de peinarme cuando escuché que un carro afuera pitaba y a mi hermano casi gritar: “¡Qué chimba tío!” Salí y me encontré a mis hermanos y a tío Nando parado al lado de un carro plateado con vidrios oscuros. ¡Qué chimba! Repetía Augusto mientras le daba

la vuelta al auto. Mi tío les dijo que se subieran y mis hermanos ni cortos ni perezosos se treparon. Augusto se puso en la silla del conductor y Luis en la del pasajero. “Camine, vamos a dar un borondo”, me invitó.

—Espere me cambio las chanclas— le dije, y en un dos por tres me puse zapatos, cerré la puerta y subí al carro.

Tío Nando ya estaba en el puesto del chofer, Augusto era su copiloto y Luis me abrió la puerta de atrás para que me sentara a su lado. Tío Nando encendió el carro y arrancó haciendo chillar las llantas, y esto avivó la curiosidad de los vecinos que salieron a asomarse.

— Este carro huele a bareta— soltó Augusto con una risita maliciosa, y ya iba a seguir hablando, pero tío Nando lo paró con una tremenda mirada. Silencio por un buen rato. Luego tío Nando dijo que iríamos a comer fritanga donde la negra Chela. La cara de pastel de nosotros tres pasajeros fue de foto.

— ¿Puedo prender la radio?

— Hágale, mijo.

Augusto la puso a todo volumen, y la algarabía era total. Debo escribir que, a los veinte minutos, yo ya me había apartado del corrinche y miraba entretenida por la ventanilla. Pronto llegamos al puesto de fritanga de la Chela. Corrimos a la mesa llena: pescado frito, plátano, papa rellena, empanadas, bofe... ¡Un montón de delicias!

— Un negocio como este es que quiero ponerle a su mamá para que deje de mantequiar en esas casas —dijo tío Nando y yo pensé cómo me molesta la palabra: “mantequiar”. El lugar estaba tediado, y a muchos no les molestaba esperar que se desocupara un taburete para sentarse. Chela, al ver a mi tío, se acercó moviendo de aquí para allá sus anchas caderas. Era una mujer joven, grande y reía todo el tiempo. Tío Nando la apretó contra sí y le dijo algo al oído. Ella soltó una carcajada. “Vení, entrá”, dijo, y nos llevó al comedor de su casa donde nos sirvió varios platos. Entre mordisco y mordisco, Augusto y Luis le hicieron a tío Nando varias preguntas sobre el carro. Quedó claro que el carro era suyo, que ya lo había pagado con su trabajo, que sabía que nadie se atrevería a robárselo y que iríamos en él de paseo, cosa que nos alegró un resto.

Cuando regresamos a la casa, mi mamá ya había llegado de trabajar y nos esperaba en la puerta. Pude ver en su cara preocupación.

— ¿Y ese carro de dónde salió?

— Esta lancha es del tío Nando. —respondió Augusto.

Mi tío le pasó la caja con comida, y yo que conozco bien a mi mamá sé que no estaba contenta ni con la salida de nosotros sin su permiso y mucho más con el cuento del carro.

Ella le recibió la caja, y cuando tío Nando se despidió, me dijo que la guardara porque ella no tenía hambre.

—A ese carro no se vuelven a subir. — dijo

— ¿Por qué? —preguntó Augusto.

—Yo sé por qué.

Augusto permaneció en el portón. Luis se quedó en la silla junto a mi mamá y yo fui a la cama pensando: “Adiós paseo a Pance”.

Marzo 15

Augusto estaba en la puerta cuando llegó tío Nando.

— Uy, tío llevaba días sin venir.

— ¿Entonces, sobrino?

Se saludaron con un choque de puños.

— ¿Cómo va, María del Carmen?

— Bien, tío.

Augusto y yo vimos que traía un morral que dejó debajo de la cama de mi mamá. “Que nadie me vaya a tocar nada”, advirtió y se metió al baño. Sus palabras fueran como si le dijera a mi hermano vaya y gánese un problema porque Augusto apenas escuchó el chorro de la llave, entró a la pieza de mi mamá

— Mi tío le dijo...

— Silencio

Lo seguí. Él sacó el maletín, lo abrió y miró lo que había dentro. “¡Mierda!”, dijo y dejó todo como estaba.

— María del Carmen, vos no viste nada.

Regresó al portón. Yo me puse muy nerviosa. A los minutos salió tío Nando envuelto en una toalla y me preguntó si había visto su camisa amarilla. Le respondí que mi mamá se la había planchado y colgado en el armario. Él entró a la pieza a buscarla y Augusto entró a buscarlo a él. “¿Puedo ir con vos, tío?” Oí que mi hermano le preguntaba. No hubo respuesta. Salieron de la pieza. Tío Nando se abotonó la camisa. Augusto no le quitaba la mirada de encima. Tío Nando cogió el morral.

— Camina, pues.

Augusto sonrió desde ese momento hasta que arrancaron en el carro.

Sé que eso no está bien.

En unas horas vendrá mi mamá y preguntará por Augusto. ¿Qué le voy a responder? Yo todavía no sé.

Marzo 16

Hoy fui a la casa de Lady Lorena y a ella como siempre le dio mucho gusto verme. Mi amiga vive con su mamá en un cuarto grande con salida a la calle donde les caben dos camas pequeñas, una mesita con la estufa, dos sillas,

una grabadora, una canasta de mimbre para la ropa sucia y un armario de lámina. En la cabecera de la cama de doña Olga, está pegado un afiche grande del cantante Juan Gabriel y al lado de éste un cuadro del sagrado corazón de Jesús, iluminado por una bombillita roja. En la cama de Lady Lorena duermen sus muñecos: un oso al que le faltan los ojos y una muñeca calva. Ella dice que esos muñecos la han acompañado desde que era muy pequeña y por nada del mundo los va a botar.

Ella me contó que se irá a vivir con su abuela a Pereira.

– Mi abuela me cuidará y yo a ella –dijo mientras me pintaba las uñas.

Yo no pude disimular la tristeza.

– Ay amiga no se ponga así que yo la visito – me dijo al verme la cara.

La escuché en silencio contarme que se irá tan pronto como su mamá reúna suficiente plata para el pasaje y los gastos de unos meses. Mi amiga está entusiasmada con el viaje porque cree, eso me dio a entender, que al lado de su abuela paterna estará a salvo de la vida que lleva su mamá.

Nosotros, los amigos de Lady, al principio no sabíamos exactamente en que trabajaba su mamá, y fue ella misma quien en uno de los recreos nos sacó de dudas.

– Ve, Lady Lorena, ¿su mamá ya apareció? –le preguntó Patricia.

– ¿Por qué me preguntás eso? –le contestó Lady.

– Pues como andan diciendo que lleva tres días desaparecida.

– Mi mamá no es problema tuyo. Le dijo y se fue para el kiosco donde compró dos papas aborrajadas que se atragantó.

– ¿Para qué le preguntás pendejadas? –le dije a Patricia y ella sólo levantó los hombros.

Yo sabía que la pregunta de Patricia tenía que ver con la última vez que doña Olga había desaparecido. En esa ocasión fue una semana completa y Lady estuvo tan mal que mi mamá le dijo que se quedara con nosotros por esos días. Doña Olga apareció el domingo en la mañana, y contó muy campante, que andaba enrumbada con un tipo que había conocido en el trabajo.

Recuerdo que Lady Lorena regresó a donde estábamos, después de comerse las papas y nos dijo:

– ¿Ustedes quieren saber si mi mamá es una garmundia, una puta?

Javier, Manuel, Miranda, Pacho, Novoa, Néstor, Patricia y yo sabíamos que esa era la pregunta que jugaba en nuestras bocas hacía rato, pero nos quedamos callados.

–Sí, ella es puta. –dijo.

Ese día supimos cuál era el trabajo de la mamá de mi amiga, y nunca más le volvimos a hablar del asunto.

Ahora, Lady Lorena tiene la oportunidad de irse lejos. Ya no tendrá encima las miradas de algunas vecinas que la ven como una amenaza para sus hijas, ni las ganas de los hombres, viejos o muchachos, que se la quieren gozar.

Ya estaba casi dormida y tuve que volver a sacarte de debajo de mi almohada para escribir esto que se me vino a la cabeza: “Sueña la frágil ramita con ser árbol fuerte”. La escribo para que no se me olvide.

Buenas noches.

Marzo 17

Tío Nando estuvo toda la tarde con nosotros, y tuvimos la oportunidad de escuchar sus viejas historias como polizón. Para mis hermanos y para mí es fantástico escucharlo una y otra vez. — Richar y yo ya estábamos en la caleta cuando en pleno viaje escuchamos decir a uno de los marineros que le olía a comida para tiburón. Les juro que casi me cago en los calzones. Luis y yo nos reímos. Augusto le pidió que siguiera con la historia, era como si nunca la hubiera escuchado.

Tío Nando siguió contando que su pana Richar empezó a rezar porque ellos pensaron que los habían descubierto y los tirarían al mar.

– Nosotros sabíamos que esas historias eran ciertas, así que nos quedamos mudos. Richar, el panita y yo dormíamos turnados, y pasábamos el tiempo callados, soñando cómo sería nuestra vida allá con los gringos: los bolsillos llenos de verdes, y un par de monas al lado.

A mí me gustaría ser polizón —dijo Augusto.

El tío Nando lo miró y soltó la carcajada.

– Este vergajo es cosa seria —le dijo.

Y tal vez como lo vio tan decidido, tío Nando quiso parar la cosa diciéndole que ni lo pensara, que el asunto era jodido y que él había conocido muchos manes que en verdad habían sido comida para tiburones.

– De todas maneras, yo lo voy a hacer—, le aseguró mi hermano y tío Nando volvió a reírse. A él la manera de ser de Augusto siempre le ha causado gracia, por eso le dijo en medio de risas:

– Usted siempre tan alzado.

Yo creo que la idea de Augusto de volverse polizón ya se le metió en la cabeza y nadie le saca esa idea de la cabeza.

Marzo 18

Con la cuchara a mitad de camino nos dejó Luis cuando nos dijo que empezaría a trabajar en serio. Mi mamá y yo lo miramos, no sólo por lo que acababa de decir, sino por la seriedad con la que hablaba. Nos contó que el Paisa lo

había recomendado con don Esteban, un amigo suyo que tenía una panadería en Puertas del Sol. Mi mamá mordió un pedazo de plátano. – Voy de lunes a sábado. Debo estar allá a las seis de la mañana y salgo a las cuatro de la tarde.

– Usted sabe que yo prefiero verlo estudiando.

– Lo sé, pero como la escuela sigue cerrada...

Ella tomó un trago largo de café. “Le advierto: cuando abran la escuela, usted se olvida de ese cuentico de trabajar todos los días”.

– Con la plata que me gane voy a comprar remesa— prometió mi hermano y mi mamá le acarició la mejilla.

“A usted, María del Carmen, le voy a regalar otro cuaderno para que siga escribiendo lo que escribe”, me dijo mientras lavamos los platos en la cocina.

Marzo 20

Augusto y tío Nando llevan cuatro días saliendo en el carro y regresan antecito que mi mamá llegue del trabajo. Ella no sabe lo que está pasando y yo no sé sí decírselo.

Marzo 21

“Estudie María del Carmen, eso es lo único que le puedo dejar”. Palabras de mi mamá que saltan en mi cabeza.

Marzo 22

Lady piensa que la vida se la tiene montada, y es difícil sacarle esa idea y más cuando le ocurren cosas como la de esta madrugada. Resulta que hoy vino a contarme que doña Olga recibió una golpiza tan fuerte que tuvieron que coserle el labio y enyesarle el brazo izquierdo.

“Estaba borracha, pero no tanto como el tipo que la golpeó”, me dijo en medio de lágrimas. “Ahora me tocará cuidarla y quién sabe cuándo podré irme para donde mi abuela”. Mi amiga lloraba y lloraba. Nada de lo que le decía la calmaba, así que decidí solo escucharla. “No es, sino que yo quiera algo para que las cosas se tuerzan”.

Marzo 23

Salgo. Camino. Regreso. Limpio. Barro. Lloro. Espero. Crezco...

Se me pasan los días.

Marzo 24

A doña Francia le tocó venir a atender a mi mamá porque casi se muere de la rabia que le hizo dar Augusto. Resulta que eran como las diez y media de la noche y mi hermano nada que llegaba. Ella salió a buscarlo y como a la media hora regresó con él. Lo encontró donde Los Búhos metiendo vicio. Él recibía los empujones y retorcijones de mi mamá como si nada.

Me pareció que se reía. Mi mamá se puso a llorar y a reclamarle a la virgen por qué la había dejado sola, por qué no enderezaba a mi hermano. Al ratico de la pelotera, le agarró el dolor de cabeza, y ella que poquitas veces se queja me dijo: “Mija, se me estalla la cabeza, vaya y busque a doña Francia”. Mandé a Luis por ella, y ayudé a mi mamá a recostarse en la cama.

“Yo no sé qué va a pasar con este muchacho”, repetía mientras yo le ponía paños de agua fría sobre la frente. Mi hermano y doña Francia no demoraron. Ella rapidito armó un emplasto. “Lo mejor para el dolor de cabeza es ponerle al enfermo sobre la sien papa cruda con vinagre” me recomendó. Luego, me pidió que pusiera a hervir agua para prepararle una bebida de toronjil y cidrón a mi mamá. “Deje que se repose y se la da tomar”. Doña Francia conoce muchos remedios que le enseñó su mamá. “Mañana le vuelve a dar otras tomas hasta que los nervios se le vuelvan a componer” dijo doña Francia antes de irse.

Luis, se sentó a los pies de la cama de mi mamá y yo al lado. Augusto desde un rincón miraba al suelo. Las manos y la boca le temblaban, esto me asustó un poco porque nunca lo había visto así.

Mi mamá se quedó profundamente dormida. Silencio en la casa y en la calle.

Cuando vi que mis hermanos empezaron a cruzar miradas de enojo les pedí que no empezaran con la pelea y ellos me escucharon como hacía mucho tiempo no lo hacían.

A esta hora todos duermen. Mamá tal vez sueña cosas buenas.

Yo estoy preocupada, más por Augusto que por mi mamá. Ella al fin y al cabo es muy fuerte, en cambio mi hermano es frágil. Creo que lleva muchas cosas adentro dándole vueltas y vueltas... Tal vez si supiera como sacarlas lograría curarse.

Yo tengo este cuaderno y un montón de palabras que me sanan.

Marzo 25

Quiero que tío Nando se vaya para que no siga invitando a mi hermano a sus correrías.

Mi mamá ni sospecha que ese par andan juntos, y cuando lo sepa sé que se pondrá muy mal.

Marzo 26

Yo no supe por qué empezó el bonche. El cuento es que cuando llegué a la casa, tío Nando y Augusto estaba gritándose cosas. El tío Nando le gritaba que él se había gastado esa plata, mientras mi hermano llorando, le juraba que se la habían robado cuando venía para la casa. El tío Nando estaba echo un diablo y estuvo a punto de golpear a mi hermano, pero cuando le grité que no le fuera a pegar, detuvo el puño que iba directo a la cara de Augusto.

– Caminá y das la cara– le ordenó y lo subió a empujones al carro.

Yo no supe qué hacer.

Estuve a punto de contarle a mi mamá lo que estaba pasando con mi tío y mi hermano, pero en el momento que lo iba a hacer, ellos llegaron a la casa como si nada, y hasta bromeaban.

Decidí que voy a esperar.

Marzo 27

Mamá conversa en el portón con doña Esmeralda. Luis, Augusto y dos vecinos juegan dominó en la calle. Tío Nando no ha vuelto. Yo escribo. Todo parece estar bien.

Zarandear el día y ver caer hojas alegres sobre mi casa.

Marzo 28

Luis salió temprano a trabajar. Mi mamá apenas lo despidió, corrió a prenderle una vela a la virgen para que lo cuide de todos los peligros de la calle. Aquí, en el barrio, siempre han vivido amigos de lo ajeno y eso se sabe. Lo nuevo es que ya no les importa robar y hasta herir a sus vecinos como pasó hace poco con Margarita, a quien la apuñalaron unos muchachos por quitarle el bolso. “Antes esos muchachos por lo menos respetaban a sus vecinos”, dice la abuela de Yiya.

Inicia el día y yo pienso en una palabra corta de cinco letras que apenas me deja andar. Pienso en la palabra: Vivir.

Marzo 29

Hoy estuvo Lady Lorena y me ayudó a preparar las lentejas. Mientras pelábamos las cebollas y los tomates conversamos de Augusto, de mi tío Nando, de mi deseo de seguir estudiando, de los muchachos del barrio. Hablamos y hablamos y eso fue bueno porque la tristeza fue desapareciendo. Cuando le tocó el turno de desahogarse a ella, me contó que su mamá tiene un nuevo novio. “El señor le dijo que quería que vivieran juntos. La cosa va en serio. Imaginate que mientras él le decía que ella se merecía otra vida, un hombre que la hiciera respetar, mi mamá miraba el techo y se quedó callada como una tapia”.

— Seguro no le gusta —dije.

— Pues yo no sé... El hombre después que dijo toda su carreta, le pasó unos billetes y se fue.

— ¿Y ella qué hizo?

— Nada. Ella estaba muda.

Lady Lorena me dijo que entonces ella cogió la plata y se fue para donde el Paisa a comprar el almuerzo, y que cuando volvió a la pieza encontró a su mamá mirándose en el espejo

– ¿Y sabes con que me salió? – Lady siguió contándome
– Me preguntó que si a mí me parecía que debíamos vivir con él. ¡Parce!

– Tu mamá es un caso.

– Como sabía que no me iba a dejar en paz, le dije ma, ese man se ve buena gente...

Lady me contó que fue en ese momento que su mamá se desató a hablar: que así eran todos los hombres, que al principio todo bien, todo bonito, pero después tome pa que lleve, que todos era unos hijuetantas, que lo único que querían era deslecharla, que ella no quería a ningún man por muy bueno que se mostrara...

Finalmente, Lady me dijo:

– Yo creo amiga, que a mi mamá le gusta la vida que lleva... tengo miedo de que un día me la maten.

Marzo 30

Temprano en la mañana salen de sus casas a ganarse el día. Ellas llevan sobre sus cabezas platonos de aluminio, limpios y brillantes llenos de frutas. Caminan derechitas y cantan:

“¡Chontaduuuuuuuro! ¡Maaaango! ¡Aguacaaaate!” Ellas son algunas de las mujeres de mi barrio, eso lo puedo asegurar. Ellas recorren calles y calles de Cali cargando sobre sus cabezas frutas y esperanzas.

Marzo 31

Mi tío Nando se fue y no dijo si volvía o no. Simplemente vino con un tipo en el carro, cogió sus cosas, me pasó unos billetes, me dio un beso rápido en la mejilla y se fue.

— ¿Qué le digo a mi mamá? le pregunté.

— ¡Yo la llamo a su trabajo! —gritó.

Cuando le cuente a mi mamá, ella lamentará no haberlo despedido con una buena comida, estoy segura.

Yo solo espero que tío Nando no regrese.

Le acabo de contar a mi mamá que el tío Nando se fue esta tarde, y ella simplemente dijo que él nunca cambiaría.

Me llama la atención que Augusto estuvo todo el tiempo cabizbajo y más callado que nunca.

Abril 1

Esta mañana Augusto cogió calle y no ha regresado. Ya casi regresa mi mamá del trabajo y cuando se enteré se pondrá mal, estoy segura.

A
U
G
U
STO
NO
C
A
I
G
A
S

Mamá estuvo buscando a Augusto en su metedero, pero no lo encontró.

Abril 2

Augusto no llegó anoche. Nadie sabe dónde está mi hermano. Nadie.

Mi mamá llamó por teléfono a doña Liliana y le dijo que hoy no iría a trabajar porque andamos buscando a Augusto. “Justo hoy que hay tanta ropa para planchar”, contó mi mamá que le dijo la señora y que ella le respondió que primero estaba su muchacho. A doña Liliana la respuesta no le gustó.

Después de arrimar donde el Paisa a ver si sabía algo de Augusto, me decidí a contarle a mi mamá lo que había estado pasando entre mi tío Nando y él. Creí que me iba a regañar por no haber hablado antes, pero no fue así, sólo aceleró el paso y dijo: “Nando no me puede hacer eso”, y ya no hablamos más.

Recorrimos todo Marroquín. En cada esquina, tienda y panadería averiguamos por mi hermano, pero nadie lo ha visto. Como a las 6:00 mi mamá se atrevió a entrar a la inspección de policía y habló con uno de los agentes, quien revisó rápidamente un libro, y dijo: “Aquí no han traído a ningún Augusto”.

Desde las nueve y media estamos aquí en la casa. Mi mamá no ha llorado ni se ha quejado. Sale y entra de la casa sin perder la calma. Está tarde por ejemplo cuando estuvimos donde los Búhos y el Jonathan le habló como le habló, “Ya doña Rosa, párela y deje el visaje que nosotros no tenemos nada que ver con su hijo. A lo bien, deje de buscarlo aquí que nos va a meter en problemas. Vea madrecita: aquí

nadie viene amarrado, aquí llega el que quiere y por lo que quiere ¿me entiende?”, ella lo escuchó y después le dijo: “Jonathan, si lo ve, mándemelo para la casa, miijo”.

En seguida, dimos otra vuelta por la cancha, pero allí solo estaban los viciosos de siempre y una pareja besándose, así que seguimos el camino.

De regreso a la casa, esperábamos que Luis nos tuviera buenas noticias, pero no fue así.

— Ya le dará hambre —dijo mi mamá y se paró en la puerta.

— ¿Todavía no se va a acostar? —le preguntó Luis.

— No, pero ustedes vayan a dormir.

— Nosotros la acompañamos — le dije y Luis añadió que no teníamos sueño.

Ninguno de los tres dijo una palabra más.

Pronto las calles se fueron quedando oscuras y silenciosas, listas para la muerte rondera. En eso pensaba cuando escuchamos el rugido de unas motos. “Entrémonos” dijo Luis tan asustado como yo. Mi mamá nos miró y al ver nuestras caras no tuvo más remedio que cerrar la puerta.

Afuera se quedaron nuestros corazones.

Abril 3

Por fin mi mamá lloró. Lloró en silencio hasta quedarse dormida. Yo le pedí a la virgen que le quitara tantas penas a su corazón o por lo menos le ayudará con ellas.

Mi mamá ha llorado mucho y reído poco desde que vino al mundo, creo que ya fue suficiente.

Abril 4

“Cuando venga Augusto no le diga nada, sólo déjelo que se quede en la casa”, me pidió mi mamá cuando salía para el trabajo esta mañana. Yo le dije que bueno, que no se preocupara.

Ella sonrió.

Yo trato de entender todo ese amor que guarda mi mamá por mi hermano.

“Los pobres y negros tenemos muchas puertas cerradas”, era la frase de mi papá “Pues si las puertas están cerradas se tumban a golpes” es la contra de mi mamá.

Esas frases yo no las olvidado.

Abril 5

Otro amanecer y nada de mi hermano. El lado de su cama está vacío desde hace cinco días. Don Cipriano nos dio la idea de sacar unos volantes con la fotografía de Augusto y pegarlos por las calles. Doña Elizabeth, doña Francia y el Paisa nos regalaron para las copias. Luis, Lady Lorena, Javier y yo hicimos el engrudo y nos encargamos de pegarlos en los postes y paredes.

¿Será que alguien nos traerá razón de mi hermano?

Abril 6

Algunos vecinos vieron a Augusto cerca de la panadería. Ojalá sus pies lo traigan a casa, sus pies llenos de barro. Ojalá sus pies que huyen, no se detengan a mitad de camino.

Abril 7

Si la noche fue eterna y triste para mí, ¿cómo habrá sido para mi mamá?

Mi mamá no ha podido comunicarse con mi tío Nando. “Ese bendito teléfono que me dio solo suena pi, pi, pi”, me contó.

¿Cómo abrir mi pecho para arrancar de su escondite esa tristeza, y sembrar a cambio un poco de alegría?

Abril 8

La mamá de Lady nos dijo que la señora que vende chontaduro por el Hospital C. H, doña Cristina, vio a mi hermano, así que mi mamá y yo nos fuimos a buscarla.

— Durmiendo en la calle no anda —fue lo primero que nos dijo mientras miraba la fotografía de Augusto—. Ese muchacho estaba limpio y bien vestido.

Mi mamá suspiró aliviada.

Ellas se pusieron a hablar de sus trabajos, de sus hijos, de sus maridos, y yo puedo decir, mejor escribir, que la vida de estas dos mujeres está como las calles: llena de huequitos, huecotes, piedras pequeñas, rocas, barro, pavimento...

Doña Cristina nos contó que ella tiene cinco hijos, pero que uno de ellos le ha sacado todas las canas. Dijo que ese era él que más quería, y cuando le preguntó con voz quebrada a mi mamá, que, si a ella le pasaba lo mismo, respondió que no, que ella quería por igual a sus tres hijos.

La conversación continuó y estuvo acompañada de chontaduros que doña Cristina nos regaló. —Con las hembras, el problema es que se dejen preñar del primer baboso que les muestra las muelas —dijo. Mi hija Nora metió las patas a los diecisiete años, y me dio un nietecito. ¿Yo no entiendo cómo es que las muchachas de hoy con tanta propaganda, con todas esas telenovelas, con tantos espejos que tienen, se dejan preñar?

Mi mamá se apresuró a decir que yo era todavía muy tranquilita, muy de la casa, sin embargo, la señora me dijo que no me dejara engatusar de los hombres. Al escucharla no pude dejar de pensar en Javier Murillo. Él era un hombre de quince años, al fin y al cabo.

De regreso a la casa cuando íbamos en el bus y yo estaba distraída mirando por la ventanilla, mi mamá me preguntó que si cuando me enamorara se lo iba a contar. Yo debí responderle que sí, eso la habría dejado tranquila, pero escogí seguir mirando por la ventana.

¿Por qué será que, en ocasiones, es tan difícil decir lo que se siente o piensa? Busco la palabra precisa en mi corazón y sólo encuentro un montón de suspiros.

Abril 9

Cuando oímos anoche esos disparos, mi mamá, Luis y yo nos despertamos sobresaltados. Estoy más que segura que en nuestras cabezas se dibujó la cara de Augusto.

Mi mamá ahí mismo se paró de la cama y entreabrió la puerta, no le importó que le dijera que la balacera había sido cerca.

— A estas horas Augusto no se mete al barrio, mamá. Él sabe cómo son las cosas por acá —dijo Luis.

A mí me hubiera gustado creer en lo que acababa de decir mi hermano, pero no fue así. Conocía a Augusto y estaba

segura que él no vería ningún problema en caminar a la media noche por estas calles, donde la muerte baila con quien escoja.

– Voy a prenderle otra vela a la virgen. Ella no me lo puede desamparar –dijo mi mamá.

Después de los disparos ya no pudimos dormir. Yo no lograba quitarme de la cabeza las caras de los muertos que encontramos en las calles o en los mangones. En el barrio hay cuatro pandillas reconocidas, que escogieron los fines de semana para matarse. Se matan por una calle o una esquina, o porque no quieren perder clientes, ni plata, ni poder. A veces creo que lo hacen por gusto. Unos viven tan drogados que ni siquiera se dan cuenta que han enterrado el cuchillo o disparado el arma. La gente podría decir que nacieron malos, pero no es así. Algunos se sentaron a mi lado en la escuela, con otros conversé en el parque o saludé en la tienda. Nacimos, jugamos, soñamos, lloramos en este Oriente. Ellos mueren los fines de semana, pero la verdad es que todos los días aquí la muerte asecha en la puerta del hospital, en los cañaduzales y en las calles...Si uno se pone a pensarlo bien, no saldría ni a la puerta.

Los muchachos de mi barrio mueren pronto.

Sus sueños, si es que los tienen, quedan tendidos en la calle y nadie los recoge.

Hablo de sus sueños porque de sus cuerpos jóvenes se encargan sus mujeres: madres, abuelas, tías, mujeres e hija.

¿A quiénes les importan estos muchachos?

¿Al político que carga niños o besan una anciana para la fotografía?

¿Al policía que dice cuidarlos y en la noche les da bala?

¿A quiénes les importa?

¿A los patrones que les ofrecen sueldos miserables?

Lo muchachos de mi barrio mueren pronto.

Abril 10

Resulta que la mamá de Lady Lorena aceptó vivir con su nuevo novio. Mi amiga está contenta porque él trabaja en un taller de motos en Bonilla Aragón y tiene casa propia. “La casa tiene dos piezas construidas en material y el baño es todo azulito. ¡Mi color de la suerte!”.

— Mi mamá ya está juiciosa, dígame eso a la suya —me dijo de pronto.

— ¿Por qué me dice eso?

Ella me respondió que sabía que, a mi mamá, como a las de muchos de nuestros compañeros de la escuela, le preocupaba que nos juntáramos con ella.

— Eso no pasa con mi mamá —me apresuré a decir.

— ¿Ya se le olvidó amiga, el día que casi la saca de mi casa a correa?

Claro que lo recordaba, pero cambié la conversación.

– Pensándolo bien, no estaremos tan lejos –dije.

Me abrazó. “¡Qué bueno que nos seguiremos viendo las cariñosas!”. Esa es Lady Lorena: alegre, abierta, sin ningún problema para abrazar. Recuerdo que una vez por esta razón se agarró con Darly, la de décimo grado. Era la hora del recreo, Lady y yo estábamos conversando cuando Darly pasó y nos dijo que parecíamos lesbianas. No era la primera vez que nos molestaba con ese cuento. Ese día Lady Lorena la empujó tan fuerte que la hizo caer al piso. “Con nosotras no te metas”, le advirtió. Entonces, Darly se levantó de una y le intentó pegar en la cara, pero Lady le agarró el brazo y se lo torció. “¡Que no me busques porque me encontrarás!”. Un círculo de estudiantes las rodeó. Gritaban y azuzaban. Disfrutaban mucho una pelea entre mujeres. Ellas ya iban a pasar a mayores, pero un profesor apareció y lo impidió: “¡Paren ya su pelotera o se van de suspensión! La mayoría de los mirones salieron en bomba.

Lady Lorena se va el domingo y yo la voy a extrañar un resto.

Abril 11

Mi mamá se enteró que la policía hizo recogida anoche, y fue a la inspección a averiguar por mi hermano, pero perdió su tiempo: “Aquí no hay ningún detenido con ese nombre”, le dijeron, y entonces ella puso el denuncia.

Abril 12

Mi mamá toma café y yo escribo. Hace algún rato ella me preguntó: “¿Qué tanto es lo que apunta en este cuaderno? Le respondí que escribía cosas.

– ¿Cómo así cosas?

Me quedé pensando.

– Ma, cosas que me pasan, que siento...

– Ah, ya –dijo.

Ahora, está allí sentada saboreando su café, se ve tranquila como si la tristeza se hubiese alejado ...por un tiempo.

Guardé rápidamente mi cuaderno debajo de la almohada cuando vi que Luis se acercaba. No estaba de humor para sus bromas. Le pregunté que si iría a jugar futbol y me respondió que no porque estaba cansado y se recostó a los pies de mi cama.

– ¿María C, que tal que Augusto no vuelva?

Le iba a responder que nuestro hermano regresaría, pero Luis continuó hablando:

– Augusto hizo lo mismo que papá: cogió su calle y se olvidó de nosotros.

No dije nada, sólo me acosté a su lado a mirar el techo.

Abril 13

Estoy feliz porque mi hermano Luis y yo nos encontramos con la profe Edilma cuando salía de la casa de doña Elizabeth, después de una reunión con algunas personas del barrio. Ella apenas nos vio nos regaló un gran abrazo y repetía: “¡Cómo han crecido muchachos!”. La vi tan bonita como siempre con su turbante de colores y la falda larga que le combinaba. Nos contó que estaban haciendo todo para que abrieran la escuela. Escucharla decir eso me alegró mucho. “Aquí seguimos en la lucha”.

Mi hermano Luis le preguntó si vendrían los mismos profesores y ella le respondió que casi todos volverían, pero que ella no.

— ¿Por qué? —le pregunté.

Me respondió que la situación para ella no estaba bien, que su presencia era chocante para algunas personas. Se veía que no quería hablar de ese tema.

En esas llegó una moto y pitó varias veces.

— Ya vinieron a recogerme. —Ella se adelantó unos pasos.

— ¿Cómo está Augusto?

— Se voló de la casa —le respondió Luis.

— ¿Qué?

Le dije rápidamente que lo estamos buscando. El hombre de la moto volvió a pitar.

– Díganle a su mamá que mañana la llamo al trabajo. –Nos abrazó de nuevo.

Apenas llegó mi mamá le di la razón.

– Ella a lo mejor puede ayudarnos –dijo.

Yo aproveché para preguntarle qué pasaba con la profe Edilma y mi mamá me contó que ella el profesor de sociales y la coordinadora están amenazados porque dieron los nombres de los jíbaros que venden droga en los alrededores de la escuela.

– Desde ese día deben andar con los ojos bien abiertos –dijo mi mamá.

Ahora sé para quienes era las frases escritas en una de las paredes de la escuela: “Se van a morir” y “Les estamos apuntando”.

¿Yo no entiendo por qué la profe Edilma viene por estos lados a reunirse con la gente? ¿Por qué se preocupa que regresemos a estudiar? ¿No tiene miedo que una bala acabe con su vida?

¿Por qué le importamos tanto? Yo no entiendo.

Abril 14

Ayer por la tarde Javier, Luis y yo fuimos a ayudar a Lady Lorena y su mamá con el trasteo. Mi amiga, llena de alegría, prometió visitarnos. “¡Chao amigos!”, nos gritó desde el motocarro.

Abril 15

Mi mamá suspira mientras hace montoncitos con la quincena. Ella vuelve y cuenta y finalmente comprueba que lo que gana a duras penas le alcanza para los gastos. Menos mal que Luis trajo algo de remesa con la plata que ganó en la panadería.

Abril 16

En la tienda me encontré con Javier y fuimos a caminar por el barrio. Él me habló de sus entrenos, de lo poco que extraña la escuela y de Wilder que ya va a la universidad. Yo le conté lo que pasaba con la profe Edilma y Javier me dijo que algo sabía porque su hermano es amigo de ella. Ellos se conocieron en la universidad. “La profe a veces va a la casa y se reúne con mi hermano y otros manes”.

Todo esto es un descubrimiento para mí.

Abril 17

Necesitaba salir de la casa y dejar de pensar en Augusto, así que fui a la cancha de Pízamos a ver a Javier jugar un

partido. Él apenas me vio levantó el brazo para saludarme y cuando hizo el primer gol me hizo señas que me lo dedicaba. ¡Qué feliz me sentí!”. Los muchachos gritan, alegan, resbalan, pierden el aliento, caen, se levantan, corren, calculan,

¡Gooooooooooooo! cantan

Eco en la cancha, y salpicón de abrazos.

Abril 18

Por primera vez siento que le gusto a un muchacho y lo mejor de todo es que ese muchacho es Javier. Él me encanta desde mucho antes que se hiciera novio de Lady Lorena, pero nadie lo sabe.

Javier siempre ha estado en mi corazón por lo alegre que es, por su manera suavcita de hablar, por su mirada y su sonrisa, y lo que hoy sucedió entre nosotros me tiene feliz, pero también muy nerviosa porque estos sentimientos son nuevos para mí.

Recordar para revivir:

Javier llega a mi casa casi a las dos y media para invitarme a visitar a Lady Lorena.

Dos y treinta y dos: se me aprieta el corazón. ¿Celos?

Dos y treinta y tres: le digo que no tengo para el transporte.

Él me responde que me lo gasta. Dos y treinta cinco: le comentó que no puedo salir sin permiso de mi mamá. Javier me explica que no vamos a tardar.

Dos y treinta y siete: crece una rabiecita dentro de mí por su insistencia.

Dos y treinta y ocho: sale de mi boca ¿es que tiene muchas ganas de ver a mi amiga? Él responde que no muchas, pero como me ha visto triste en los últimos días pensó que me haría bien verla.

Dos y cuarenta: Sudan mis manos. Risita de parte suya.

Dos y cuarenta y dos minutos: Javier dice que dejemos la salida para después. Yo digo que está bien.

Dos y cuarenta y cuatro minutos: Javier se sube a su bicicleta. Yo le pido que se quede para charlar.

Dos y cuarenta y cinco minutos: Él acepta. Lo invito a seguir a la casa.

De dos cuarenta y seis a tres y media: mucha charla sobre fútbol, escuela, hermanos, muchachos del barrio, amigos, recuerdos...

Tres y cuarenta: Pregunta directa de él: ¿usted cree que a mí me gusta todavía Lady Lorena?

Respuesta mía: ¿todavía le gusta?

Tres y cuarenta y dos minutos: No, María C.

Tres y cuarenta tres minutos: alivió de parte mía.
Acercamiento de parte de él.

Tres y cuarenta y cuatro: silencio de los dos.

Tres y cuarenta y cinco: Javier dice: María C, hace rato que yo quería venir a visitarla. Gran alegría mía.

Tres y cuarenta y siete: puedes venir siempre, palabras mías. Me gusta oírte decir eso, palabras de él.

Tres y cuarenta y ocho: risita nerviosa de ambos.

Tres y cincuenta: mañana no puedo venir porque tengo entreno, pero el pasado sí, dice él.

Entonces nos vemos, digo yo.

Tres y cincuenta y tres: beso en la mejilla y cogida de mano.

Tres y cincuenta y cinco: chao, despedida de ambos.

Esto de que a uno le guste alguien es algo extraño. ¿Cómo es posible que en medio de tanta gente que hay en este mundo uno se encuentre con una persona que nos haga latir el corazón de esa manera? ¿Será esto el amor del que habla la gente? ¿Estar enamorada es esto?

Mi corazón bailaba como una lombriz.

No le conté a mi mamá que Javier estuvo aquí esta tarde y mucho menos lo que siento por él. Un día lo haré, ahora no. Salgo a la calle y canta mi pelo, baila mi boca, ríen mis dedos.

¿Es el amor?

Abril 19

Todo es tan triste y doloroso. ¿Por qué le dispararon a mi hermanito?

Quisiera prenderle mil velas a la virgen del Carmen para que lo salve, pero solo tengo una.

Mi mamá se quedará en el hospital con él. Ella llamó por teléfono a doña Elizabeth, y ésta vino a darme la razón: A Luis lo tienen que operar de urgencia porque la bala le entró en su pulmón.

Abril 20

Javier cumplió su promesa y vino a visitarme. Le conté lo que le pasó a Luis. Él se quedó acompañándome hasta que llegó mi mamá por unos papeles y a cambiarse de ropa. Ella tenía los ojos chiquitos de llorar. “Mi muchacho está luchando”, dijo cuando le pregunté por Luis.

Abril 21

Mi hermano salió de la cirugía y sigue luchando, como asegura mi mamá.

Mi mamá ríe a veces.

Mi mamá llora ahora.

Llora siempre, siempre, siempreeeeeeee.

Abril 22

Javier tuvo que convencerme de aceptar la invitación de su mamita. Según él, ella quería conocer a esa muchacha de la que tanto habla. Creo que esa pudo ser una razón, pero la principal tenía que ver con la fe que doña Benilda tiene en la oración.

A ella yo la había visto de lejos en las reuniones de la escuela, pero nunca tan de cerca, por eso hoy lo primero que me llamó la atención fue ver su cuerpo delgado vestido completamente de blanco y su cabeza con una pañoleta del mismo color. Doña Benilda me recibió con mucha amabilidad y me pidió que me sentara en una butaca, mientras terminaba de cocinar el almuerzo. “Estoy preparando carne serrana”, dijo. Yo miré a Javier porque no tenía ni idea de ese plato.

—Mamita, María C nunca ha comido esa delicia—dijo Javier.

—Ya va a probar y verá lo bueno que es.

Nos quedamos allí viéndola pelar la yuca, revolver el hogao y picar finito el cilantro. Veinte minutos después nos sentamos a comer, y doña Benilda me contó que ese plato era de su tierra y que se llama Pusandao de carne serrana.

— La carne me la trajeron de Tumaco, porque por acá no se consigue —aseguró ella. Comí con ganas el pedazo de carne, los trozos de plátano y yuca. ¡Disfruté cada cucharada que me llevé a la boca! Me hubiera gustado repetir, pero no me atreví: estaba en casa ajena y no iba a pasar por pedigüeña.

Después del almuerzo Javier y yo lavamos los trastos y ella me preguntó por Luis. Le conté lo que sabía: lo habían operado y seguía conectado a unos aparatos. Doña Benilda me dijo que eso estaba bien, que era lo que se esperaba después de semejante percance. “Ahí donde la ve, mi mamita fue enfermera en Satinga” dijo Javier muy orgulloso. “Enfermera, enfermera, no, mijo. Yo trabajé en el puesto de salud de mi pueblo y aprendí cositas”, aclaró ella. Luego me preguntó si yo oraba.

— ¿Rezarle a la virgen del Carmen?... Yo no, pero mi mamá sí y le enciende velas. La mamita de Javier me dijo que la oración era importante, me llevó hasta a su pieza donde en un rincón había una mesita con varias imágenes y figuras de santos, una vasija de barro pequeña pintada de verde y amarillo. Lo raro para mí fue ver junto a las velas encendidas, hierbas, caracoles y plumas.

— Ellos pueden ayudarnos en los momentos difíciles si les pedimos con fe y respeto —dijo.

– ¿Le rezo a la Virgen del Carmen? –le pregunté.

Y me gustó mucho la respuesta que me dio:

– No importaba a quien le pida por la mejoría de su hermano, lo principal es que lo haga con devoción. Yo he acudido a Oshún para que lo sane.

– ¿Oshún?

–La virgen de la Caridad, –respondió– Ella cumple nuestras peticiones si salen del corazón. En ese momento Wilder entró al cuarto y el rostro de doña Benilda se iluminó. Él la besó en la cabeza y su abuela le echó bendiciones.

Regresamos a la cocina y este cogió el plato de comida que su mamita le había guardado sobre la estufa y se sentó en la butaca a comer con gana.

– ¡Mamita, este pusandao le quedó sabrosooo!

– Al que le gusta le sabe, ¿no?

Wilder rio y zalamero le dijo que la sazón que ella tiene no se puede comparar con ninguna otra. Comía rápido, no sé si porque tenía prisa o porque tenía mucha hambre. Mejor que fuera por lo primero porque para un hombre tan alto como él ese plato de comida era muy poquito. – ¿Tiene entreno hoy? –Le preguntó Wilder a Javier.

– Sí, a las cuatro.

Wilder sacó unas monedas y se las pasó. “Compre limones y se prepara una limonada para que lleve”, le dijo. Javier le agradeció y salió para la tienda.

Doña Benilda empezó a hablar del futuro de Javier, y lo hacía con tanta convicción que supe de dónde él lo había heredado. “Está escrito que este muchacho va a triunfar”, dijo su mamita varias veces.

Wilder se levantó, lavó el plato y dijo que ya se iba.

– Mamita, hoy no vengo a dormir.

– Pero, ¿mañana regresa?

Le contestó que el lunes regresaría y la besó en la frente. ¡Qué cariñoso era! Ella lo abrazó mientras le decía: “Oshún, madre misericordiosa, acompaña sus pasos”.

– Chao, peladita –se despidió.

Hoy supe que Javier y Wilder son huérfanos, a sus padres los mataron en Satinga. “Wilder tenía 6 años y Javier estaba recién parido cuando me tocó salir corriendo del pueblo con ellos”. No pude saber más porque ella paró de hablar cuando Javier regresó con los limones. Esperé a que él se preparara la bebida y se pusiera el uniforme de entreno. Luego, cuando nos despedimos de doña Benilda, dijo: “Abre su camino y guía sus pasos”. Creo que le hacía esa petición a su Santa. Javier la besó en la mejilla y salimos cogidos de la mano. Lo acompañé al paradero y después arrimé donde el Paisa para que me fiara una veladora, pero él me la regaló porque seguro se imaginó que la encendería por

mi hermano Luis. La llama ha estado alta y firme, tengo fe de que la virgen de la Caridad está haciendo su labor.

Estar en casa de Javier y conocer a su mamita me trajo mucho alivio. Ahora no tengo claro cuál es su creencia o religión, pero sea cuál sea, me ha dado paz.

Ya estaba en la cama cuando Augusto tocó a la puerta. Le abrí y de una le dije que mi mamá estaba en el hospital con Luis. “Ya me lo contaron”, dijo y sin decir nada más se dejó caer en su cama.

Abril 23

Anoche dormí muy poco y fue por dos razones: iría al hospital a llevarle a mi hermano pañales, y le contaría a mi mamá la nueva noticia.

— Augusto apareció —le dije cuando ella salió a encontrarse conmigo.

— ¡Gracias virgen santa! —dijo y luego preguntó que si él ya sabía lo que le había pasado a Luis.

Le respondí que sí. No conversamos nada más sobre Augusto, pero sí sobre Luis. Los médicos dijeron que por ser tan joven estaba mejorando rápido. ¡Hurra! Luego me contó que ayer en la mañana había estado don Cipriano y le había dicho que a mi hermano le había disparado un pelado que le dicen Patrocinio.

De regreso para la casa estuve maldiciendo al tal Patrocinio. Si es pecado maldecir, ya no me importa.

Le conté a Augusto que ese Patrocinio fue el que le disparó a Luis. Él siguió tomándose su jugo despacio, pero al ratico se puso la camiseta y salió. Estuvo toda la tarde fuera. Ahora está aquí recostado en su cama.

¿Quién será ese muchacho que lo trajo en una moto?

Abril 24

No puedo dejar de pensar y escribir sobre Javier. Es delicioso sentir el temblor de mi cuerpo cuando recuerdo lo que pasó esta tarde. Nosotros estábamos hablando como siempre y él me dijo: “María C. usted es muy linda”. Sus ojos negros negrísimos me miraron y su boca grande, grandísima me besó la boca.

¡Hoy di mi primer beso! ¡Fue lindo, delicioso y generoso!

Abril 25

Eran las seis y veinte cuando mis ojos que deseaban ver a Javier se encontraron con mi papá.

¿Quién no reconocería su paso largo y un poquito ladeado?

– Allí viene mi papá –le dije a Augusto.

Mi hermano salió al portón y vio que era cierto: allí se acercaba Augusto Perea Mosquera. Yo me quedé parada en la puerta mientras mi hermano salía a su encuentro y lo ayudaba con la caja de cartón que traía mi papá al hombro.

–Casi que no vuelve – no pude evitar decirle. Mi papá tragó saliva.

La abuela de Yiya, quien se estaba trenzando, soltó unas palabras que me hicieron pensar inmediatamente en mi mamá: “Todos son igualitos, tarde que temprano vuelven los muy bellacos y las mujeres de pendejas los recibimos”.

Entramos a la casa. Augusto le preguntó dónde había estado y cuando mi papá empezó a contarles, yo ya no lo escuchaba porque tenía a mi mamá metida en la cabeza: ¿Qué haría ella cuando lo viera? ¿Se pondría contenta? ¿Le reprocharía su ausencia? ¿Cómo le diría lo de Luis?

– Voy para el hospital, –dijo él, y añadió que cuando su compadre Cipriano le dio la noticia, cogió camino para acá.

Le pregunté que si podía ir con él y me dijo que sí.

– Venga con nosotros Augusto –le insistió a mi hermano, pero él se negó.

Mi papá y yo salimos de inmediato y en el camino no tuvimos mucho que hablar o, mejor dicho: yo no tenía ganas de hablar con él.

Desde lejos puede ver a mi mamá que estaba parada cerca a la puerta principal del hospital.

Le sonreí y creo que mi papá también cuando le preguntó: “¿Cómo está, Rosa?”. Mi mamá le dijo sin mirarlo que bien y que podía subir a ver a mi hermano. Le dio el número del piso y la cama donde Luis estaba “luchando por su vida”. Mi papá cruzó la puerta y yo me quedé junto a mi mamá. La abracé y ella recostó la cabeza en mi hombro. Se veía tan cansada.

— ¿Y el Augusto? —me preguntó.

Le dije que se había quedado en la casa y ella suspiró largo y profundo.

No pasaron quince minutos cuando regresó mi papá. Sus ojos habían llorado.

— A pesar de todos esos tubos que tiene conectados, se le ve buena cara a mi muchacho

—dijo.

—Voy a subir. No quiero dejarlo solo —dijo mi mamá.

Como siempre le pregunté que si yo podía ver a Luis y ella como siempre me respondió que las enfermeras y el médico de turno le habían dicho que a la sala de cuidados intensivos no pueden pasar menores de edad. Luego me dio un beso en la frente y se despidió de mi papá con un “chao”.

Él y yo nos quedamos allí parados viendo alejarse el cuerpo cada vez más cansado de mi mamá.

Palabras que aprendo de manera dolorosa: cuidados intensivos y médico de turno.

Abril 26

Javier me visitó y nos besamos dos veces. El primer beso fue cortico, pero el otro estuvo largoooooooooooo.

Abril 27

Ayer no escribí lo que me contó Javier sobre la profe Edilma y Wilder porque estaba mucho más interesada en dejar escrito en este cuaderno los besos que nos dimos. Pero, ahora tengo tiempo y lo haré: la profe Edilma y el hermano de Javier fueron novios. ¡Vaya sorpresa! Doña Benilda se dio cuenta del romance cuando los sorprendió besándose en su casa. Esa misma noche ella habló con Wilder y a Javier le tocó escuchar toda la charla: “Usted ya es un hombre grande, que estudia, así que yo lo único que le puedo decir es que no se ponga a traer muchachitos al mundo”. Wilder le dijo que no se preocupara, que él sabía cuidarse. Además, Javier me contó que la profe Edilma en un tiempo les prestaba libros a su hermano y a los amigos de éste, igual como lo hacía con nosotros en la escuela.

“¡Wilder los leyó todos!”, Javier estaba impresionado y yo no sabía por qué. ¿Acaso leer de pe a pe los libros no es lo que se debe hacer? me pregunto.

Después Javier se puso a hacer cuentas y calculó que entre la profe Edilma y Wilder hay ocho años de diferencia.

– ¿Será que por eso se separaron?

– Mi hermano no habla de esas cosas... Bueno, en realidad Wilder habla muy poco de sus cosas.

Recuerdo la promesa que no cumplió tío Nando: ir al centro a comprar libros. Tonta yo que le creí. La próxima vez que vea a la profe, le preguntaré si me puede prestar libros.

Abril 28

Extraño a mi mamá en la casa.

Abril 29

Tengo que ir donde Zapaterito para que remiende mis sandalias, y aunque sé cómo es él, voy por dos razones: estas son mis únicas sandalias y él es el único zapatero del barrio. Cuando me vea, sé que me dirá: “Estas sandalias no dan para más, Marita”. Y yo, evitando su mirada morbosa, le corregiré: “No me llamo Marita, y usted lo sabe”. Él dirá riendo: “pero qué brava, esta muchacha”, a la vez que me ofrecerá la butaca que está cerca de él. entonces tendré que decirle que muchas gracias, que regresaré más tarde por mis sandalias y él dirá sin dejar de mirarme con sus ojos saltones que tan bonita y penosa, la niña.

A Zapaterito le gustan las niñas como yo y no sé si la gente mayor sabe de sus mañas. Una vez en la escuela, cuando nos dimos cuenta que dos estudiantes de nuestro salón se habían dejado tocar de él a cambio de plata, mi grupo de amigos se dividió: Pacho, Manuel, Rafa, Yeni, Memo, Lady Lorena, Patricia y yo creíamos que ellas eran unas fufurufas por haber recibido un pago. Otros como Javier, Sandra, Novoa, Yesenia y Néstor creían que no porque solo se habían dejado tocar.

— A la larga una se baña y listo. —dijo Sandra —Lo que pasa es que ustedes son unas morrongas.

— ¡Morrongas, no! Nosotras a metros con ese viejo. —Lady Lorena y yo soltamos a reírnos. Novoa y Manuel quisieron saber qué tanto era lo que les hacía Zapaterito y Sandra contó que él por tocarle las piernas le había dado 500 pesos. No le creímos que sólo se hubiese dejado tocar las piernas porque en esa semana, ella nos había gastado acema y gaseosa donde el Paisa.

Historia como la de Zapaterito recorrían los recreos a diario. Historias donde el personaje principal podía ser uno de nosotros. Hoy me gustaría escribirlas en este cuaderno, pero estoy segura que las 62 hojas limpias que me quedan no serían suficientes. Además, ¿qué chiste tiene escribir historias que ya están en los libros? Ah, sí, porque niño o niña a quien una bruja, ogro, padrastro o madrastra abandone, golpee, encierre o abuse hay por montones.

Sólo es cambiar el bosque por las calles, los castillos por las casas y listo.

Abril 30

Mi papá estuvo en el hospital y nos contó que a Luis ya le quitaron los remedios que lo mantienen dormido. “Sigue con los ojos cerrados, pero cuando su mamá o yo le hablamos, él nos aprieta la mano”.

– Yo pensé que usted esta noche se quedaría en el hospital
–le dije.

– Su mamá quiere estar allí cuando su hermano abra los ojos.

Yo le creo.

Otras palabras que hoy aprendo: evolución positiva, ronda de médicos, visitas restrictivas.

Mi papá se enteró que el día que hirieron a Luis no fue por robar la panadería. Don Esteban le contó que mi hermano estaba acomodando gaseosas en el enfriador cuando entró Patrocinio y le pidió una caja de cigarrillos. Luis le dijo que allí no vendían y entonces el muchacho le disparó así nomás.

Mayo 1

Hoy la profe Edilma fue al hospital y estuvo visitando a Luis. Ella fue acompañada de Wilder. Mi papá dijo que ellos estuvieron muy interesados en saber más sobre lo que le había pasado a mi hermano. Él cree que ellos tienen su gente para averiguar.

¿Su gente? ¿Qué clase de gente? Todo esto me intriga.

¿Qué es lo que quiere decir “intriga”? ¿Estoy utilizando esta palabra bien? Ya la buscaré en el diccionario.

Me voy a hacer el almuerzo.

Significado de intriga: gran curiosidad o interés que despierta algo.

Mayo 2

Por fin mi mamá aceptó que mi papá se quedara esta noche acompañando a mi hermano Luis. Yo me alegro de tenerla aquí en casa. Ella llegó, se bañó, se puso ropa limpia y fue a la tienda.

Cuando regresó trajo espaguetis y una lata de sardinas. Dijo que estaba antojada de esa comida y se puso a prepararla. Yo estuve todo el tiempo a su lado, escuchando sus historias de la gente del hospital. Me contó que llegan

muchos jóvenes heridos y que algunos se mueren en el pasillo ya sea porque están muy mal o porque no hay cómo atenderlos. “Las enfermeras y los médicos hacen todo lo que pueden”.

Cuando vio la estampa de Oshún al lado de la virgen del Carmen tuve que contarle cuándo, por qué y quién me la había dado.

– En este momento toda ayuda divina es bien recibida.
–dijo.

Mayo 3

Don Cipriano estuvo esta tarde. Él y mi papá estaban hablando de Luis cuando en esas llegó

Javier. “Buenas tardes, ¿está María del Carmen?” Mi papá y don Cipriano me miraron. Yo salí rápidamente al portón y le hice señas a Javier para que nos alejáramos.

– La quería ver antes de irme para el entreno. ¿Me acompaña al paradero? –me cogió con cariño la mano.

– ¿No vio que allí está mi papá?

Al ver que estaba nerviosa me soltó.

– Nos vemos otro día.

Ahora fui yo la que tomé su mano y le dije que también lo quería ver. Él me abrazó y mi corazón se aceleró. “Mi papá puede salir”, pero no me aparté.

Quedamos de vernos esta noche, cuando él salga del entreno.

— ¿Y ese muchacho que quería? —Me preguntó mi papá cuando entré.

Le dije que era un compañero de la escuela y que había venido a preguntar por Luis. Don

Cipriano, gracias a Dios, metió la cucharada: “Compadre, ese muchacho es una promesa del futbol”. Me escabullí a mi cama.

Esta tarde le di una sorpresa a Javier: lo esperé en el paradero de buses. “Ve, ve, ¡Qué alegría me da, María C!”, dijo y me abrazó. Caminamos despacio, riendo, contándonos las cosas del día.

Faltando una cuadra para llegar a mi casa nos soltamos nuestras manos y nos despedimos. Él me prometió que vendrá a visitarme y yo le murmuré que lo esperaría.

Esta noche quiero soñar con Javier y que él sueñe conmigo.

Mayo 4

Augusto sale y entra de la casa sin Dios ni ley. Hoy me dio un dinero y dijo que se lo pasara a mi mamá.

Mayo 5

¡Chorros de felicidad siento por la recuperación de Luis! Ya está en otra sala porque puede respirar bien y sin aparatos, nos contó mi mamá. “Cuando le hablo abre los ojos y pela las muelas, virgen santa”. Ella dice que esta mañana un enfermero le hizo ejercicios en los brazos y las piernas, y cuando terminó dijo que si seguía así pronto saldría del hospital.

Encendí una veladora a las dos Santas, estoy segura que ellas no tienen lío en compartirla.

Le tuve que devolver el dinero a Augusto porque mi mamá no quiso recibirlo.

Mayo 6

Mi mamá llegó muy entusiasmada porque en el paradero se encontró con doña Elizabeth y ella le contó que el próximo viernes habrá una reunión en la caseta comunal con unos señores del gobierno para hablar de la situación de la escuela. “Parece ser que es gente importante que puede resolver rápido el problema”. Mi papá que estaba alistándose para ir al hospital a quedarse con mi hermano salió a escuchar la conversación.

– Mija, a usted le toca ir a escuchar y luego me cuenta.
–dijo.

— Yo voy —dijo mi papá y la cara de mi mamá se iluminó.

— Eso me parece muy bien, Augusto. —le dijo.

¡Por fin se volvieron a hablar!

¿Por qué existe gente como la señora Liliana? ¿Por qué no puede entender que mi mamá ha faltado al trabajo porque está cuidando a mi hermano?

A las siete acompañé a mi mamá a la casa de doña Elizabeth. Ella llamó por teléfono a doña Liliana para contarle cómo seguía Luis y esa señora simplemente le dijo que como ya se había cansado de esperarla contrató a otra persona.

— Yo la entiendo doña Liliana, pero entíndame usted a mí... Ese trabajo es lo único que yo... Me colgó.

— Esa mujer no puede despedirla, así como así después de tantos años de servirle, y mucho menos sabiendo el problema de su hijo —le dijo doña Elizabeth.

— Yo la he mantenido informada de todo y mire ahora con las que me sale...

Doña Elizabeth le explicó a mi mamá que ella tenía derechos como empleada doméstica, le preguntó por su contrato de trabajo y como mi mamá no pudo darle mucha explicación, se ofreció a ayudarla.

– Yo no quiero meter a doña Liliana en problemas –le respondió mi mamá.

– Ma, usted debe escuchar a doña Elizabeth –dije, porque siempre he pensado que esa señora se ha aprovechado de ella.

Doña Elizabeth insistió en ayudarla, pero mi mamá le dijo que lo iba a pensar y que le avisaba. Yo creo que eso no lo hará porque cuando veníamos para la casa me contó que doña Liliana le había prometido darle una buena carta de recomendación.

Mayo 7

A las cuatro mi papá y yo salimos para la reunión en la caseta comunal. A mitad de cuadra nos encontramos con Yiya y su abuela, más adelante con Doña Patricia y sus nietas que iban como siempre muy limpiecitas y peinaditas.

– Ojalá hoy se logre sacar algo en limpio –dijo mi papá.

– Yo he venido a todas las reuniones y no ha pasado nada. Uno viene es a perder el tiempo

–dijo la abuela de Yiya.

Luego añadió que, si en esta reunión no se soluciona nada, mandaba a Yiya a trabajar interna en una casa de familia. Yiya dijo bajito que para ella era mejor.

– ¿Cómo así que mejor? –le preguntó doña Patricia. –Usted es una niña que debe estudiar.

Yiya alzó los hombros y dijo que para ella la escuela no tenía ningún chiste, pero que trabajar sí porque ganaba plata y podía comprarse muchas cosas. Lo peor es que su abuela estaba de acuerdo con cada una de sus palabras.

– Ella sabe que tiene su destino escrito y nadie puede cambiarlo.

¿Qué? ¿Acaso ellas no han escuchado a mi mamá o la abuela de Javier? Definitivamente, ni Yiya ni su abuela saben que uno puede enderezar el destino, alguien se lo tiene que decir.

– Yiya sólo me tiene a mí. Si yo me muero ¿qué va a pasar con esta muchacha?

Mi papá le preguntó por la mamá de Yiya y la abuela le respondió que la porquería esa andaba de callejera. “Esa mujer no fue sino salir del cementerio donde dejamos a mi hijo para coger calle con el uno y con el otro”, contó y que por eso la echó de su casa. “Y usted viera don Augusto, cómo se encabronó la sinvergüenza cuando no dejé que se llevara a la niña. Eso fue con policía y todo”. Eso lo sabíamos muy bien porque a nosotros nos tocó ver, cómo en plena calle, Yiya casi pierde los brazos cuando su mamá y su abuela se la peleaban.

– Ojalá hoy en esta reunión se logre sacar algo en limpio
–dijo mi papá.

Seguimos caminando y escuchando los cuentos de la abuela de Yiya hasta llegar a la caseta, y estando allí, el desaliento fue total al ver tan pocas personas en la reunión. Y si a nosotros nos dio tristeza, a doña Elizabeth le dio una rabia ni la verraca como dice ella, y empezó a decir por el megáfono que la gente era muy irresponsable y dormida, que por eso era que el gobierno nos tenía sumidos en la pobreza y la ignorancia. La cara le sudaba y ella se limpiaba con la manga de su vestido. Ella siguió diciendo que eso le pasaba por tonta, por meter el culo en asuntos que nada tenían que ver con ella porque ni hijos tenía, y que ese era su último esfuerzo por hacer que abrieran la escuela. Unas personas la aplaudieron y otras le gritaban que los presentes no teníamos por qué recibir semejante regaño.

– Doña Elizabeth sinceramente está perdiendo su tiempo
–dijo para rematar la abuela de Yiya.

Mi papá intentando calmar los ánimos, dijo que todavía estaba temprano y que la gente no demoraría, pero la abuela de Yiya insistía en empeorar las cosas:

– ¡Qué va! Ya la gente no viene.

En la parte de atrás vi a doña Benilda sentada en una silla y a Wilder a su lado, así que me acerqué a saludarlos.

– Qué bueno que vino, hija.

– Estoy con mi papá y unas vecinas.

Wilder me saludó con un “Quiubo, peladita” y siguió leyendo unas hojas que tenía en la mano.

– La gente va a llegar graniadito. Ya verán –dijo doña Benilda.

Desde allí se escuchaba ahora la voz ofuscada de don Gustavo: “Nosotros personalmente nos encargamos del perifoneo cuadra por cuadra, y anoche el padre Leonardo en la misa, recordó en dónde y a qué hora era la reunión. Ustedes me van a perdonar, pero lo que pasa es que la gente es muy inconsciente”. Wilder le dijo a su abuela que iría a la tarima y hacía allá se dirigió. Lo vi hablando con doña Elizabeth y don Gustavo.

En poco tiempo comprobé que doña Benilda tenía razón: la gente fue llegando, y cada vez que alguien aparecía yo aplaudía, así que mis aplausos fueron para doña Gloria, doña Nubia, don Cipriano, doña Luz Dary, la tía de Novoa, la mamá de Miranda, la tía de Álvaro, el abuelito de Las Monas y para todas las mamás y papás de los niños de primaria y de bachillerato que reconocí. Pero el aplauso mayor que di fue para la profe Edilma, quien entró caminando rápido con una sonrisa de oreja a oreja. Nadie sabe la felicidad que sentí al verla.

Corrí a su encuentro, pero no pude acercarme porque ya algunas personas la tenían rodeada dándole las gracias por su presencia. Luego, ella subió a la tarima y se unió

a doña Elizabeth, Wilder y don Gustavo. La profe tomó el megáfono y entre todas las cosas que dijo, me gustó mucho esta frase: “Estoy aquí porque este es mi compromiso”.

—Ya llegaron los señores de la Secretaría —anunció doña Elizabeth señalando a un hombre y una mujer. Él sudaba a chorros, parecía que le apretaba la corbata verde oscura que traía puesta, y ella sudaba menos, pero caminaba con dificultad encaramada en sus zapatos blancos de tacón alto. Yo me pegué a la tarima y me acomodé lo mejor que pude. Wilder y don Gustavo ayudaron a subir a los invitados, quienes después de saludar ocuparon las sillas que les habían traído. Por sus rostros, creo que no esperaban ver tanta gente allí reunida. El silencio que se hizo me gustó mucho. Doña Elizabeth le hizo una señal a la profe Edilma para que diera inicio a la reunión, y eso me pareció bien porque la profe era la que más sabe del problema de la escuela. Ella empezó contando que desde hacía dos años las pandillas se estaban organizando, y que los adultos pensaron que eran sólo un grupo de jovencitas y jovencitos envalentonados, con ganas de hacerse notar, pero que un día de los insultos pasaron a los hechos, y se tuvo el primer muerto en el patio de recreo de nuestra escuela. La voz le tembló, pero rápidamente, la profe se recuperó y dijo que se había perdido una vida y que la única solución del Estado fue cerrar la escuela. “Ahí están pintados”, gritó alguien. La profe se paró de la silla y buscó el dueño de la voz. No la encontró, así que continuó: “Es urgente que se actúe ya”.

— ¡Así es: actuar ya! —Esa era la voz Arturo, el primo de los mellizos Viáfara, quien ahora se bautizó con el nombre de Enzi.

— ¡Ya es hora de pasar a los hechos!

Apoyo. Revuelo. Murmullos. Movimientos. Tensión. Los invitados se miraron, y luego miraron la puerta de salida. Doña Elizabeth y don Gustavo se levantaron de la mesa y pidieron silencio. La profe Edilma continuó, y finalizó diciendo que la falta de oportunidades solo conduce a la delincuencia. Los aplausos no se hicieron esperar y el ambiente se tranquilizó.

Wilmar no dejaba de mirarla.

Cuando le tocó el turno, al hombre del gobierno, este se puso de pie y se aflojó la corbata. Dijo que entendía nuestra preocupación, que el proceso no era fácil, que había muchos desafíos, que era un trabajo de todos, que la cobertura, que brecha...

— ¡No, nos están diciendo nada nuevo! ¿van o no abrir la escuela? —Era la mamá de Bautista. En su respuesta el hombre utilizó palabras como gestión, documentos, compromiso, reuniones, acuerdos, ley de educación, recursos, supervisión, antisociales, legitimidad, medidas de control, y entonces Wilmer no aguantó más y gritó: “¡Si ustedes no solucionan el problema, ténganlo por seguro que nosotros lo haremos!”. Aplausos. Silbidos y vivas. ¡Frente Unido presente, presente!”, gritó un coro disperso por el salón.

La señora del gobierno dejó de tomar apuntes en su libreta y se puso de pie, su compañero con la camisa empapada de sudor le preguntó si iba a hablar. Ella le dijo que tenía una pregunta para la profe:

– ¿Usted está dispuesta a volver a la escuela?

La profe Edilma le respondió sin dudar que sí, que esa era su escuela. Aplausos en grande que estoy segura se escucharon en todo el Distrito.

“¿Dónde está la gente del sindicato de maestros?, preguntó alguien, quien recibió como respuesta: “Ya le metieron política a esto”. Risa. Rezongos. Agite. La reunión duró dos horas largas, y yo salí convencida que los días sin escuela están contados, y no precisamente por lo que hagan los señores del gobierno, sino por lo que podamos hacer aquí en el barrio. -----

Olvidé contar algo: cuando la reunión terminó y los invitados salieron pitados, me pude acercar a la profe: “María del Carmen, ¡qué bueno verte!”, dijo y nos abrazamos muy fuerte. – ¿Profe, y a usted no la amenazaron? –le preguntó doña Luz Dary. La profe me soltó y le respondió que era cierto, pero que eso no era lo más importante ahora. Wilder y tres muchachos más se acercaron y uno de ellos le dijo: “Profe, salimos ya”, y se marcharon a toda prisa.

Mayo 8

Son las 10:00 de la noche. Mi mamá y yo acabamos de cerrar la puerta, cuando escuchamos afuera una voz gritar: “¡Mamá! ¡Mamá!”, seguida de varios disparos. “¡Augusto! gritó mi mamá y el vaso que tenía en la mano se estrelló contra el piso. Yo corrí a su pieza. “No fue él quien gritó”, le aseguré. Ella, con los ojos así de grandes y sin chancletas, abrió la puerta de la calle gritando el nombre de mi hermano. Corrí detrás suyo y vi cómo se arrodillaba al lado del cuerpo ensangrentado de un muchacho. “Ma, él no es Augusto!, ¡mírelo bien! “¡Mi muchacho! ¡Mi muchacho!”, seguía gritando. Me acerqué lo suficiente y vi que esta vez las balas habían alcanzado a Héctor, el que vive a la vuelta. La calle estaba vacía. Mi mamá lloraba sin consuelo. Yo temblaba. Alguien gritó que Héctor seguía vivo y eso bastó para que varios vecinos salieran de sus casas y lo rodearan. Don Hidalgo recordó que era el hijo de doña Evelina, el segundo muchacho que le mataban.

— El Paisa ya llamó a la policía —dijo la abuela de Yiya.

— ¿La policía? Amanecerá y veremos —aseguró doña Magdalena.

Mi mamá tomó la mano a Héctor y le dijo que aguantara, que lo hiciera por su mamá, que la pobre lo necesitaba, y cuando doña Pastora comenzó a rezar en voz alta, mi mamá le gritó que se callara porque Héctor aún estaba vivo, así que la señora se guardó sus rezos. Todos los que estábamos presentes fuimos testigos de un milagro: la

radiopatrulla de la policía llegó con cuatro uniformados bien armados.

— ¿Qué pasó? —preguntó uno de los ellos como si no viera a Héctor lleno de sangre. Doña Francia les pidió a los policías que llevarán a Héctor al hospital porque se estaba desangrando, pero ellos parecían tener todo el tiempo del mundo: hablaban, se comunicaban por la radio y preguntaron más de una vez si alguien había visto algo.

— Señor agente por Dios, sálvelo le suplicó mi mamá.

El policía que tenía cara de buena gente le preguntó si ella era su mamá, y cuando ella le respondió que sí, los vecinos y yo nos miramos entre sí. “Súbanlo a la radiopatrulla”, mandó.

Don Hidalgo, Alfredo, Jairo y don Cipriano levantaron a Héctor y fue ahí cuando llegó doña Evelina gritando: “¡Ay, me mataron a mi hijo!”. Mi mamá le dijo que él estaba vivo y que se subiera a la radiopatrulla.

— Oiga, ¿usted no dijo que era la mamá? —le preguntó el policía.

— Yo no lo tuve aquí en mi barriga, es verdad.

El policía se le acercó, y yo tuve miedo por lo que pudiera pasar.

— Evelina es la mamá, pero este muchacho pudo ser mi hijo. Si usted quiere súbame a la patrulla.

Le agarré la mano. Yo subiría con ella.

– Estoy segura que su mamá haría lo mismo por usted, mijo.

El policía bajó la cabeza y se subió a la moto.

Hoy aprendí de mi mamá que entre todas debemos cuidarnos, acompañarnos... Ella cuidó de Héctor. La mamá de él podría cuidar de mí o mis hermanos. La mamá del policía puede cuidar de la hija o el hijo de otra madre.

Juntanza es lo que necesitamos en este barrio, en este Oriente, en esta Cali, en esta Colombia.

Ojalá mañana tengamos buenas noticias de Héctor.

Mayo 9

Amanecí con una pregunta golpeándome el pecho: ¿En quién o qué pensarán las personas que están muriendo?

Mi mamá madrugó para el hospital. Augusto llegó al medio día. Después de quién sabe cuántos tropiezos sus pies lo trajeron de vuelta a la casa. La casa donde siempre se le guarda comida caliente y cama limpia.

Mayo 10

Esta tarde fui a casa de Javier y a él apenas me vio se alegró mucho, al igual que su mamita.

– ¿Cómo va su hermano? –me preguntó ella.

– Mucho mejor, mi papá me dijo que ayer se comió toda la comida que le dieron en el hospital.

– Enfermo que hace por comer, a la vida tiene fe, sí señor.

– Eso mismo dice mi mamá.

En la charla que tuvimos me enteré que Wilder lleva varios días por fuera de la casa, y aunque parece que es una costumbre suya, su mamita no deja de preocuparse. Eso de que los hijos no avisen si vuelven o no a la casa debe ser muy difícil para las mamás y las abuelas.

En todas estas, ¿Yo si tendré hijos? Yo no puedo ni imaginarme semejante cosa.

Mayo 11

¡Mi querido hermano Luis ya está en la casa! Mi mamá y mi papá lo trajeron a eso de las tres de la tarde. Yo me esmero por atenderlo, por hacer todo lo que me pide. De hoy en adelante voy a consentirlo, a mimarlo todo lo que pueda. Saber que estuvimos a punto de perderlo nos hace aún llorar. Mi mamá lo mira y le acaricia el cabeza a cada instante. Mi papá va hasta su cama, y solo se queda mirándolo largo tiempo. Por su parte, Augusto estuvo aquí y le trajo unos paquetes de papas fritas.

—Coma para que engorde porque está como una lombriz de tierra— le dijo.

A Luis esto lo hizo reír.

Celebré que hoy, después de tantos días sin hacerlo, almorzáramos los cinco: papá, mamá, mis hermanos y yo, y aunque en la conversación solo se habló de Luis y sus cuidados, me sentí feliz de vernos aquí reunidos.

Mayo 13

Riña, pelea, pelotera fue lo que se vivió aquí en la casa ahora rato y ni la virgen pudo evitarlo. Resulta que mi papá llegó tarde y como no vio a Augusto se llenó de rabia. Dijo antes de salir, que ya no le iba a seguir aguantando sus vagabunderías, que lo iba a buscar y que cuando lo encontrara no le iban a quedar ganas de andar de callejeando. Mi mamá le dijo que estaba bien que lo trajera, pero que tuviera mucho cuidado con írsele la mano. Ella siguió planchando y no sé si cantaba o rezaba, pero algo murmuraba. El caos reinaría en instantes. Mi papá entró a empujones a Augusto, y él apenas tuvo oportunidad se agarró del marco de la puerta y por más que mi mamá le decía que entrara, que era por su bien, él se negaba. Entonces mi papá lo empujó tan fuerte, que Augusto fue a dar debajo de la mesa y como la mesa hace tiempos tiene una pata medio coja se le cayó encima. Pensé que con semejante azotón, mi hermano se quedaría tranquilo, pero no fue así: él se levantó tambaleando y le mentó la madre

a mi papá. Mi papá palideció de la rabia y le mandó un puño que recibió mi mamá porque se puso delante de mi hermano. Luis y yo empezamos a llorar. “¡Quitate, Rosa!”, le gritó mi papá y ella le respondió que no, entonces él le mandó un manotazo que ella esquivó. Yo no aguanté más y le grité que no fuera atrevido. Él no escuchaba. “¡Qué te quités Rosa!”, le volvió a decir con el puño cerrado, pero ella no se movió ni un poquito. Con su cuerpo cubría a Augusto.

—Si quiere acabe conmigo, pero yo no me quito.

Mi papá levantó el brazo para golpearla, pero se arrepintió.

— Este muchacho ahora no sabe lo que dice ni lo que hace.

—dijo ella cuando mi papá se alejó. — La cochinado que está fumando lo tiene hecho un pendejo. ¡Mírenlo!

Luis, mi papá, y yo miramos a Augusto. Él temblaba en el piso como un animalito. Fue algo muy duro para mi papá porque salió corriendo de la casa.

Yo no he hecho sino llorar de rabia por los golpes que recibió mi mamá, por los golpes que mi papá le dio y por lo mal que está Augusto por culpa del vicio que mete.

Mayo 14

Muchas veces uno se puede pasar todo el día triste.

Triste cuando se despertó, cuando tendió la cama, cuando el agua le mojó el pelo y los pies, cuando se metió a la boca

una cucharada de sopa, cuando lavó los platos, cuando miró desde la puerta la calle llena de polvo, las casas de cartón y bahareque.

Triste cuando escribió la palabra triste.

Mayo 15

Después de ayudarlo a bañarse, Luis pudo caminar solo hasta el portón y se sentó en una silla a recibir sol. Yo le echaba ojo mientras le preparaba sopita de alas de pollo.

Mayo 16

Estoy impregnada de letras, llena por dentro y por fuera de emes, tes, efes, pes, eles... ¡Qué nadie me hable ni me interrumpa este recuerdo! Hoy un simple lugar hizo que mi corazón estallara de contento.

Yo estaba en la tienda del Paisa consiguiendo lo del almuerzo, cuando llegó doña Elizabeth y me invitó a su casa. Eso me pareció raro porque yo no tengo tanta confianza con ella, pero cuando me dijo que la profe Edilma la llamaría para darle noticias de la escuela le dije que allí estaría.

A las dos, recién bañada y trenzada, llegué a su casa y ella y sus dos gatos me recibieron en su casa calurosa y oscura. “Vení para acá atrás que está más fresco” me dijo. En el patio el calor era el mismo, pero había luz. Me tomé con ganas el vaso de agua de panela fresca que doña Elizabeth

me ofreció, y luego nos sentamos, ella en una mecedora verde y yo en la butaca, a esperar la llamada de la profe. “Ojalá que nos tenga buenas noticias”. Uno de los gatos me rozó la pierna y se quedó allí para que lo acariciara. “Ese es Mira”, me dijo su dueña. Y el otro, que había saltado a su regazo se llama Muchica. Me pregunto por qué yo no tengo un gato o un perro, sería una buena compañía.

El calor, la suavidad del pelo de Mira y las voces de afuera me adormilaron. En verdad, disfrutaba de ese momento. De pronto, el timbre del teléfono me despertó por completo.

Doña Elizabeth de una se levantó y fue al interior a responder, como desde el patio sólo escuchaba palabras sueltas, me dirigí a la sala. “Esos nos están bananiando, pero ya verán”, dijo molesta doña Elizabeth cuando colgó. Se quedó un ratito pensando y cuando tuvo todas las palabras organizadas, cogió de nuevo el teléfono y empezó a llamar a mucha gente. Yo supe que algunos eran vecinos por los nombres que ella pronunciaba, a todos les contó la noticia y terminaba la conversación con: “Nos tomamos la Simón, no hay otra solución”. Hizo todas las llamadas que creía necesarias y después con cara de satisfacción me miró a los ojos y dijo: “Vení te muestro algo”. La seguí hasta la pieza del fondo donde doña Elizabeth sacó del bolsillo de su delantal la llave del candado que aseguraba la puerta, y mientras lo abría, me contó que su marido había sido un hombre inteligente, desprendido y siempre dispuesto a ayudar al otro. Abrió la puerta de par en par y un olor ha guardado salió del interior de la pieza. Mi curiosidad iba creciendo.

– Tengo aquí –se tocó la sien –todos sus recuerdos y enseñanzas, así que estos ya no me hacen falta.

Ella encendió la luz y me pidió que le ayudara a quitar los plásticos que cubrían dos de los tres estantes que se encontraban en la pieza. El tercero dijo que lo dejara, así como estaba. ¡Eran muchos libros! ¡Un tesoro escondido en el último rincón de la casa!

– Este es el regalo que le tengo a tu escuela.

Ella me contó que para su marido no había dicha más grande que hacerse a libros, y que allí no estaban todos los que él en vida había leído. “Le tocó regalarlos o dejarlos tirados en algún lugar del país”.

Yo me fui perdiendo entre los libros y cuando ella me preguntó cuál quería leer le dije:

– Crimen es un asesinato, ¿cierto?

– Puede ser.

Entonces le respondí sin dudar: *Crimen y castigo*. Ese título había puesto a volar mi imaginación: ¿El criminal era un hombre o una mujer? ¿A quién mató? ¿Por qué? ¿Cuál era el castigo que recibiría?

– María del Carmen, yo creo que ese libro no es para usted –dijo doña Elizabeth.

– ¿Por qué? Yo todos los días escucho en la radio y en la calle que hablan de crímenes.

Doña Elizabeth, en vez de responderme, se puso a buscar otro libro para mí. Esto me molestó mucho, pero no le dije nada en ese momento.

– Este es bueno –dijo, y me pasó Viaje al centro de la tierra.

– Doña Elizabeth, yo quiero leer Crimen y castigo –insistí con el libro bien aferrado a mí. Además, ese libro que usted dice ya lo leí en la escuela.

– Está bien, está bien –dijo, y antes de salir de la pieza me señaló una silla para que me sentara.

¡Allí estábamos, ¡los libros y yo! ¿Qué más podía pedir?

Olí el libro y me volví a encontrar con ese olor que descubrí cuando la profe Edilma empezó a llevar sus libros a la escuela. En la sillita acomodé lo mejor que pude mi cuerpo, que no deja de crecer. Abrí Crimen y castigo y me sumergí en la historia: “Una tarde extremadamente calurosa de principios de Julio, un joven salió de la reducida habitación que tenía alquilada en la callejuela S...”

Leí hasta que la luz del día se agotó por completo. Dejé el libro en el estante y salí del cuarto.

Doña Elizabeth, que hablaba por teléfono, me dijo hasta mañana y yo le di las gracias. Caminé rápido; no quería que en la casa me regañaran por llegar tarde. “¿Cómo le fue?”, me preguntó mi mamá, y yo le conté que había empezado un libro que me parecía muy bueno, y como ella no me preguntó nada más, me puse a lavar los platos.

Ahora voy a escribir sobre los que leí:

R (sólo escribiré la inicial de su nombre porque no recuerdo cómo se escribe el nombre completo) es un joven, flaco, pobre, que viste como un vagabundo y vive de alquiler en una pieza. Él anda desesperado por falta de plata, así que empeña sus cosas en casa de una vieja llamada Aliona. Cuando R empeña su reloj, la señora le dice que no puede prestarle más plata porque ya le debe mucha. R le promete que pronto le pagará todo y entonces ella acepta hacerle el préstamo, pero le da menos plata de la que él pensaba, y esto hace que se sienta robado.

Hasta aquí alcance a leer hoy. Mañana intentaré leer más páginas.

Puedo decir que el libro me gusta porque cuenta cosas que ocurren aquí en el barrio. Por ejemplo, R es pobre y esto lo lleva a endeudarse. Eso no es nuevo. ¿Qué familia no ha tenido que empeñar el reloj, la plancha, la olla pitadora, el vestido de la primera comunión, la grabadora, el anillo de matrimonio, la bicicleta, el molino o el televisor? ¿Quién como R no ha salido rabioso por haber recibido poco dinero de parte del prestamista? La gente pobre como nosotros empeñamos todo.

¿Habrán un lugar donde se puedan empeñar los sueños?

Dentro de las vitrinas,
apretados, tristes presos

viven los Sueños.

Sueños que un día fueron azul cielo

Y hoy de tanta espera lucen grises.

Sueños hechos humo que nadie

recuperó. Detrás del vidrio frío un

Sueño joven sueña con escapar

volar y volar.

Mayo 17

Hoy llevé el cuaderno para anotar los títulos de los libros que leeré cuando termine Crimen y Castigo: Aura, Cumbres borrascosas, La rebelión de las ratas y Cien años de Soledad.

Luego seguí con mi lectura, pero fui interrumpida por Wilder y la dueña de la casa.

— Quiubo, peladita —me saludó.

— Ya se conocían? —preguntó doña Elizabeth.

— Es la noviecita de Javier. — respondió él.

Sentí calor de la cabeza a los pies, y para completar la vergüenza, doña Elizabeth se marchó diciendo: Ni abril sin flores, ni juventud sin amores. Fingí volver a la lectura, pero en realidad miraba de reojo a Wilder quien se acercó al estante que aún seguía cubierto y tomó un libro.

– Crimen y castigo, buena elección –dijo y salió.

Confieso que hoy me costó concentrarme un poco en la lectura. Me gustaría saber qué libros hay en el estante de donde Wilder tomó uno.

Mayo 18

Hoy aprendí que los libros necesitan de cuidado, doña Elizabeth para mantenerlos en buen estado, cada cierto tiempo los saca al sol, les sacude el polvo, limpia el cuarto de bichos, deja bolitas de naftalina en los rincones de los estantes y los cubre con plástico por si aparece una gotera en el techo.

Mayo 19

Mi papá se dio cuenta que están recibiendo en una obra y salió para allá a ver si le dan trabajo.

Yo cocino, limpio y lavo, mientras Augusto escucha música en la cama. ¡Qué rabia!

Mayo 20

Javier estuvo aquí y conversó como una hora con Luis. Después se me acercó y me invitó a un partido importante que tenía a las 4:00 de la tarde en una cancha al Sur. Me preguntó si podría ir, le dije que mis papás no estaban y por lo tanto yo no podía dejar a Luis solo.

– Tengo muchas ganas de darle un beso –dijo, y me empezó la risita nerviosa.

– ¿Ahora? ¿Aquí?

– María C...

Me gustó tanto la cara que puso y la manera como dijo mi nombre, que lo cogí de la mano, lo llevé detrás de la puerta y lo besé muy largo.

– Apenas llegue mi mamá le pido permiso para ir.

Él se fue y yo me quedé rogando que llegarán mis papás pronto, pensando que me darían el permiso, pero no fue así:

– Por allá sola no va –dijo mi papá.

Le expliqué que no tenía con quién ir, que yo sabía cómo llegar a la cancha, y como mi papá ni me miraba, busqué ayuda en mi mamá, pero ella estuvo de acuerdo con él. No escucharon mis razones, así que me fui al baño a llorar. Me parece injusto que no me den permiso cuando yo poco salgo y me porto bien.

– María del Carmen, no se ponga así –me dijo mi mamá a través de la puerta del baño. – Yo no entiendo por qué no puedo ir. Usted sabe que salgo muy poco a la calle, mejor dicho, desde que Lady se fue del barrio no salgo ni a la puerta.

Ella se quedó callada porque sabe que eso es cierto.

Ya me sequé las lágrimas. Juro que la próxima vez me iré sin avisarles.

Mayo 21

Anoche después del partido vino Javier y yo le conté lo que había pasado con mis papás y que por esa razón había decidido que cuando me invitara a verlo jugar no diría nada aquí.

— Nunca más me perderé sus goles —le prometí.

Él me acarició la mejilla y me olvidé que estaba en el portón de la casa y lo besé en la boca. Sola frente al espejo beso los besos de Javier. Sola beso el beso recordado.

Mis papás están muy contentos con mis idas a leer en casa de doña Elizabeth.

Mayo 22

Libros y más libros.

Sus pastas me dicen cuáles han sido más leídos que otros.

Libros gordos, vestidos de azul, gris, rojo, negro, naranja.

Libro lleno de historia, de vida.

A doña Elizabeth le emociona verme cada tarde y cada vez que me despido me hace la misma invitación: “Mientras estos libros encuentran un lugar en la escuela, usted puede venir a leer cuando quiera”.

¡Pienso leerlos todos! Uno por uno pasará por mis manos y lo bueno es que tengo todas las tardes para hacerlo.

Mayo 23

Mi papá consiguió trabajo en una obra al norte de Cali. Mañana comenzará a madrugar y llevará con él su viejo maletín, el pantalón y la camisa de pelea, el palustre, el cincel y la ollita con la comida que mi mamá le llena con amor. Presiento que todo va a ir mejorando, que las cosas volverán a acomodarse. ¡Claro que sí!

Desde aquí puedo escuchar a mis papás conversar tranquilamente. Él le cuenta que el trabajo lo tiene gracias al compadre Cipriano, quien lo recomendó en la constructora.

—La muerte de su hijo disminuyó al compadre —le dijo mi papá.

Mi mamá mientras doblaba el pantalón suspiró hondo.

Él le preguntó si se le había cruzado en la cabeza Augusto.

— Mire la hora que es y todavía no llega.

— Rosa, yo he pensado en llevarme a ese muchacho a trabajar conmigo, ¿a usted qué le parece?

Mi mamá le respondió que cualquier cosa estaría bien con tal de tenerlo ocupado”.

Tener la cabeza ocupada, ese es el remedio que mi mamá receta. ¡Eso es! Uno nace con la cabeza vacía y, a medida que pasan los días, los meses, los años, esta se va llenando de cosas buenas y malas. Lo mejor es que quede repleta de las cosas buenas para que así uno se convierta en alguien decente.

Mayo 24

El leer Crimen y castigo me hace escribir esto:

Cuando el muerto es un hombre viejo o joven la historia es triste. Si la persona asesinada es una mujer, la historia es muy triste. Si esa mujer tiene hijos pequeños o está embarazada o es vieja, la historia duele, hace llorar y no hay quién perdone al asesino.

¿Quién puede ser el que mata? Un hombre joven o viejo. Un mujer joven o vieja. Una abuela o un abuelo. Un niño...
¿Un niño? Sí, hay niños que matan.

¿Qué puede pasar con el criminal? Puede ser llevado a la cárcel y allá se arrepiente, o puede ocurrir lo contrario: se vuelve peor persona.

¿R. es afro o mestizo? Me pregunto. El libro aún no me lo ha dicho.

Mayo 25

Mi mamá estuvo en Marroquín II en una fundación que dirige una exmonja, y recibió una charla sobre los derechos de la mujer. Me dijo que la próxima vez me llevaría. En esa reunión se encontró que algunas vecinas del barrio.

Mayo 26

Lo hice. Mi deseo de saber siempre ha sido muy grande y nunca me ha traído problemas. Bueno, realmente no sé si hoy me metí en uno. Espero que no.

Yo llegué a casa de doña Elizabeth, me puse a leer y de pronto la curiosidad me invadió y fui hasta el anaquel que está cubierto, levanté parte del plástico para ver qué libros habían, y de pronto: “Hola, peladita”, Wilder y uno de sus amigos me miraban.

Salté del susto y volví a mi sitio. Él y su amigo se rieron.

— ¿Ya quiere cambiar de libro?

Le respondí que no.

— Vení te muestro los libros que hay aquí.

Me acerqué. Wilder dijo que esos libros eran unas reliquias y que por esta razón la compañera Elizabeth los cuida tanto. ¿Compañera? ¿Doña Elizabeth iba con él a la universidad? Me pregunté. Wilder me pasó uno que tenía el rostro de un hombre de cabello largo, barba y una gorra como la que a veces se pone Enzi.

– Debés leerlo –me recomendó. Y su amigo, a quien siempre llama Compañero, estuvo de acuerdo.

Wilder me pasó el libro y yo lo abrí y pude darme cuenta que era un diario. Iba a contarle que yo llevaba uno en este cuaderno, pero más bien guardé silencio. Este cuaderno es mi mayor secreto. ¿Por qué escribo “mi mayor secreto”? Lo que escribo aquí no es nada prohibido o malo. Son solo cosas mías. Creo que digo “secreto” porque pienso que escribir un diario es cosa de niñas pequeñas, y yo soy una joven de 13 años.

– ¿Quién escribe es una persona mayor? – le pregunté a Wilder.

Y fue su amigo el que me respondió que el autor de ese diario era un hombre mayor. ¿Un varón y mayor? Eso era una noticia.

Ya no tuvo tiempo para más, porque como siempre ellos tenían prisa, así que metieron en la mochila algunos libros y se despidieron. Apenas escuché que se cerró la puerta de la calle, volví corriendo al estante y copié el nombre del libro: “El diario del Che en Bolivia”.

Mayo 27

Mi mamá consiguió trabajo en un restaurante del centro de la ciudad. Allá le toca lavar la loza, picar, pelar y a veces cocinar.

Como la vi tan contesta, le pregunté sí a ella le gustaba ese trabajo, se quedó pensando un ratico, y luego me respondió que todos los días le daba gracias a la virgen por tener comida en la mesa para sus hijos, pero que no olvidara que yo debía estudiar para que me dedicara a otra cosa. La abracé con ganas y ella me acarició la cabeza.

– Póngase a estudiar –dijo.

– ¿Estudiar?

– Bueno a escribir eso que tanto escribe.

Ahora yo escribo y ella prepara la comida. Rosa Esperanza tiene esperanzas y una de esas esperanzas soy yo.

Esperanzas, me pregunto, ¿tengo yo?

Mayo 28

Para mi cumpleaños y me gustaría estrenarme una blusa de tiritas o unas sandalias, pero sé que eso será imposible porque mi mamá y mi papá apenas comenzaron a trabajar. Cuando mis hermanos y yo cumplimos años, a mi mamá le encanta recordar su embarazo y el nacimiento de cada uno de sus tres hijos. Ella siempre ha dicho que el que menos ganas tenía de salir de su barriga fue Augusto. Lo esperaba para la primera semana de octubre, pero pasaron quince días y nada que mi hermano se mosqueaba en nacer. Entonces esperó una semana más y como él seguía metido en su barriga, se hizo revisar de doña Francia y a los dos días, un dos de noviembre, nació un niño gordito y calvo

a quien mi papá llamó Augusto. Al año fue mi turno. Mi mamá dice que la hice comer mucha manga biche y que a mi papá le tocaba caminar todo el barrio en busca de una manga bien verdecita para que yo no naciera boquiabierta. Yo fui muy tranquila en su barriga y cuando nací, en vez de llorar, abrí los ojos y me puse a mirar todo lo que estaba a mi alrededor. Me iban a llamar Patricia, pero, como mi mamá soñó en esos días con la virgen del Carmen, decidió bautizarme con ese nombre. Cuando yo cumplí los dos años nació Luis. Mi mamá sólo se dio cuenta que él estaba en su barriga cuando completó cuatro meses de embarazo. Ella pensaba que con las bebidas de botoncillo y sombrerito del diablo que le había recetado doña Francia para no quedar de nuevo embarazada era suficiente. Ninguna de las dos contaba con que Luis pelearía por quedarse en este mundo.

“Ustedes tres son lo más bonito y perfecto que he hecho”, no se cansa de decirnos mi mamá.

Mayo 29

A mi hermano Luis la herida de la bala le dejó cicatriz en la piel y en su corazón. Lo digo porque él tiene miedo de cruzar la puerta de la casa.

Mayo 30

Toda la mañana pensé en los libros que tiene doña Elizabeth, hablo de los que según Wilder son una reliquia. Por cierto, busqué en el diccionario la palabra reliquia y dice: Recuerdo, antigüedad u objeto al que se le tiene

aprecio por haber pertenecido a un ser querido. Así que ya entiendo porque ella cuida tanto esos libros que una vez fueron de su marido. Estaba diciendo que pensé y pensé en los libros, tanto que en la tarde volví a echarle una ojeada al estante. En algunos de los libros que alcancé a mirar, leí “Para el compañero Marcos”, supongo que ese es el nombre del marido de doña Elizabeth.

Mayo 31

Hoy doña Elizabeth cuando me vio en la puerta de su casa, dudó en dejarme pasar. Por un momento pensé que se había dado cuenta que yo andaba husmeando en sus cosas. “María del Carmen, tengo una reunión hoy”, dijo, pero luego añadió que me podía quedar hasta las cuatro de la tarde. Descansé y seguí derechito a leer juiciosa mi libro.

Desde las tres pasadas empecé a escuchar voces en la parte delantera de la casa, y ya no pude concentrarme más. Estaba segura que escucharía la voz de Wilder, y así fue. “Qué juicio María C”, dijo al verme. El escucharlo decir mi nombre me sorprendió un poco. Creí que siempre me iba a llamar “Peladita”. Wilder empezó a hablar de la novela, él pensaba que la muerte de la vieja usurera- así la llamó- se justificaba, y que R no era una mala persona. Yo estuve de acuerdo con lo segundo, y se lo dije, pero no con lo primero porque ninguna persona debía matar a otra, así le cayera mal, así pensara diferente a uno, así fuera una ladrona como Aliona... Me arrebaté un poco y

esto le agradó a Wilder. “Me gusta mucho que defienda su posición”, dijo sonriendo y salió con dos sillas.

A las cuatro, cerré el libro, era hora de irme para mi casa. Salí y pude ver en el patio, además de doña Elizabeth y Wilder, a otras cinco o seis personas más.

– ¿Peladita, no se queda?

Doña Elizabeth me miró.

– ¿Usted verá? La profe Edilma viene para acá –dijo y fue suficiente para que me quedara.

Antes que llegara Enzi y dos amigos, entró la profe Edilma. Su cara fue de sorpresa al verme.

Miró a doña Elizabeth y ella alzando los hombros dijo: “No le vi problema”. Wilder se le arrimó y le dijo algo. Ella me miró y por fin se acercó a darme un abrazo. Pude sentir que mi presencia allí la seguía poniendo nerviosa, así intentara ocultarlo.

A las cuatro empezó la reunión y a mediada que los presentes hablaban, pude entender que estaban planeando la toma de la Simón Bolívar. Para ellos ese era el único camino que quedaba. La profe Edilma pidió la palabra y dijo que cuando la gente del gobierno viera que hablamos en serio, nos tomarían en cuenta. Doña Elizabeth pidió que se evitarán actos violentos para no poner en riesgo a la gente, a lo que respondió Jaha, la amiga de Enzi:

– Compañera, los que vienen armados no somos nosotros.

– Les recuerdo que allí habrá niños y niñas. –dijo doña Elizabeth. –No lo olviden. Enzi alzando la voz propuso que era necesario salir armados y claro la gente empezó a decir que cómo se le ocurría semejante barbaridad, que eso lo único que traía era sangre y entonces él, alzando mucho más la voz, dijo:

– Quiero decir que salgamos armados con cuadernos y lápices.

Todos soltamos a reírnos.

En el resto de la reunión se precisó cuándo y quién le avisaría a la gente del barrio, el lugar de encuentro y la elaboración de pancartas. Yo me comprometí a avisarle a los de mi cuadra y a hacer uno de los carteles.

Cuando la reunión se terminó la profe Edilma y doña Elizabeth se quedaron conversando unos minutos. De pronto las dos cayeron en la cuenta de mi presencia.

– Profe, ¿usted si se ha dado cuenta que tenemos a una jovencita parando la oreja? –dijo doña Elizabeth.

Yo me apené un poco.

– Claro que me doy cuenta –dijo ella –pero no hay problema. María C. es una niña muy pila.

Las dos mujeres me echaron el brazo por los hombros y yo me sentí importante.

Como a las siete salí para mi casa, y como siempre pensando en el posible regaño que me ganaría por llegar tan tarde. Menos mal que mi mamá y mi papá llegaron después de mí, el único que me preguntó dónde andaba fue Luis. “Leyendo”, le dije y me puse a calentar la comida.

Se escribe Jaha, pero se dice Ya Ha. Eso lo aprendí hoy. Me gusta cómo suena ese nombre.

Junio 3

Luis me pidió que me quedara con él y no tiene que explicarme porque yo sé que tiene miedo de salir a la calle y encontrarse con el tal Patrocinio, así que hoy no fui a leer, pero se me ocurrió buscar a Carlos Eduardo y Félix, los mejores amigos de Luis, y les pedí que vinieran a la casa a jugar dominó con mi hermano. Espero que el juego, la charla y la risa logren espantar sus temores.

Los amigos de Luis estuvieron aquí jugando con él y todo estuvo bien hasta que llegó Augusto. No sé la razón exacta del por qué apenas lo vieron se marcharon. Cuando se lo conté a mi mamá, ella también se quedó con espinita.

Junio 4

Luis vino conmigo a la caseta comunal a ayudar hacer carteleras y ayudó a pintar. Yo no sabía lo bueno que es. Estuvimos muy contentos porque nos encontramos a

varios estudiantes de la escuela, así que la jornada fue tan animada como cuando arreglamos el salón de clase o la cuadra para navidad.

Escuché a doña Elizabeth decir que hay que visitar las emisoras de radio y contar lo que vamos a hacer. “La gente de Cali tiene que enterarse de lo que está pasando”.

Yo nunca he estado en una marcha, y tal vez por eso me siento tan entusiasmada, rebelde y fuerte. Además, me gusta que Wilder o sus amigos nos digan “Compañeros”. Eso suena bonito.

El lunes saldremos a la avenida Simón Bolívar, ya es fijo.

Junio 5

Le pregunté a Luis por qué sus amigos el otro día se habían ido tan rápido y él después de vacilar, me confesó que Augusto estaba robando en el barrio. Cuando le pregunté que quién se lo había dicho, él me respondió que Félix lo había visto con otro muchacho atracando a un señor que iba en un carro. Esto me llenó de rabia y dolor al mismo tiempo. ¡Cómo era posible que nuestro hermano se hubiese convertido en un atracador! “Vení, quiero hablar Félix”, le dije y cogimos para su casa. Félix me aseguró que era cierto y que no era la primera vez que lo hacía. “¿Dónde lo viste?”, le pregunté y cuando me iba a responder salió su tía y me contó que mi hermano empezó como campanero, pero que ahora se atreve a bajar a los motoristas cuando se detienen.

– Él lleva las cosas robadas donde Margot y las cambia por vicio.

Mis lágrimas mojan este cuaderno, pero estas no son nada comparadas con todas las que derramará mi mamá cuando lo sepa. Sus lágrimas se juntarán con las de hoy, con las de mañana y estoy segura que formarán un pozo profundo y salado. Ella llorará hasta que sus ojos queden secos.

– ¿Hay que contarle a mi mamá?

– Sí, Luis, yo se lo digo. –Le respondí.

Junio 6

Le conté a Javier lo que sabía de Augusto y él piensa igual que yo: la policía puede agarrarlo o lo que es peor a mi hermano lo pueden matar.

Javier se fue a su entreno y yo me quedé el resto de la tarde haciendo los oficios de la casa, sin dejar de pensar en Augusto. Estaba dispuesta a hablar con él, pero cuando apareció a esculcar las ollas y se sirvió un morro de arroz con frijoles y comió como si alguien le fuera a quitar, no tuve palabras para empezar. Lo único que hice fue seguirlo con la mirada, verlo parado en la puerta mirando al vacío.

Augusto enreda cada vez más su vida.

Junio 7

Pasó Javier a toda prisa y me besó y lo besé en la boca.

– Nos vemos por la noche.

– ¿Seguro?

– Seguro, así salga molido del entreno.

– Bueno, lo espero.

– ¿Un beso más?

– Un beso y nomás.

Junio 8

Si tomo agua de canela calientica, los cólicos se me pasan. El olor de la canela me lleva a ese domingo hace tres años cuando entré al baño y descubrí mis cucos manchados de sangre. Me asusté tanto que no me atrevía a salir del baño y mi mamá tuvo que tocarme la puerta varias veces. “¿Le pasa algo?”, me preguntó y como yo no le respondía me pidió que abriera la puerta. “No ma...”, le dije y le conté que me estaba bajando la sangre y que me dolía mucho. Mi mamá se emocionó porque había enfermado (así llama ella a la menstruación) y dijo que no me preocupara que me haría agüita de canela para el cólico. “Mamá, no hable tan duro”, le pedí, porque me parecía que toda la cuadra la estaba escuchando y me daba vergüenza. Recuerdo que

ese día estuve muy quieta, pensaba que si corría o saltaba me iba a desangrar o algo parecido. Me la pasé sentada en la entrada de la casa viendo a un grupo de niñas jugar rayuela. Mi niñez se iba, presentí, y cuando la mamá de Lady me dijo que ahora ya podía tener hijos, supe que no estaba equivocada.

Todos estos días cuando Augusto sale, Luis y yo sabemos para dónde va y eso nos deja muy preocupados.

Junio 9

Lady Lorena vino, pero no le conté nada de lo que está pasado con Javier. No se lo conté porque eso es una tontería comparado con lo que ella me confesó:

– Lo hice.

– ¿Qué hiciste?

– Amiga, pues eso... el amor.

Le dije júralo y ella lo juró. Me desaté en preguntas: que sí estaba feliz, que sí le había gustado, que cuándo y con quién... Ella se rascó el cuello, se miró las uñas y me respondió que eso de hacer el amor era más o menos chévere. Cerré la boca y me acomodé para escucharla: Steven, su novio- Yo no sabía que tuviera novio- la había

alcanzado en su moto cuando ella iba para el colegio y la invitó a dar un paseo y mi amiga por supuesto no se negó. Ellos estuvieron dando vueltas en su barrio y mi amiga no se cambiaba por nadie. Me la imagino toda risa encaramada es esa moto. De un momento a otro se alejaron a toda mecha y él solo paró cuando llegaron a una casa que lady Lorena no conocía. “Steven pitó varias veces y un man sin camisa salió y lo saludó. Él se bajó de la moto y fue hasta donde estaba el hombre”. Lady alcanzó a oír que él le decía que no había problema, que siguiera. Su novio la entró con moto y todo a esa casa y mi amiga no supo cómo se bajó de la moto, entró a un cuarto oscuro que olía a berrinche y dejó que Steven la fuera llevando a una cama mientras le repetía: “mamacita” y le bajaba los cucos. “Eso fue todo”, dijo y empezó a preguntarme por la gente del barrio. Supe que ya no quería hablar más del asunto, así que le conté mucho de Luis, un poco de Augusto, pero nada de Javier.

– Vení te miro los ojos.

– ¿Qué?

Le expliqué que mi mamá dice que cuando una muchacha deja de ser virgen se le nota en la mirada. La examiné, pero allí seguían sus mismos ojos: cafés, grandes y brillantes. Al final de la tarde, Lady volvió a decir que hacer el amor no es gran cosa. ¿Serán ciertas sus palabras?

Junio 10

Javier no ha venido a visitarme porque su equipo tiene muchos partidos. Realmente lo extraño mucho y me pregunto si él me extrañará. Hasta hace poco las cosas que para mí tenían mejor sabor eran la manga biche, las lentejas, el pescado frito, los helados de cuajada de la mamá de Miranda, pero ahora, nada supera los besos de Javier.

Junio 11

Inmediatamente mi mamá echó de menos el molino nos preguntó a mis hermanos y a mí por éste. Luis y yo le respondimos tranquilamente que no lo habíamos visto, pero en cambio Augusto se puso pálido y empezó a decir que cuál molino, que él no se iba a pegar de eso, que por qué siempre desconfiaban de él... Lo cierto es que mientras más trataba de ocultar su culpa más se dejaba al descubierto. “Augusto no tiene por qué gritar”, le dijo mi mamá con mucha calma y firmeza. “Sólo quiero avisar que: si usted empieza a llevarse las cosas de esta casa, es mejor que se vaya”.

Mi hermano volvió a decir que él no se había robado nada. Mi mamá lo miró, masticó cada palabra: “Espero que cuando yo regrese de trabajar el molino este aquí”. Pero ni Augusto ni el molino aparecieron, y ella le contó a mi papá lo que sucedía.

— Su paliza le voy a dar —dijo él.

— ¿Eso de qué vale? Además, estoy segura que él no vendrá a la casa esta noche. —aseguró mi mamá.

“Augusto cogé el camino que te trae para la casa”, oí decir a mi mamá antes de cerrar el portón.

Nos metimos a la cama con temor de la muerte que baila en las calles.

Junio 12

Rezo para que Javier me disculpe por lo que le dije hoy. Esta tarde nosotros nos peleamos porque él dijo que ya no volvería a la escuela. El que le ha metido esas ideas a la cabeza es su entrenador. Él le ha dicho que, si continúa tan juicioso en los entrenos y jugando tan bien como lo está haciendo, pronto podrá jugar en un equipo de verdad.

Le pregunté qué si él creía que el futbol era más importante que la escuela, y me respondió que sí y que por eso trabajaba duro.

— ¿Entonces usted no va a estudiar?

— Hay jugadores muy buenos que no estudiaron, por ejemplo...

Iba a nombrarlos, pero yo lo frené en seco con “Se quedará bruto”.

– ¡Pues me quedo bruto! – dijo y arrancó en la cicla.

Sabía que había sido muy grosera así que me fui para su casa a disculparme.

– Quiubo, peladita.

– ¿Está Javier?

– Salió. ¿Lista para pasado mañana?

– Sí, ya terminamos todas las carteleras.

– Entra y saludas a mi mamita.

Seguí y charlé un rato con Doña Benilda y Wilder. A cada rato miraba hacia la puerta esperando ver entrar a Javier, pero no llegó.

– Me dijo Edilma que eres muy buena estudiante, que te gusta leer y escribir.

¿Ellos hablaban de mí? ¿por qué? ¿Ya sabía la profe Edilma que era novia de Javier?

– Me va bien... –le dije.

Wilder se levantó, fue a su pieza y salió con varias hojas en la mano.

– Se llama Canto negro –empezó a leer o mejor a cantar cada verso con mucha alegría. Su mamita y yo lo escuchábamos embelesadas y cuando terminó se ganó nuestros aplausos.

Wilder nos contó que el autor era Nicolás Guillén, un poeta cubano.

— ¡Hay africanidad en todo el poema! —dijo lleno de dicha.

Tenía muchas preguntas para él sobre el poema, pero no pude hacérselas porque como siempre tenía prisa. “Voy a una reunión”, le dijo a doña Benilda mientras la besaba en la frente.

— Son para usted peladita —dijo y puso en mis manos las hojas.

Los he leído todos y ahora al copiar estos versos de Guillén mi alma se agita:

“Jesús es negro y fino y prócer, como un bastón de ébano, y tiene los dientes blancos y corteses, por lo que su boca se abre siempre amanecida...”

¿Vivirá ese Jesús negro de Guillén? ¿Habrá entrado al barrio? ¿Comerá lentejas? ¿Andará descalzo?

Luis y yo nos subimos a la cama con mi mamá y encontré que ese era el momento para contarle lo que estaba pasando con Augusto. Ella, como siempre, escuchó en silencio. Luego, después de hacer dos preguntas, desvió la conversación hacía Luis.

– ¿Usted tiene miedo de que ese muchacho aparezca de nuevo y le haga daño? –le preguntó.

Las lágrimas que soltó mi hermano eran un sí grandísimo. Ella lo abrazó.

Junio 13

Antes de atreverse a tocar Javier me contó que pasó por aquí tres veces porque pensó que yo que no le abriría la puerta y dizque se echó la bendición y todo.

– No peleemos, ¿sí?”, me dijo cuando estuvimos frente a frente.

Le pedí que me disculpara porque había sido una grosera y nos fuimos a caminar cogidos de la mano. “Yo también lo extrañé, y mucho”, le confesé mientras nos besábamos.

¡Qué alivio! ¡Qué lindo es quererlo como lo quiero!

Mi papá está contento en su trabajo. Cuando él llega, se sienta en una butaca al pie de la puerta a fumarse un cigarrillo y escuchar las noticias en el transistor. Si algún vecino pasa y lo saluda con un “¿Cómo va, don Augusto?” Él con una sonrisota contesta: “Bien vecino, trabajando”. Se le nota que el trabajo lo llenó de esperanzas.

Junio 14

“Salimos los que estamos o se echa a perder la toma”, nos dijo doña Elizabeth, esta vez más triste que enojada, a las cuarenta personas que estábamos a la entrada de la escuela en medio de la llovizna. ¿Dónde estaban el resto de estudiantes y sus familias? ¿Acaso fue la lluvia o la pereza lo que los detuvo? No sé. “A veces pasan estas cosas”, dijo mi mamá al ver mi disgusto.

Cuando el papá de Patricia y Wilder terminaron de colgar el pasacalle que decía: “Todos los niños y niñas tienen Derecho a la educación”, la profe Edilma, dio las últimas instrucciones y comenzamos la marcha. Detrás de nosotros, es decir, los estudiantes iban las adultas. Escribo adultas porque la mayoría eran mujeres. Los de secundaria llevábamos las carteleras y los de primaria banderitas blancas. Carteleras y banderitas que se dañaron por la lluvia.

La fuerza de la música que salía de los tambores que Enzi y sus compañeros tocaban, hicieron salir a muchas personas de sus casas. “Vengan con nosotros”, invitaba por el megáfono don Gustavo, pero pocos se unieron a la marcha. Al llegar a la Simón, como se había acordado, los adultos tomaron la delantera y se sentaron en mitad de la calle, mientras nosotros improvisábamos bailes y gritábamos arengas (esta palabra es nueva para mí). Un concierto de tambores, tapas y ollas viejas dio más fuerza y alegría al momento. Busqué a mi mamá y a lo lejos la

vi riéndose con doña Magdalena porque ambas tenían dificultad para sentarse en el piso. Quince o veinte minutos después, los conductores impacientes dieron lugar a su propio concierto de pitos y gritos. Ellos querían seguir su camino y nosotros deseábamos estar en nuestra escuela. Wilder habló por el megáfono y dejó claro que no nos moveríamos hasta ser escuchados. Un conductor gritó que cogiéramos oficio y otro salió en nuestra defensa. Empezaron insultándose con palabrotas, y como no fue suficiente se agarraron a puños. En ese preciso momento aparecieron varios policías motorizados. Uno de ellos se bajó de la moto y se acercó desafiante a doña Elizabeth, lo que hizo que varios adultos la rodearan.

“No nos moveremos de aquí”, dijo don Gustavo por el megáfono y otro de los policías quiso arrebatárselo, pero él le hizo el quite. “Nosotros no queremos líos”, le advirtió doña Francia y el uniformado le gritó que ellos tampoco. El concierto de tapas, tambores, arengas, cacerolas y pitos subió de volumen. De pronto alguien me agarró de la mano: era Javier. “Por si hay que salir corriendo”, me dijo y al escucharlo pensé en la dificultad que tendría mi mamá para levantarse rápido del piso si eso pasaba. “Acerquémonos más”, dijo Javier y nos metimos al círculo donde vecinos y policías alegaban. Uno de ellos decía que debíamos despejar la vía ya mismo.

— De cuando acá se debe pedir permiso para protestar por nuestros derechos —dijo Wilder y eso bastó para que el resto de agentes se bajaran de las motos.

Doña Elizabeth habló por el megáfono: “Nosotros no nos vamos de aquí hasta que no venga una persona de la Secretaria de Educación y se comprometa con nosotros”. La lluvia cedió, pero no los policías ni nosotros. La cola de carros era más y más larga a pesar que algunos se desviaban por cuatro esquinas.

No me di cuenta a qué hora llegaron dos radios patrullas. “Llegaron más tombo”, gritó alguien y la profe Edilma nos pidió calma. Ella tenía la misma cara de preocupación como cuando entraron a la escuela por Memo. Caminamos media cuadra más cuando de pronto se escuchó un estallido. Vi por segundos a varios muchachos con los rostros cubiertos con trapos. ¿De dónde habían salido? Corrimos y en la esquina pude ver a mi mamá y a doña Magdalena arrinconadas. De doña Elizabeth, Wilder y don Gustavo no supe. Gritos. Algunos muchachos le lanzaban piedras a la policía. Se oyeron disparos. Por el megáfono escuché la voz de la profe: “¡Esta es una marcha pacífica!”. Nadie escuchaba. ¿Quién caerá esta vez?, pensé. Dos policías quisieron subir a la radio patrulla a Miranda y la gente se los arrebató. Ya no pude aguantar más: cogí una piedra y se la lancé a uno que tenía agarrada a doña Francia del brazo. Los policías dispararon de nuevo y esta vez los encapuchados les respondieron. Javier y yo corrimos y nos escondimos detrás del muro de un antejardín y desde allí pudimos ver el tropel.

“No veo a Wilder”, dijo angustiado Javier cuando todo pasó.

Junio 15

Hoy hice los oficios rapidito y antes de las dos estaba en casa de doña Elizabeth. Ella, con la puerta a medio abrir, me preguntó con voz cansada qué si iba a leer, y cuando le respondí que sí, apenas se corrió para que pasara.

– Ya sabes por dónde es el camino –dijo.

Claro que lo sabía, pensé que lo de ayer la había afectado mucho, y casi que estuve a punto de decirle que volvería mañana, pero cambié de idea cuando me puso charla:

– ¿Le ha gustado el libro?

– Sí, mucho.

– Dostoievski termina atrapándolo a uno, eso decía Marcos.

Me invitó a sentarme en la salita y me contó buena parte de su historia con su marido Marcos. Ellos habían estado juntos treinta y dos años. No tuvieron hijos porque no les interesó, me dijo cuando le pregunté la razón. Ella y don Marcos vivieron en muchos lugares de Colombia.

“En las montañas, en medio de ríos de agua clarita y fresca”. Se notaba que extrañaba a su marido, su vida de antes.

– Sipí y Muchica tienen los nombres de ríos que Marcos y yo conocimos muy bien, por eso cada vez que pronunció los nombres de mis gatos llegan los buenos y los malos recuerdos. Me enseñó que hay que recordarlo todo: lo

bueno y lo no tan bueno. Que esa es la vida y que uno aprende a apreciarla más cuando la vive en función de otros, cuando la entrega a otros.

Junio 16

Mi mamá llegó del trabajo y se paró en la puerta. Le pregunté a quién esperaba y la respuesta la tuve cuando vi a Augusto llegar cabizbajo. Apenas lo vimos entrar, Luis y yo nos fuimos para mi pieza porque sabíamos que la conversación sería larga y seria. Escuché que mi mamá le preguntó si ya había comido algo y él le respondió que sí. Luego vino: “Yo ya sé en qué anda usted”. Augusto la iba a interrumpir, pero ella se le adelantó con un déjeme hablar y luego habla usted. Ella le dijo que tenía pruebas sobre sus robos en el semáforo y su fumadera de vicio, y hasta allí todo iba bien: mi hermano permanecía callado, cabeza abajo, pero cuando ella le preguntó si conocía al tal Patrocinio, la cosa estalló.

— ¡Yo no tengo nada que ver con eso! Ese man no andaba buscándome a mí.

— ¿Lo conoce o no?

— ¿Por qué no le pregunta a tío Nando a ver qué le responde?

Luis y yo salimos de la pieza y nos paramos en el marco de la puerta.

Augusto volvió a decir que le preguntara al tío Nando y salió para la calle. “A mí no me vas dejar con todo este bochinche encima”. Mi mamá lo alcanzó en el andén y lo agarró del brazo. “Suélteme ma, suélteme”. Mi mamá sin soltarlo le insistía que le explicara qué tenía que ver tío Nando con el tiro que había recibido Luis. Mi hermano le dijo que lo llamara para que él le explicara todo, y para sorpresa de todos, sacó un papel arrugado.

– Ahí está su teléfono.

– ¿Usted tenía su número? ¿Han hablado?

– A veces.

– María del Carmen, coja ese papel. – me pidió mi mamá y a Luis que le alcanzara el monedero.

Ella no iría a casa de doña Elizabeth que le prestara el teléfono, sino que iría al público.

– Llámelo, ma – dijo Augusto y se fue caminando rápido.

Mi mamá le pidió a Luis que se entrara y cerrara bien la puerta. Yo me fui detrás de ella, y en un par de zancadas llegamos a la cabina telefónica. Escribo aquí “un par”, pero es un decir, porque la realidad es que está como a seis cuadras de la casa.

– Mija, márquele a su tío– me pidió y yo le obedecí.

Le marqué una, dos y a la tercera vez por fin contestó con: “¡Sobrino! ¿Todo bien?”. Yo le pasé el teléfono a mi mamá y ella arrancó muy enojada: “¡Usted ha visto! ...Un barbachan es lo que es usted Nando... Vos me crees pendeja... Usted y Augusto no son más que un par de amangualados... ¿Qué tenía que ver Luis? ... Casi me lo matan... Yo a usted no le creo nada... Corrincheros son los dos... Ajoooo... Usted mejor que nadie sabe que quien ama el peligro en él perece... Vea Nando, yo a usted no lo perdono... le digo de una vez, lo quiero retirado de mis hijos...” Y colgó.

Ella ahora está en la cama hablando con mi papá. Él a veces sube la voz y ella le pide que la baje.

Yo estoy aquí escribiendo, y Luis duerme a mi lado.

Junio 17

Pasó Javier a toda prisa y me besó, lo besé, nos besamos en la boca.

– Nos vemos por la noche.

– ¿Seguro?

– Seguro, así salga del entreno molido.

– Bueno, lo espero.

– Un beso más?

– Un beso y nomás.

Junio 18

“María del Carmen, cuando venga mi mamá le dice que me fui para Buenaventura con el tío Nando”, me dijo Augusto mientras metía en su maletín de la escuela la ropa. Le dije que él no se podía ir, así como así, que tenía que pedir permiso. Él me miró: “ve, ve, usted sabe que yo hace tiempo no le pido permiso a nadie”. No tuve nada más que decirle porque cada una de sus palabras eran ciertas. A esta altura nadie podía detener el camino. El camino que Augusto eligió nos llena de miedo porque creemos que no tiene regreso.

En este montón de palabras que he escrito hasta hoy, guardo algunas con la esperanza que algún día me sean útiles para construir mi propio camino: decisiones, futuro, conciencia, destino, tenacidad...

Ahora que le di el recado a mi mamá, se le aguaron los ojos y en silencio le prendió una veladora. Mi papá, cuando ella le contó, entró y salió varias veces, luego se paró en el portón a mirar a los niños que jugaban con una llanta.

Junio 19

Definitivamente la casa de doña Elizabeth es un sitio de reunión para un grupo de personas del barrio, y yo, gracias a Wilder, hago parte de ese grupo.

Allí se llega a leer, a conversar, a reír y a enterarse de cosas serías como las que hoy nos puso al tanto la profe Edilma. “Ya tomaron cartas en el asunto, y la próxima semana nos dan una solución definitiva al problema de la escuela”. La mayoría de los que estábamos nos alegrábamos, pero Wilder no. Él dijo que era mejor no ilusionarse, que el gobierno siempre andaba mintiendo o prometiendo soluciones que jamás cumplía. Me gusta lo que habla y dice Wilder, aunque a veces por su negativismo me recuerde a mi papá.

—Peladita, ¿cuándo va a ir con nosotros a la olla comunitaria?

— Me preguntó, y yo le dije que cuando me invitaran iría.

— Entonces, va con nosotros el viernes.

Así quedamos; iré con ellos. Espero que mis papás no me vayan a salir con el cuentico de que no puedo ir. Mejor dicho: no se los voy a decir.

Junio 20

Cuando abran la escuela muchos de mis compañeros no volverán a clases porque se ganan algunas monedas limpiando carros, vendiendo dulces, rapeando o lanzando fuego en los semáforos.

Mis compañeros de pupitre tienen hoy las calles como escuela.

Junio 21

Últimamente cuando voy a casa de doña Elizabeth a leer o visito a Javier, pienso en lo chévere que será encontrarme con su hermano mayor. Hoy fue así: Javier y yo estábamos sentados en el andén de su casa leyendo los poemas que Wilder me había regalado, cuando él apareció.

– ¿Leyendo poesía?

Javier se turbó como si su hermano nos hubiera pescado en algo indebido.

Por su parte Wilder se acomodó junto a nosotros. El cansancio en su cara, el barro pegado a sus tenis y su cuerpo más flaco contaba que había dormido poco o la caminata hasta su casa había sido larga.

– Mamita lleva tres días esperándolo –le reprochó Javier.

Wilder se levantó despacio.

– Siga el ejemplo de María del Carmen.

– Usted sabe que los libros me aburren, bueno sí los leo con María C es distinto...

Su hermano simuló golpearlo en la cabeza, y le dijo que los libros lo aburrían porque lo hacían pensar, que estaba bien que quiera ser un futbolista, pero que no olvidara utilizar el cerebro más que los pies. Luego entró a buscar a su abuela.

Para qué decirle a Javier que estaba totalmente de acuerdo con su hermano.

Junio 22

El hambre que apremia hizo crecer rápidamente la fila. Allí con sus ollas, tarros y cocas esperaban niños, viejos, jóvenes, recicladores ... A algunos los conozco, a otros no. Unos sonríen, otros no tienen razón para hacerlo. Unos dan las gracias, otros se las guardan. Unos nos miran, otros miran el plato de comida... Pero al final de la jornada todos quisieron repetir.

Yo ayudé a picar cebolla larga, lavé papas y pelé plátanos. Ah, también estuve atenta a que el fogón de leña no perdiera candela. Wilder me presentó a doña Mila. Ella, sus primas y dos vecinas empezaron hace un año a darle comida a los desplazados que llegaban al barrio. Todo salía de sus bolsillos, pero como llegaba más y más gente con hambre, tuvieron que pedirles colaboración a los dueños de las tiendas y graneros del barrio. “Algunos dieron de una, pero a otros se les tuvo que hacer algo de presión”.

Cuando se empezó a servir, a Ja Ha y a mí nos dieron de tarea pasar el agua panela. Hoy la conocí más y puedo decir que es una pelada amable, que habla y sonríe poco. Es la compañera de Enzi, es decir, la mujer de él. Después de atender a todos los comensales, me senté junto a las muchachas y muchachos en el andén a disfrutar la sopa. Entre charla y charla me enteré que ese almuerzo puede

ser el único plato de comida que las personas reciban en el día, que doña Mila y las otras señoras trabajan por voluntad propia, que se disfruta mucho sirviendo a otros.

Ya se estaba recogiendo todo cuando llegó Mireya con sus tres hijos pequeños. Ella miró preocupada la olla vacía.

— ¿Le quedó algo?

— Siempre hay algo. —Le respondió doña Mila y sacó de una olla más pequeña sopa y le puso un morro de arroz encima.

A Mireya le volvió el alma al cuerpo cuando recibió el plato.

— Mañana viene más tempranito. —le dijo Wilder

Los tres niños, siempre mocosos, le agarraron la falda a su mamá para que se sentara rápido en el andén. Estaban hambrientos.

— Hay tanta comida en el mundo que esto no debe pasar en ningún lugar.

— El gobierno debe ayudar, apoyar la actividad...

Wilder no estuvo de acuerdo. Él dijo que esa iniciativa había surgido de la comunidad y si el gobierno le metía la mano, se jodía.

— El gobierno debe garantizar que todos sus ciudadanos dispongan, accedan y consuman alimento de manera permanente y oportuna.

— Es decir, todas y todos tenemos derecho a los tres golpes del día: desayuno, almuerzo y cena. —explicó Ja Ha

Por lo que Wilder y los otros hablaron en el camino a casa aprendí que:

Comer es una necesidad primaria a la que todo ser humano tiene derecho. (Palabras de Enzi)

Este compartir, ese sancocho, es una manera de llegarle a la comunidad. (Palabras Ja Ha)

Nadie me preguntó dónde estuvo, así que calladita la boca.

Pienso en Mireya. No sé mucho de ella y sus peladitos. La primera vez que la vimos por el barrio ella llegó embarazada y cargando al mayorcito. Luego desapareció como uno o dos años, no estoy segura. En ese entonces la vimos caminando con uno, el mayorcito de la mano, el mediano en sus brazos y el tercero en la barriga. Dicen que en el hospital la operaron para que no tuviera más hijos.

Junio 23

Estaba en el patio enjabonando una ropa cuando entró Javier y empezamos a besarnos. Mi mamá estaba donde el Paisa, le dije. Silencio. Sólo besos. Sus manos se deslizaron por mi espalda.

– Javier...Javier...Ja... –le dije entre beso y beso.

– Tranquila, tranquila –me dijo al oído.

Mi cuerpo se abrazó al suyo. Besos, caricias... nuestros corazones desbocados... ¡Pasos de mi mamá! ¡Sálvese quien pueda!

– Buenas Javier –saludó ella desde el marco de la puerta que da al patio – ¿Cómo va el fútbol?

Él le contestó a toda carrearera que bien, que su equipo había ganado el campeonato, que les dieron una copa y medallas, ...habló y habló hasta que ella lo frenó con un lo felicito mijo. Yo no podía mirarla a la cara, solo pensaba que, si ella me preguntaba algo, yo le contaría todo lo que pasa entre Javier y yo, pero mi mamá no preguntó nada.

Sigo esperando su pregunta y busco las palabras que utilizaré cuando al fin se dé la conversación:

Mamá, ¿puedo ser novia de Javier?

Mamá, Javier me pidió ser su novia.

Mamá, soy novia de Javier.

Mamá, Javier y yo estamos enamorados.

¿Cuáles serán las mejores palabras?

Escribo a oscuras para que nadie sepa que no puedo dormir pensando en lo que pasó con Javier esta noche. Quiero y no quiero que Javier toque mi cuerpo. Una parte de mí quiere que paré y otra le grita que siga. Una parte tiembla y otra se paraliza.

Junio 24

Pobre Luis, ya estaba cogiendo confianza de salir y ocurre este enfrentamiento entre los de la “14” y los “Malandrines” en plena cancha. Mi hermano y sus amigos estaban jugando cuando se escucharon los tiros y todos salieron corriendo menos Luis que se quedó paralizado. Félix me contó que tuvo que devolverse y tirarlo al suelo. Ahí se quedaron hasta que todo pasó.

En la calle el sol quema la piel y los pensamientos.

Junio 25

Imaginábamos que Augusto ya estaba en Buenaventura con mi tío Nando, pero no es así. Mi mamá llamó a la mujer de tío Nando, pero ella le dijo que por allá no ha aparecido. Estamos muy nerviosos por lo que pueda haber pasado con mi hermano.

Junio 26

Nubes

Chubasco todo
puede suceder en
un día como hoy
cuando L

a

llu

via

ca

e

e

e

e

len

ta

men

t

e

y

yo

me

cubro

con

las

palabr

as.

Junio 27

“Oricha significa deidad femenina o masculina de los yorubas”, me contó Wilder hoy en casa de doña Elizabeth.

¡Qué bien por la gente que tiene varios dioses en vez de uno! Creo que entre las diosas y los dioses se ayudan, acompañan y se reparten las cargas.

Pobrecito el dios cristiano que le toca hacerse cargo solito del universo.

Junio 28

Cuando leo en Crimen y castigo el nombre de Sonia Marmeládova, se me viene el recuerdo de la tía de Consuelo, que se llamaba Sonia Dalila Castro Lucumí. Ellas comparten el nombre y el oficio. Dos mujeres jóvenes, pobres, usadas y explotada.

Voy a escribir la historia de Sonia Dalila y para hacerlo empezaré por el lugar donde ella vivía: su casa de bareque, con dos piezas, una cocina y un baño siempre estaba llena de hermanos, hermanas, tíos, tías, primos, primas, abuelos y cuanta familia llegaba de Buenaventura. Y si por la música y el trago se puede medir la felicidad de las personas allí lo eran todos los días de la semana. Eso lo sé porque su sobrina Consuelo, llegaba muerta de sueño a la escuela.

Dicen que a Sonia Dalila uno de sus parientes la violó cuando era niña y que por eso ella se volvió tropelera y

puta. “A mí nadie me jode de nuevo”, nos contaba nuestra compañera cuando Lady Lorena le preguntaba por su tía.

Recuerdo que un día se regó la bola de que Sonia Dalila se había ido para el extranjero a trabajar como mesera en un restaurante fino y que ganaría un montón de dólares. Ella se fue y en menos de un año, una volqueta descargó, en el andén de su casa, todo lo necesario para construir una casa de cinco piezas.

“Todo se compró con la platica que nos envía la niña”, explicaba su abuela mientras hacía la remesa donde el Paisa. “La pobrecita tiene tres empleos”, aseguraban sus tías. En poco tiempo la familia de Sonia con música salsa a todo volumen y canastas de cerveza para la sed, cortaban varillas de acero, revolvían cemento, arena y agua para tirar la plancha.

—Lo que pasa es que Sonia se consiguió un gringo tapado en dólares —nos ponía al tanto Consuelo.

En diciembre llegaron los galones de pintura, las baldosas, las puertas, las ventanas y de nuevo rumba y trago.

“A ella le toca duro, pero está contenta”, decía el tío mayor.

Unos meses fueron suficientes para que la familia de Sonia Dalila estrenara casa y Jorge David, un vecino que trabajaba en Estados Unidos, se la encontrara allá y destapara todo:

“¿Cuál mesera ni que novio? La Sonia Dalila lo que está es dando culito”.

La familia al parecer no lo escuchó porque la música, el trago y la rumba continuaron de largo. Se celebró cada mueble que se estrenó, cada cortina que se colgó, cada porcelana que adornó el bife, en fin: la casa fue la envidia del barrio y el sueño de muchos.

A los dos años ella le avisó a su familia que vendría a Cali a pasar unas vacaciones y se armó la fiesta.

– La vamos a recibir con una rumba áspera –nos contó Consuelo, y Lady Lorena le pidió que nos invitara.

– Claro que las invito porque ustedes no han rajado de mi tía– nos dijo.

El día que Sonia Dalila regresó, cerraron la cuadra y se acomodaron en los andenes por lo menos ochenta sillas plásticas. Todos los vecinos, los que rajaron de ella y los que no, ayudaron a colgar pendones con los colores de la bandera de Colombia, y el toque final lo puso uno de sus tíos cuando pintó en la puerta de la casa la bandera gringa.

Esa noche Lady Lorena y yo nos pusimos nuestra mejor pinta. Mi mamá, que también fue invitada, me advirtió que nos quedaríamos solo unas horas, así que me alegró mucho que la fiesta arrancara temprano. A las siete la mayoría de la gente había llegado y bailaba sin descanso. ¿Por qué será que las mejores rumbas son las que se hacen en la calle, iluminadas por la luna y bañadas por el viento?

Esa fiesta fue inolvidable por la música, por la gente que asistió y sobre todo por esa imagen de Sonia Dalila bajándose de un carro: Peluca rubia, lisa y larga hasta la cintura. Labios muy rojos y brillantes. Botas altísimas que combinaban con su correa y su boca. Pantalones ajustados que simulaban la piel de un tigre. Blusa llena de lentejuelas y piedritas de mil colores. Candongas, collar y pulseras grandes y brillantes. Allí estaba Sonia Dalila con su piel negra lustrosa y sus uno setenta de estatura. La gente la aplaudió y su familia corrió a su encuentro. Ella saludó a todos con un beso y a las únicas que abrazó largo y con ganas fue a su abuela y a su mamá. Antes de entrar a la casa, Sonia Dalila, nos mandó besos como lo hacen las reinas en Cartagena.

Recuerdo que Lady dijo: “¡Qué pinta tan bacana!” y me arrastró con ella al interior de la casa. Nos logramos colar hasta el patio donde estaban los más allegados a la recién llegada. Todos querían abrazarla, pero ella no soltaba a su mamá, así que se debían consolar con un beso dado al aire. Pidió un trago y varias manos le ofrecieron las copas de aguardiente. “A mi denme la botella”, exigió alegre. “¡Salud!”, y tomó como si bebiera agua. “Que pongan mi disco, que estoy que me rumbeo”.

Entonces sonó: “Cocorobé”. Uno de sus tíos, el que más se parece a su abuelo, la invitó a bailar, pero ella le dijo que ese se lo bailaba sola, y salió a la calle a gozarse su canción.

Bailaba con fuerza, con una fuerza que le salía de adentro y le recorría todo el cuerpo.

“Mirá ese paso”, casi gritaba Lady. “Debió aprenderlo en los Estados Unidos”.

No olvido que mientras la veía bailar, buscaba algún parecido, por pequeño que fuera, entre ella y yo. ¿Los ojos? No, eso no era ¿El cabello? Ni pensarlo ¿Su cintura de avispa? ¡Qué va! ¿Las piernas sin fin? Con ganas. ¿Qué era? Algo tenía que ser, recuerdo que me empeñé en eso. “Esa es mucha negrota”, dijo un hombre detrás de mí, y entonces fue cuando creí encontrar la respuesta: ¡nuestra negrura! Ella y la mayoría de las mujeres que estábamos allí nos unía ser negras, y ver a Sonia tan segura, tan atrevida nos hizo creer que nosotras podíamos serlo donde y cuando quisiéramos.

La Sonia creada por Dostoievski se echó encima una carga ajena, como diría mi mamá. Ella debía responder por sus hermanitos y madrastra, y aunque no se queja, uno sabe que es una mujer triste como en el fondo lo era nuestra Sonia Dalila. ¿Cómo no serlo? Ser puta es doloroso, así lo veo yo. Algunas personas dicen que quien lo es, lo hace por gusto, que eso lo tiene metido en la sangre. Yo no lo creo. Sonia Dalila podía verse muy alegre, revoltosa, pero ¿quién sabe lo que lleva por dentro? ¿Lo que le ha tocado vivir? Es cierto que cuando ella viajó a los Estados Unidos sabía a qué iba, pero eso no es excusa para pensar que le fue fácil vender su cuerpo, y la pista me la dio la conversación que tuvimos Consuelo, Lady Lorena y yo.

– Le pedí a mi tía que me llevara con ella, ¿y saben lo que contestó?

– Contá. –le pedí.

– Me pegó severa cachetada.

– ¡No jodas! ¿En serio? –Lady Lorena no podía dejar de reír.

– Te la doy para que despiertes, me dijo.

Tal vez la cachetada que Sonia Dalila le dio a su sobrina, era la que ella misma necesitó cuando decidió ser una mujer de la “vida fácil”. Tal vez.

Junio 29

Recibimos noticias de Augusto. Está en Buenaventura, en la casa de tío Nando. Él llamó a mi mamá al trabajo y le contó que está bien y muy juicioso. Dijo también que la mujer de mi tío es buena gente y que el puerto, como siempre, sigue pobre y caliente.

A mi mamá le hubiera gustado una llamada más larga, con más detalles, pero no fue así.

“Augusto estaba como apurado”.

En todo caso, saber que su hijo está sano y salvo ilumina el rostro de mi mamá, y sigue pensando que la Virgen la hará el milagro de enderezar a mi hermano.

Yo pienso más como mi papá, quien cuando supo la noticia solo dijo: “De eso tan bueno no dan tanto”.

Nuevamente Javier y yo estuvimos leyendo. Me alegra que a él cada día los libros le gusten más, bueno, no tanto como el fútbol porque eso sería pedir mucho.

Junio 30

Me he pasado escribiendo sobre Sonia Dalila y se me había olvidado contar... ¿Contarle a quién? ¿A mí misma? ¿Será que lo que estoy haciendo es contarme las cosas que ya sé?

¿Será? Como dice mi papá: “Por ahí va la cosa”.

Bueno, volviendo a lo de Sonia Dalila, debo decir que ella estuvo menos de un mes, pero ese tiempo fue suficiente para que más de una muchacha del barrio decidiera seguir sus pasos. Marina, Lourdes y Dayana, fueron las únicas que pudieron irse para los Estados Unidos, mientras las otras con menos suerte y plata, corrieron por los lados de la avenida Sexta a buscar quien les sacara rapidito de pobres.

A causa de eso, muchas familias se enemistaron y hasta se dio una pelea brava entre una tía de Sonia Dalila y la mamá de Yuri. Resulta que una vez cuando nosotros: Claudia, Lady, Luís, Augusto y yo, veníamos para la casa después de salir de la escuela, vimos a la mamá de Yuri parada en la puerta de la casa de Claudia, gritando: “Esa desgraciada le dañó la cabeza a mi muchacha, le metió cuentos raros” y cosas por el estilo.

Entonces salió la tía y defendió a la sobrina, diciendo “La Yuri ya está bastante grandecita como para saber qué es lo bueno y lo malo, así que es mejor que se vaya a hacer escándalo a otro lado si no quiere tener un problema conmigo”. Pero la mamá de Yuri no se cayó y por el contrario siguió diciendo cosas que nos dolieron a todos: “Y si no miren a esa Consuelo que ya va para puta que se las pela”. La tía de Sonia Dalila ahí si no aguantó más y entonces se le fue encima y ambas se agarraron del pelo. La gente a causa de la gritería, salió a la calle e hicieron el corrillo de siempre para atizar la pelea.

Mientras la mamá de Yuri mandaba cachetadas, la tía de Sonia Dalila y Consuelo daba puños. Luego volvieron a agarrarse del pelo y se lo jalaban de tal manera que en los dedos les quedaban mechones; liso y cafecito en las manos de la tía y crespo y negro en las manos de la mamá de Yuri. Las mujeres cayeron al piso y a ambas se les vieron los cucos.

“Tu sobrina es una puta”, gritaba la mamá de Yuri.

“Pues tu hija es el doble, por copiona”, le respondía la tía de Consuelo.

Y la gente se desportillaba de la risa. Sólo cuando los insultos fueron más que los golpes, don Germán y don Oscar, se metieron a separarlas.

En la noche, mientras comíamos, le contamos a mi mamá lo que había pasado y ella después de escucharnos todo el

cuento, nos dijo que era mejor que no volviéramos a ver televisión en la casa de Consuelo.

“Pero, ¿por qué?”, protestó Luís.

“Porque un día de estos la cosa se pone peor”, le contestó. “Además, eso de estar todos los días en casa ajena no está bien, no señor”.

Desde esa vez, no volvimos a casa de Consuelo y cada día supimos menos de Sonia Dalila.

Junio 1

Anoche varias motos recorrieron el barrio. Los perros no dejaron de ladrar a su paso. Se escuchó más de un grito que alertaba: “¡Por el techo!” “¡Corra, mijo!” “¡A mi muchacha no!”

“Apuntale”.

Otra vez el miedo que nos hace meternos debajo de la cama.

Julio 2

Javier y yo estábamos en el portón de su casa conversando cuando doña Benilda salió y dijo que ya volvía. “La acompaña, mamita”, se ofreció él y mientras caminábamos detrás de ella, me explicó: “Yo sé para dónde va”. Ella iba en silencio, caminando despacio y con la mirada a lo lejos,

y solo cuando llegamos a la casa de las Herreras, pude ver su enojo. Tocó dos veces la puerta y una niña abrió. Doña Benilda entró y Javier y yo la seguimos. En una mecedora estaba sentada la tía de Novoa; en un taburete el abuelo de las Monas y doña Gabriela, mientras las Herreras se encontraban de pie con sus respectivos rosarios en las manos.

Doña Benilda se plantó frente al grupo y por fin habló:

— Ninguno de ustedes puede asegurarme que mi nieto fue uno de los que atentó contra la policía.

¿Atentado? ¿Cuándo? ¿Dónde? Yo seguía sin entender.

El abuelo de las Monas se puso de pie con deseos de hablar, pero no pudo hacerlo porque doña Benilda lo cayó:

— Calumniar es pecado y ustedes, partida rezanderos, lo saben, así que cójanle ruedo a esa lengua. — Ella dio media vuelta y salimos.

El camino de regreso a su casa fue igual: doña Benilda adelante en silencio y nosotros detrás. Cuando llegamos ella se metió a la pieza, prendió la radio y no volvió a salir, por lo menos mientras yo estuve.

— ¿Qué fue lo que pasó? —le pregunté bajito a Javier.

Él me contó que días atrás le habían lanzado un petardo a una estación de policía del centro de Cali y que en casa

de las Herreras se decía que esas eran cosas de Wilder y muchachos del barrio, y que si no los habían cogido era porque los familiares los escondían.

“Wilder se reunía aquí en la casa con sus amigos, ¿recuerda que yo le conté? Ellos hablaban, discutían y leían sobre lo tenaz que es vivir siendo pobre y negro en este mundo”.

Julio 5

Esto de ser mujer desde que amanece hasta que anochece es muy agotador. Yo estoy a cargo de la mayoría de los oficios de la casa. Mi mamá, después de llegar del trabajo, hace los suyos. ¿Qué hace mi papá cuando llega de su trabajo? Descansaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa. ¿Cuáles son los deberes que tiene mis hermanos? Ningunooooooooooooooooooooooooooooo.

Escribo y pienso en lo que escribo y vuelve la pregunta para qué escribo todo esto que escribo y la respuesta sigue siendo la misma: escribo porque cuando las palabras están escritas algunas cosas se aclaran. Eso ya lo sé.

Julio 6

Ojalá Lady Lorena logre arreglar los problemas con su mamá. Ella no debe tomar decisiones tan a la ligera. Hoy vino a mi casa. “¡Yo no vuelvo a la casa de esa señora!”, me dijo furiosa y me mostró el brazo donde doña Olga le había zampado un garrotazo. Tenía la cara roja y los

ojos chiquitos de llorar, así que le di agua para que se tranquilizara y pudiera hablar.

Lo que sucedió fue que su mamá descubrió que ella llevaba tres días sin asistir a la escuela por andar con Steven.

– Amiga, me voy con él.

– Pero, ¿dónde va a vivir?

– Para cualquier parte. Steven está trabajando en un taller de motos, y yo... me busco un trabajo, y...pues nos alquilamos una pieza y entre los dos vamos comprando las cosas... Por más que le hablé de la locura que iba a hacer, ella siguió pensando que su decisión era la mejor.

Cuando nos despedimos me di cuenta que la relación entre nosotras ya no es la de antes. Es como si lady y yo hubiéramos llegado a un punto donde una se devuelve y la otra sigue sin mirar a atrás.

Julio 7

Él me hizo prometer que no le dijera a nadie lo que pasó hoy. Me pregunto: ¿decir es lo mismo que escribir? ¿Estaré rompiendo la promesa si lo escribo? Creo que no, porque nadie más que yo, lee lo que escribo en este cuaderno.

Yo estaba en casa de doña Elizabeth leyendo cuando sentí la mirada de alguien a mis espaldas, giré y era Wilder. “Hola, peladita”. Me alegré tanto que corrí hasta él y lo

abracé. Él me devolvió el abrazo y acomodó una silla a mi lado. Lo miraba y pensaba en toda la tranquilidad que su mamita y Javier sentirían al verlo. Wilder me preguntó por Crimen y castigo y yo le conté que no leí tan seguido como quisiera pero que allí iba. Él me dijo que siempre hay que sacar tiempo para leer, para aprender.

Le pregunté qué si siempre le había gustado leer y me respondió que sí, pero que el hábito de la lectura lo había adquirido en la universidad cuando conoció a un grupo de compañeros que, además de la cerveza de los viernes, leían y discutían libros. Esta tarde, Wilder tenía ganas de hablar y yo de preguntar, así que ya sé que él fue un estudiante destacado en el bachillerato, que escogió estudiar sociología en la universidad, que se enamoró por primera vez a los dieciocho años de una muchacha tres semestres más adelante que él, que conoció a la profe Edilma en una asamblea, que le gusta el reggae, algunas canciones de salsa y mucho la música de un cantante de nombre Silvio Rodríguez.

— ¿No lo ha oído, peladita?

Le respondí que no y entonces me prometió que me lo presentaría.

“No le diga a Javier que me vio”, me dijo antecito que doña Elizabeth entrara a invitarnos a tomar café y pan. Salimos y nos sentamos en las sillas del patio, y de pronto ella comenzó a contar de los días cuando vivía con su marido

en las montañas y supo lo que era pasar frío y hambre semanas enteras. “A veces me pregunto si valió la pena tanto sacrificio”.

– No se preocupe, nosotros vamos a hacer que todo esto valga la pena –dijo Wilder.

Doña Elizabeth quería llorar, pero se contenía.

Antes de irse Wilder me dijo unas palabras que quedarán por siempre escritas en mi corazón:

“Peladita, Mandela dice que la educación es el arma más poderosa que se puede tener para cambiar el mundo. No lo olvide”, y me abrazó.

Si Javier no puede saber que hoy conversé con su hermano, su mamita tampoco lo sabrá, y ella seguirá rogándole a sus dioses protección para su nieto.

Julio 8

Por boca de Javier supe más cosas de Wilder. Él me contó que su hermano y algunos de sus compañeros de la universidad, además de ayudar en la construcción de la alcantarilla de la escuela cuando ésta apenas era un sueño, daban charlas a la gente del barrio para que reclamaran sus derechos, cosa que no les gustaba a algunas personas porque dejaba muy mal parado al gobierno.

– En ese tiempo la profe Edilma lo escondió en su casa porque lo estaban buscando.

– ¿Por qué lo buscaban? –le pregunté a Javier.

– Porque dicen que mi hermano es zurdo.

– ¿Zurdo?

Como él no supo decirme que significaba esa palabra, yo voy a hacer mi propia definición a partir de lo que dice Javier de su hermano, de lo que cuenta doña Benilda de su nieto, de lo que conozco de Wilder:

Zurdo, dicese de la persona que se preocupa por mejorar la situación de la gente pobre, necesitada y oprimida de este país.

Julio 9

Ya no tuve escapatoria cuando mi mamá me preguntó que si Javier y yo somos novios. Yo moví la cabeza afirmativamente y ella me reclamó que si no pensaba decírselo. La miré a la cara y le dije que sí, pero que no sabía cómo hacerlo. Ella se paró de la butaca y me dijo:

– Pues diciéndomelo.

Las manos se me pusieron frías.

– Se ve que ustedes se gustan mucho – dijo y la sangre se me subió a la cabeza.

¡Qué descanso fue hablar de Javier con mi mamá!

Julio 11

Ella se llama Diana, tiene nueve años, tres hermanitos, una mamá enferma y un papá desaparecido. Vino esta mañana cuando Luis y yo estábamos desayunando y se paró al pie de la puerta y pidió cualquier cosita. Me paré de la butaca y le dije que siguiera, que tenía agua de panela y pan.

– ¿Mis hermanos también pueden pasar? – me preguntó.

Salí hasta la puerta y vi tres niños pequeños que venían a su encuentro, una de ellos voleando una arepa que doña Gloria les había regalado.

– ¿Nos la podemos comer, Diana? –le preguntó su hermanita.

Diana cogió la arepa, la partió en cuatro pedazos y la repartió entre sus hermanos. La parte de ella la guardó en una bolsa que le colgaba del hombro derecho. “Es para mi mamá que está enferma”, explicó.

Luego volvió a mirar dentro de la casa, a la espera de que reiterara la invitación y así lo hice. Diana se sentó en la butaca que Luis, sonriente como siempre, le ofreció y cargó en las piernas a su hermanito más pequeño. Los otros dos niños se quedaron muy cerca de ella mirándolo todo. La cara de su hermanita se iluminó y le dijo algo al oído. Diana miró mi cama y comentó que en su pueblo tenían una cama igualita.

– Allí duermo yo, le dije y me puse a hacer más agua de panela porque la que había no alcanzaba.

Luis les preguntó los nombres de sus hermanos y Diana contestó: “Estico se llamaba Jairo Alonso, este Juan Gabriel y esta mona perica Luisa”. Todos nos reímos.

Ellos y su mamá venían de un lugar llamado La Tulia y estaban recién llegados a la invasión. Mientras se tomaban el agua de panela, Diana nos contó que su mamá les había prometido que apenas mejoraran sus piernas (las venas se le habían reventado) se irían de nuevo a la finquita, así los mataran.

– ¿Quién los va a matar? –le pregunté.

– Los malos –respondió Luisa.

– ¿Quiénes son los malos? –volví a preguntar.

Diana miró a su hermanita y esta entendió que debía quedarse callada, así que nos quedamos sin saber quiénes querían matarlos. Se veía que Diana no quería hablar de lo que les estaba pasando ni que sus hermanos lo hicieran, porque después cuando Juan Gabriel nos quiso contar lo que había pasado con su papá, ella lo silenció con un “Chist”.

El agua panela, la arepa y el pedazo de pan les aliviaron el hambre, se les podía ver en las caras y en las carcajadas que soltaba Jairo Alonso, cuando su hermano le hacía cosquillas en la barriga.

Estuvieron un buen rato con nosotros, después siguieron recorriendo las calles polvorientas esperando que la gente les diera “cualquier cosita”. Luis y yo, antes que se marcharan, les recomendamos las casas donde les darían con seguridad algo y no precisamente porque les sobrara sino por ser gente bondadosa. Yo le advertí que no arrimara donde Zapaterito. Todo el día, el rostro de Diana ha permanecido en mi pensamiento. Su cara redonda, sus ojos cafés claros, su pelo amarillo y su boca pequeña, por donde salen palabras que ocultan otras.

A lo mejor palabras graves, comprometedoras, que asustan.

Julio 12

Si uno se pone a ver, la vida es como los pedacitos de tela de mi colcha de retazos.

Julio 13

“Wilder cogió para el monte” –me contó su mamita con lágrimas en los ojos.

Él se fue a despedir de su familia. “Aunque le rogué que no se fuera, mi muchacho no me escuchó”. Javier la abrazó un rato mientras ella sacaba todo su dolor.

Las montañas, el frío, el miedo, el hambre, la lucha, el Compañero, los Derechos, Estudiar, leer, los oprimidos, fuerza armada... Todas estas palabras tienen sentido y más aún cuando, después de consolar a doña Benilda, fui a casa de doña Elizabeth.

– ¿Wilder no va a volver?

– Eso no se sabe. –me respondió y me hizo seguir.

En el patio me senté en una de las sillas y doña Elizabeth pegó la suya a la mía, advirtiéndome que las paredes tienen oídos. De su boca escuché que Wilder había cogido como camino la vía de hecho porque creía, como una vez ella y su marido, que un brazo político sin fuerza armada no podía competir contra el poder del Estado. “¿Usted me entiende, María del Carmen?”, me preguntó y yo le dije que sí, aunque no fuera cierto. Dejé que siguiera hablando para ver si al final de la charla, yo lograba aclarar el por qué la mamita de Wilder creía que no volvería a ver a su nieto. Elizabeth me contó de la vida que había llevado en el monte de los quince años a casi los cuarenta años, pero que nada superó su dolor cuando su compañero- entendí que era su marido lo mataron en un enfrentamiento. “Muchas cosas no tuvieron sentido para mí, sin embargo, seguí en la lucha”.

Ocho meses después, doña Elizabeth fue herida de gravedad en combate y sacada de las montañas, y me dejaron en una finca unos civiles.

– No regresé a las montañas. Los convencí que viniéndome a la ciudad también podía contribuir a la causa.

Ella seguía hablando y yo tratando de entender y memorizar palabras nuevas como: clandestina, partido, bombardeo, tiranía, ideas, comandante, emboscada, injusticia, combatientes.

Julio 13

Cuatro golpecitos se escucharon en la puerta. Era Diana y me alegró verla, después de tantos días esperando a que viniera por un poco de sopa. La invité a entrar y ella se aseguró que sus hermanos la siguieran. Me dio vergüenza con mis pies descalzos, al verlos tan arregladitos. Les serví un poco de sopa de pasta y arroz, que devoraron en un minuto.

Cuando terminaron de comer, Luis sacó el dominó y empezó a enseñarle a Juan Gabriel a jugar. Luisa se entretuvo con una hilera de hormigas que atravesaban la puerta del patio.

– Cuando nos vinimos, tuvimos que dejar a Niño –me dijo Diana.

– ¿Quién es Niño? –le pregunté.

Diana me contó que era un perro pequeño, peludito y de color café. Que cuando llegaron los malos, éste los defendió con gruñidos y mordiscos. “¡Pobre niño, lo vio todo!”. Ella se quedó con la mirada fija y pasó varias veces la lengua por los labios. ¿Qué será ese “todo” que vio su perro? No se lo pregunté.

– Ya nos vamos –me dijo y sus hermanitos muy obedientes la siguieron.

– Mañana vienen –les dije.

– Bueno –respondió.

Aún no le he dicho a mi mamá que estoy compartiendo nuestra comida con Diana y sus hermanos. Se lo diré el domingo, cuando ella esté descansadita y dispuesta a escuchar lo poco que sé de esta niña y sus hermanitos.

Julio 14

Le conté a Javier la conversación que tuve con mi mamá y él en vez de intimidarse o algo por el estilo, dijo que ya era hora de hablar con mi papá. Le advertí que con él la cosa era distinta, a lo que dijo: qué es lo peor que puede pasar. No sé, porque con mi papá nunca se sabe. Él puede estar un día alegre y ser agradable, pero también está su parte grosera y negativa. Ya me lo imagino diciendo después de que Javier hable con él: “¿Ese muchacho si tendrá buenas intenciones con usted?

¡Ay, yo no sé qué irá a pasar!

Julio 15

Nunca había corrido tanto como esta tarde. Resulta que ya salía para la casa de doña Elizabeth, cuando llegó Diana y casi llorando me contó que su hermanito se estaba muriendo y que su mamá sólo le pedía a Dios que no se lo llevara.

– No quiero que se muera – dijo.

– No se va a morir –dije abrazándola- Vamos.

Diana, por la costumbre de llevar a alguien cogido de la mano tomó la mía y empezamos a caminar hasta “el lugar donde ahora vive”. Pasamos con mucho cuidado el puente destartado, que sirve para atravesar el caño. Olía peor que otros días. Yo ya había estado en la entrada de la invasión, pero no al fondo donde Diana y su familia viven. La gente dice que es muy peligroso. A medida que caminábamos todo se multiplica: la pobreza, la soledad y el calor.

– Allí es el lugar donde ahora vivimos –dijo Diana señalando cuatro palos forrados con cartones y plásticos.

Su mamá estaba sentada en una piedra, limpiando la cabeza de Luisa con una peineta de dientes pequeños. Al vernos dijo que la niña se estaba llenando de piojos. Me presenté. Ella se puso de pie y me tomó la mano. “Gracias” y se soltó a llorar de una manera tan triste que me hizo llorar a mí. Juan Gabriel, que jugaba a pocos metros con unos palos, corrió y se agarró a sus piernas.

– Cuidado Juan que la mamá todavía está delicada –dijo Diana y el niño la soltó. Diana me señaló la caja de cartón donde estaba su hermanito enfermo. Al ver su estado le dije: “ya vuelvo” y salí corriendo en busca de ayuda.

Fui directo a la casa de doña Elizabeth y cuando ella me abrió la puerta y me vio agitada y sudando a chorros bromeó: “María C, los libros no van a salir volando”. Sin perder tiempo le expliqué lo que pasaba con el hermanito de Diana

y ella casi corriendo se puso zapatos, sacó su sombrilla de colores y salió conmigo. En el camino arrimamos a casa de doña Francia, quien en ese momento dormitaba en una silla mecedora. Doña Elizabeth le contó lo que pasaba y le pidió que nos acompañara a “salvar a esa criaturita de Dios”. Doña Francia agarró la mochila donde carga todos sus remedios y yerbas, cogimos camino a toda prisa para el “lugar donde ahora vive Diana”. A veces teníamos que hacer pequeños descansos porque doña Elizabeth se quedaba sin aire. “Le voy a preparar unas tomas de Cola de Caballo para esos ahogos”, le prometió doña Francia.

Cuando llegamos, doña Elizabeth meneó la cabeza y dijo con rabia: “Esta es mucha miseria de mierda”. La mamá de Diana permanecía sentada en la piedra donde la había dejado. Diana cuidaba del bebé, mientras sus hermanitos se entretenían con piedras y palos. Doña Francia examinó al niño y le dijo a doña Elizabeth que era mejor llevarlo de inmediato al centro de salud.

— Ella no está en condiciones de tomar decisiones —dijo doña Francia al ver el estado de la mamá de Diana.

Salimos en fila del lugar donde ahora vive Diana: a la cabeza doña Francia con el bebé en brazos, detrás Diana y Juan Gabriel, después la mamá de Diana con doña Elizabeth y en la cola Luisa y yo. En el camino la gente nos miraba con tristeza pensando que el bebé había muerto. “Bola de billar” se sacó el cacho de marihuana de la boca y se persignó.

Doña Elizabeth me pidió que me hiciera cargo de los niños mientras ellas iban al puesto de salud con el enfermo. Claro que le obedecí y los llevé a mi casa. Allí estaban Luis y sus amigos jugando dominó. Luisa y Juan Gabriel se arrimaron a la mesa a verlos jugar y mi hermano les prometió que apenas terminarán esa partida, ellos podrían participar. Diana se sentó en una de las butacas mirando hacia la puerta. Estaba asustada, así que le dije que en el centro de salud sanarían a su hermanito. También le hablé de doña Francia y de sus milagrosas yerbas, que podían curar casi todo. Recordé que mi mamá me había contado que cuando recién abrieron el centro de salud ninguna persona por grave que estuviera quería ir allá. Todos pegaban para donde doña Francia, y entonces les tocó a los médicos venir a hablar con ella y llegar a un acuerdo simple: doña Francia seguiría atendiendo a la gente, pero cuando viera que sus remedios no lograban mejorar al paciente, ella misma llevaría al enfermo al centro de salud.

Mi papá llegó antes que mi mamá y como está acostumbrado a ver amigos de Luis en la casa no preguntó quiénes eran Diana y sus hermanos. Pero con mi mamá fue distinto:

— ¿Y esos niños?

Les conté todo y ellos sintieron lástima por Diana y sus hermanitos.

— Les voy a preparar un caldito —dijo.

A eso de las nueve, doña Elizabeth vino a avisarnos que al bebé lo habían hospitalizado. Juan Gabriel preguntó por su mamá y cuando ella le dijo que esa noche no vendría, empezó a llorar desconsoladamente. Luisa y Diana, que estaban tranquilas, se echaron a llorar con él, así que nos tocó abrazarlos y decirles que pronto verían a su mamá y a su hermanito. Poco a poco el llanto fue desapareciendo, dando paso a un montón de suspiros y más adelante al sueño tranquilo.

Ahora que escribo, mi papá y mi mamá se cuentan sus cosas. Diana y Luisa duermen en mi cama y Juan Gabriel ocupa el lado de la cama de mi hermano Augusto.

Julio 16

Sus besos y los besos que yo le doy nos agitan, tanto que le pido que mejor conversemos y Javier está de acuerdo. Cogemos cualquier tema con tal de calmar como dice él “la calentura”.

Hoy por ejemplo le propuse que escogiera un poema de los que su hermano me regaló y

Javier escogió el más cortico que voy a copiar:

“Yo quiero salir del mundo Por la puerta natural: En un carro de hojas verdes A morir me han de llevar.

No me pongan en lo oscuro

A morir como un traidor; Yo soy bueno, y como bueno
¡Moriré de cara al sol!

Lo leímos juntos en voz alta.

Julio 17

Esta tarde Javier vino a visitarme y los niños no se desprendieron de nosotros ni un momento, así que no hubo nada de besos ni palabras de amor.

Julio 18

Si hay gente generosa en este barrio es doña Elizabeth, de eso no hay duda. Ella acogió en su casa a la familia de Diana mientras el bebé se recupera.

Julio 19

Yo fui a casa de doña Elizabeth a ayudar en la cocina y, mientras lavaba y pelaba las papas, escuché la historia de la mamá de Diana.

Todas estas palabras las escribí después de regresar a la casa y encerrarme en el baño a vomitar: caserío incursión masacre amenaza barbarie soledad abandono dolor mujeres insurgentes desangre olvido encapuchados empellones ajusticiamiento impunidad insultos justicia odio perdón conflicto resistencia callar cicatrices resistencia traumas ataques desaparecidos cabecilla problemas gritos cóm-

plices virginidad venganza reparación víctimas impotencia
gobierno enemigo cuerpo niñas justicia placer hombres
crímenes castigo violación familia aguantar perversiones
memoria resistir denuncia preservar segregación país
responsabilidad desplazamiento.

Julio 20

Esperaba noticias de la escuela y ya las tengo. “Se firmaron los papeles que se necesitan para abrirla”, fue la frase con la que la profe Edilma comenzó hoy la reunión en la caseta comunal.

Yo intento no entusiasarme mucho.

Julio 21

Ayer, en la reunión, muchas personas estaban totalmente en desacuerdo con el enfrentamiento que se dio la vez pasada con la policía; otras, como suele pasar, aseguraban que había servido para que el gobierno se moviera. En este grupo estaba Enzi, varios muchachos más y Ja Ha, quien le dijo con tirria a la profe Edilma: “A veces se necesita actuar con fuerza, Profe. Ya ha sido mucho bla bla bla”. La Profe Edilma siguió insistiendo con que prefería el diálogo. Yo en algunos momentos estaba de acuerdo con la ella, pero, cuando escuchaba la voz de Ja Ha, tan fuerte y clara cambiaba de opinión. Es que ya no aguanta pedir y pedir las cosas por las buenas. ¿Cuánto hace que empezamos a enviar cartas a la secretaría para que abrieran la escuela?

¡Meses! ¿A cuántas reuniones han ido la Profe, doña Elizabeth, don Gustavo y el mismo Wilder? ¡A muchas! ¿Entonces? ¿Qué más esperamos? Muchos de nosotros queremos terminar el bachillerato e ir a la universidad.

El amigo que siempre acompañaba a Wilder, por primera vez pidió el megáfono y dijo que nos compartiría un pensamiento de un señor llamado Malcom X: “Cuando las personas están tristes no hacen nada. Cuando están enfadadas producen cambios”.

Yo me uní al grupo que aplaudió a rabiar.

Julio 22

Recibí a mi mamá con su taza de café caliente, pero como ella apenas lo probó, supe que algo más serio la tenía cabizbaja. Desde mi butaca la vi bajarse de la cama, ir hasta el altarcito de la virgen, prenderle una vela y rezar unos minutos. Después se acercó a la mesa y soltó:

— Me llamaron de Buenaventura... El Augusto se metió en problemas.

— ¿Qué hizo ahora? —preguntó mi papá.

— Hirió a otro muchacho —contó ella.

— No demora en venir a esconderse debajo de las faldas de la mamá —dijo él.

– O bajo el pantalón del papá –le respondió ella.

– Ya van a empezar –me atreví a decir yo.

Ellos se guardaron su rabia. La casa se quedó en silencio un buen rato.

– Hay que ir a Buenaventura por ese muchacho –dijo ella.

– Yo voy –dijo él.

Julio 23

Ir a una casa de empeños con un Sueño bajo el brazo y preguntarle al dueño del lugar:

– ¿Cuánto me da por este Sueño?

Seguro que el hombre con cara de poco interés, revisará la mercancía y después de unos minutos dirá:

– Su sueño no vale gran cosa... tome unas monedas.

Entonces, uno rabioso y necesitado, recibirá las monedas, jurando por la madre que antes de una semana regresará por su Sueño.

Julio 24

Mi papá solo trabajó hasta medio día porque se fue para Buenaventura a traer a Augusto.

Julio 25

Javier se va de Cali. Su entrenador y otros señores que saben de fútbol piensan que él tendrá una buena oportunidad en un equipo de Tuluá. Cuando empezó a contármelo sentí un poco de tristeza, pero a la vez una alegría por lo bien que va su sueño de ser el mejor futbolista de Colombia y así poder darle una mejor vida a su mamita que nunca lo ha desamparado. Me propuso que siguiéramos de novio porque Tuluá es muy cerca y él puede venir los fines de semana a visitarme. Estuvimos muy abrazados y no nos soltamos ni siquiera cuando Luis preguntó: “¿Ustedes, en verdad, están entucando?”

Julio 26

Me fui a casa de Lady a contarle lo de Javier y ella me salió con: “Amiga, eso es también una oportunidad grandísima para usted, ¿se imagina casada con un futbolista picho en plata?”. Le dije que estaba bien loca, que no tenía ningún interés en casarme, que mi sueño era seguir estudiando, y ella me salió con:

– María del Carmen ¿usted cree que Javier va a esperar a que usted termine de estudiar? No hija, otra más avispada se lo quita y adiós te vi.

– Si él no espera, es problema suyo.

Lady me conoce suficientemente bien para saber que yo iba a cambiar de idea, así que giró la conversación,

contándome que tendría un hermanito dentro de seis meses. Ella está feliz sobre todo porque ahora su mamá estaría bastante ocupada con un niño y no tendría tiempo de estarle siguiendo los pasos.

– ¿Cómo va Steven? –le pregunté.

Ella soltó la carcajada.

– María C, tengo novio nuevo, se llama Enrique y es un papacito.

Steven ya hacía parte del pasado.

– ¿Adivine cuántos años tiene?

Le puse dieciocho, pero ella me salió con que tiene ¡treinta y cinco años! ¡Es un viejo!

– Sólo hay un problema: es casado, pero va a dejar a su mujer.

El tal Enrique, además de tener mujer (a quien dice no querer) es papá de dos hijos, y amigo del marido de la mamá de Lady. Ella lo conoció en el taller y al principio a mi amiga le pareció mayor, pero los regalos y las atenciones por parte de él le fueron restando años.

– Es buena gente y hasta respetuoso.

– ¿Nada de nada? –le pregunté.

— ¡Tampoco María C! Ni porque fuéramos de palo —dijo y nos reímos un buen rato.

Es bueno saber que aún entre Lady y yo queda algo de complicidad.

Tal vez como escribí hace días, llegamos a la esquina, ella cruzó y yo seguí derecho, pero cuadras más adelante nos volveremos a encontrar.

Julio 27

Mi papá llegó con Augusto y acabamos de oír todo su cuento: él dice que un muchacho, así de la nada, le buscó pelea y él se defendió con una navaja que guarda en el cinto del pantalón.

El muchacho está en el hospital, y sus hermanos mayores andan buscando venganza.

— ¿Usted se ha dado cuenta que cada vez está más emproblemado? —le dijo mi mamá.

Augusto se veía impaciente sentado en la butaca. Mi mamá insistió que él estaba a tiempo de hacer algo bueno con su vida, pero mi hermano seguía callado y cuando se levantó para ir al portón, mi papá le dijo que calle no iba a coger.

Augusto es otro, no sólo por lo flaco y sucio que llegó, sino por los kilómetros y kilómetros de rabia que hay en su mirada.

Julio 30

El primero que vino con la noticia de que tío Nando había aparecido en el noticiero fue Luis, quien estaba en casa de Félix. Mi mamá confirmó la noticia. Ella lo vio en el televisor que hay en el restaurante. “Tenía la cara hinchada y sin camisa” En la noticia habían dicho que fue detenido junto a tres menores de edad cuando en su poder les incautaron bazuco, plata y un revolver.

– Eso tenía que pasar –dijo mi papá. – En Buenaventura me enteré en lo que andaba.

– Nando se ha pasado la vida dando tumbos y tumbos. Él ya no aprendió – dijo mi mamá.

Yo me fijaba en Augusto, quería ver qué gestos hacía, pero nada. Él estaba cari lavado.

Espero que lo que le está pasando a tío Nando sea un espejo para él.

Esto de tener familiares tan emproblemados pesa mucho.

Agosto 1

Ahora rato salí con doña Elizabeth a informarle a la gente que la jornada de limpieza de la escuela será pasado mañana. Esta vez me atreví a hablar por el megáfono y me gustó ver a la gente salir a la puerta o asomarse por la ventana para escuchar mejor lo que se dice. Por la gritería

y el entusiasmo con el que los niños pequeños y grandes salen detrás de nosotras puedo decir que ellos también están deseosos de volver a las clases.

Esta fue una buena tarde, menos mal que no me la perdí.

Agosto 2

Invoqué a los Orichas y a la virgen del Carmen cuando a las diez y media mi papá cerró la puerta de la casa. “Ese muchacho se queda hoy en la calle”, dijo y pasó la aldaba. Mi mamá con los brazos cruzados y una cara de angustia nomás lo miraba. Luis y yo nos fuimos a la cama cuando mi papá dejó la casa a oscuras.

Yo creo que ya era la media noche cuando escuchamos unos golpecitos en la puerta. “Llegó”, pensé y en parte me sentí aliviada.

— ¿No será mejor abrirle? -le preguntó mi mamá a mi papá.

Él le respondió que no, que Augusto tenía que aprender a obedecer.

Luego escuché a mi hermano llamar bajito a mi mamá, y como ella no le respondió, él tocó más fuerte la puerta.

Silencio.

— ¡Me abren o agarro la puerta a pata! —gritó.

Me puse la almohada sobre la cabeza.

Gritos y patadas en la puerta. Papá se levantó en la oscuridad.

Silencio. Golpes. Llamados. Murmullos de mi mamá y mi papá. Silencio. Gritos. Golpes.

Más golpes. Insultos. Silencio. Patadas en la puerta. Ladridos de perros. Nuevos insultos. Vecinos pidiendo que los dejaran dormir.

— Augusto, no le vamos a abrir —dijo mi papá sentado en el borde de la cama. — Le advertí que, si volvía a llegar tarde, no le abriríamos.

De nuevo patadas en la puerta. Insultos. Un largo silencio. Murmullos. Silencio. Me quité la almohada de la cabeza y agudicé mis oídos: ladridos de perros afuera y aquí en la casa el llanto bajito y tristísimo de mi mamá.

Agosto 3

Los pupitres, algunos cojos, volvieron en fila.

Las telarañas retiradas.

Las paredes lavadas.

La tierra removida.

¡Ojalá un día sembremos girasoles!

Los baños percutidos.

Los tableros arruinados.

Los pisos cuarteados.

Los techos agujerados

¡Ojalá las nubes se vayan lejos!

A pesar de todo esto que nombro, mi escuela es poderosa porque guarda un tesoro: los libros donados por doña Elizabeth.

Agosto 4

Es un domingo lluvioso. El ruido de las chanclas de mi mamá y el olor a café recién preparado me despertaron. Saco mi cuaderno que descansa debajo de mi almohada y empiezo a colocar palabras carilargas y tristonas en éste. ¿Cómo no escribirlas cuando se duerme con el dolor y miedo por el hermano que lleva días en la calle? ¿Cómo? Desde aquí, bajo el toldillo y sin hacer ruido, veo a mi mamá lavar los trastos, sentarse en la butaca a tomarse el café. Habla sola. ¿Estará rezando? ¿Sabrá qué la estoy mirando? ¿Se dará cuenta que escribo sobre ella? No quisiera levantarme. ¿Quién ronca, Luis o mi papá? El agua que sale de la llave, se estrella con la taza que mi mamá enjuaga. Lejos un recién nacido llora. Afuera alguien enciende una grabadora. Suena una canción de Gilberto Santa Rosa. Si cierro los ojos es noche y veo estrellas rojas. Los abro y veo a mi mamá encender la veladora. Cuando paso las hojas del cuaderno, éstas ríen. El lápiz baila con mis dedos.

¿Por qué los perros ladran? ¿Qué los asusta? Luis se da media vuelta en la cama. Nuestro vecino se ha despertado, lo delata su tos seca. Un nuevo domingo comienza y yo sin ganas de salir de mi escondite.

Agosto 6

Nada como una vieja amiga para levantarnos el ánimo. Vino Lady Lorena y se quedó toda la tarde conversando conmigo. No hablamos sobre las cosas que nos suceden ahora. Ninguna de las dos lo deseaba, pero si recordamos los días en la escuela, las fiestas a las que fuimos, las embarradas, las mentiras piadosas que tuvimos que decir. Recordamos y reímos como locas.

— ¿María C nosotras seguimos siendo amigas? —me preguntó de pronto.

— Las mejores del mundo —le aseguré y ella saltó de la cama para abrazarme fuerte. Abrazadas y muertas de la risa, nos levantamos de la cama y pusimos la grabadora a todo volumen:

— ¡A bailar, amiga! —dijo y me extendió los brazos.

Yo traté de seguirla, pero me fue difícil. Lady baila muy bien. Ella tiene gracia y soltura.

— ¡Muévase María C! ¡Baile como negra! —dijo varias veces.

“Bailar como negra”, “moverse como negra”, “negros y la salsa” “Donde hay negros hay rumba” son frases que uno

escucha a toda hora. En este barrio, en cada esquina la gente baila. No hay escuelas de baile porque nadie las necesita, los pies se mueven solitos, siguen la música. Lady dice que la música se debe sentir primero dentro de uno y luego dejarla salir.

Definitivamente voy a escuchar a mi amiga.

Agosto 7

Augusto llegó, comió lo que mi mamá le sirvió y se acostó a dormir.

Luis me contó que ya en varias cuadras, el nombre de mi hermano, anda rodando. Algunos muchachos lo admiran y quieren parecerse a él, pero otros en cambio, los más tranquilos, le huyen. A Luis y a mí todos esos cuentos nos avergüenzan.

“A mí me da mucha piedra, que la gente crea que yo soy como Augusto”, me confesó Luis.

“Una vez la mamá de Toño no me dejó entrar a su casa porque pensó que la iba a robar”. Yo no le dije nada porque sentía la misma rabia que él. Aquí en el barrio mucha gente piensa que un hermano, primo o papá es ladrón toda la familia lo es, y si no, es alcahueta. Bueno, a veces no es raro que familias enteras se dediquen a robar o a la venta de drogas. En estos días, la policía allanó la casa de los Chamorro y se llevaron detenida hasta a la abuela. Eso

puede pasar, pero en esta casa como en tantas otras, sólo uno es el emproblemado y los demás deben pagar por ello.

No sé dónde y cuándo parará Augusto. Quizás con el paso de los años deje de buscar la muerte.

Agosto 8

Javier y yo estuvimos conversando sobre su viaje, y por momentos nos pusimos tristes como si supiéramos que la lejanía nos separará para siempre.

Él sigue preocupado por su mamita que se queda sola. Lo consolé diciéndole que la visitaría todos los días.

Agosto 9

Me encontré con la profe Edilma en casa de doña Elizabeth y nos contó que la escuela tendrá un nuevo director y varios maestros varones porque en la Secretaría consideran que ellos inspiran más respeto.

— Por supuesto que no estoy de acuerdo en eso. — dijo. — Yo fui criada por una mujer que ha guerreado toda la vida y merece todo mi respeto.

Supe que ella tuvo una buena niñez, que su hermana mayor le pagó el estudio, pero cuando llegó a la universidad le tocó estudiar y trabajar al mismo tiempo. También contó que siempre supo que sería maestra porque esa era su vocación.

Esta conversación con la profe me hace pensar en lo que será mi vida cuando crezca y eso está cerca. Quisiera saber qué hay después de mañana y de pasado. ¿Cuál es el camino que debo caminar? ¿Cuándo uno encuentra ese camino? ¿Sigo siendo una niña? ¿Soy una joven que piensa como una mujer adulta? Me pregunto.

Agosto 10

Le conté a Javier que cuando regrese a la escuela voy a recuperar todo este tiempo perdido.

— ¿Me está echando?

— No, he dicho eso. Le estoy explicando que tendré mucho que estudiar, así como cuando usted está en sus concentraciones de fútbol.

No dijo nada más sobre el asunto. ¿Por qué? No sé. Creo que es un poco egoísta de tu parte creer que no tengo mis propias ocupaciones.

Lo único que me gustó de estar hoy con él, fue la noticia que me contó de Wilder. Él les mandó una carta con una amiga y esta les contaba que estaba bien, que no se preocuparan, que un día estos les caía de sorpresa.

— Te mandó saludos.

— ¿Sí?

— Saludos a la peladita escribió.

¡Qué alegría sentí! Wilder me recordaba.

Yo también lo recuerdo y me pregunto en cuál montaña pasará sus días, y me lo imagino con un libro bajo el brazo.

Agosto 12

Vino Javier a despedirse. Permanecimos abrazados hablándonos al oído. Prometiendo que nos cuidaríamos y jamás dejaríamos de querernos. A veces la voz se nos quebraba. Después llegó el silencio y nos dimos todos los besos que teníamos guardados. Sentí sus manos en mi espalda, en mi cuello, en mi cintura, en mi cara. Me apretaba. Yo lo besaba y me pegaba a él. Su corazón y el mío daban brincos y volteretas. Mis manos acariciaron su espalda, besé su cuello que estaba salado. Sus dedos buscaron los botones de mi blusa, me aparté un poco y él pensó que tenía miedo, pero le tomé la mano y la puse sobre mis senos. Al no poder desabotonar mi blusa, metió su mano por debajo de esta y se encontró con lo que buscaba.

Me acarició una y otra vez y algo estalló dentro de mí.

— Aún no —dije más para mí que para él.

Javier me apretó fuertemente. ¡Qué bien se sentía!

— Está bien, aún no —dijo él.

Nos miramos y nos reímos sin parar.

Amor, complicidad, ternura, fuego. ¿Qué otras palabras podrían pintar este instante vivido? Hoy descubro que las palabras son cortas porque no logran atrapar esas partecitas de la vida, donde uno es total e increíblemente feliz.

He crecido, he aquí una mujer.

Agosto 13

Alguien debe escribir que jóvenes como Javier aprenden a jugar fútbol a pie limpio.

Alguien debe escribir que Yiya se llena de amor cuando su abuela la peina.

Alguien debe escribir que don Cipriano apunta en el tablero los números del chance que nadie gana.

Alguien debe escribir que la mamá de Diana nunca regresó por su hijito al hospital.

Alguien debe escribir que doña Francia sana las heridas del alma y del cuerpo.

Alguien debe escribir que don Gustavo soñó con ir a la universidad.

Alguien debe escribir que Carlos Eduardo, el hijo del Paisa, bota los cuadernos donde se apuntan las cuentas por cobrar.

Alguien debe escribir que Bertha sale todas las tardes con su canasto lleno de panochas calientes.

Alguien debe escribir la historia de doña Elizabeth en las montañas.

Alguien debe escribir que “Bola de billar” envejeció en la esquina con su cacho de marihuana.

Alguien debe escribir que Mayte golpea a su hermano pequeño.

Alguien debe escribir que vio a la niña de Luz llorar de hambre.

Alguien debe escribir que Kevin Andrés tiene la barriga llena de lombrices.

Alguien debe escribir que Cindy adora su muñeca tuerta.

Alguien debe escribir que la profe Edilma teme por su vida.

Alguien debe escribir que Merly pelea con su cría de piojos.

Alguien debe escribir que Luis es un gran hermano.

Alguien debe escribir que a Mireya sus tres hijos mocosos la persiguen a todo lado.

Alguien debe escribir que jóvenes como Wilder hay un montón.

Alguien debe escribir que en el Oriente también se ríe.

Alguien debe escribir que la pequeña Sandra carga una barriga de ocho meses.

Alguien debe escribir que las jóvenes como Ja Ha ya son poderosas.

Alguien debe escribir que la muerte se pasea por las calles.

Alguien debe escribir que vio los goles de los muchachos en la cancha.

Alguien debe escribir que Augusto está llenito de rabia.

Alguien debe escribir que la lluvia nos llena de nostalgia.

Alguien debe escribir que Lady Lorena luce los zapatos rojos de su mamá.

Alguien debe escribir que vio la risa desdentada de doña Benilda.

Alguien debe escribir sobre las manos amarradas al palustre y al cemento.

Alguien debe escribir que mujeres como doña Elizabeth hay muchas y se quedan en el olvido.

Alguien debe escribir que vio amor detrás de las paredes de esterillas.

Alguien debe escribir que Rosa Esperanza nunca pierde la esperanza.

Alguien debe escribir sobre los golpes de la vida.

Alguien debe escribir que en alguna montaña unos jóvenes sueñan con un mejor mañana. Alguien debe escribir que una mujer también es linda con su vestido gastado y sus chanclas rotas.

Alguien debe escribir

Alguien debe

Escribir.

Agosto 14

Amanece. Apenas he podido dormir. He planchado mi uniforme, lustrado mis zapatos y trenzado mi cabello. Dentro de dos horas cuando regrese a la escuela pisaré fuerte, estaré abierta, alerta porque quiero aprenderlo todo.

Yo, María del Carmen he trazado mi camino y nadie cambiara mi rumbo. Nadie.

FIN



**GOBERNACIÓN
VALLE DEL CAUCA**
Secretaría de Cultura

FO-M9-P3-02- V01
1.240-14.03

**CONVOCATORIA XXIV CONCURSO COLECCIÓN AUTORES
VALLECAUCANOS JORGE ISAACS 2021**

**ACTA No. 2
JORNADA DE DELIBERACIÓN
JURADOS EVALUADOR DE LA MODALIDAD DE NOVELA**

Fecha: octubre 23 de 2021.	Lugar: Santiago de Cali
Objetivo de la reunión: Realizar la jornada de deliberación programada para el día 23 de octubre de 2021 hora 10:00 am, para definir las obras ganadoras en la modalidad de novela.	
Agenda: 1. Consideraciones Generales del proceso individual adelantado por cada uno de los jurados. 2. Deliberación y selección de las obras presentadas en la modalidad de novela.	
Documentos integrales de la reunión: Planilla en excel con los puntajes promedio de las calificaciones, resultado de la evaluación individual otorgada por cada uno de los jurados de la terna.	

Desarrollo:

Siendo las 10:00 am del día 23 de octubre de 2021 y en cumplimiento de lo señalado en la página 8 “evaluación y selección” establecido en el instructivo de la Convocatoria del XXIV Concurso Colección de Autores Vallecaucanos 2021 y dando cumplimiento al cronograma, se dio inicio a la jornada de deliberación a través la plataforma Meet.

En la reunión virtual participaron los jurados designados para evaluar las obras presentadas en la modalidad de novela del Concurso Colección Autores Vallecaucanos, conformada de la siguiente manera: Sonia Nadhezda Truque, identificada con cedula de ciudadanía número 41.629.551, Héctor Fabio Martínez identificado con cedula de ciudadanía número 16.597.693, Hernán Alfonso Toro Patiño identificado con cedula de ciudadanía número 14.953.238, quienes una vez terminado la fase de evaluación individual proceden a realizar la jornada de deliberación programada.

En representación de la Secretaria de Cultura del Valle del Cauca, apertura la reunión la doctora Beatriz Escobar, funcionaria a cargo de la convocatoria XXIV Concurso Colección de Autores Vallecaucanos 2021.



**GOBERNACIÓN
VALLE DEL CAUCA**
Secretaría de Cultura

FO-M9-P3-02- V01
1.240-14.03

La funcionaria, presenta un saludo de bienvenida y agradecimiento a la labor desempeñada por la terna de jurados y manifiesta que teniendo en cuenta que la jornada de deliberación debe realizarse por parte del jurado en espacio autónomo, les indica las pautas a seguir de acuerdo con la información obtenida de la plataforma en la que se inscribieron las obras, se realizó el proceso de verificación y posterior evaluación individual de los jurados, luego se retira de la reunión informando a los jurados que una vez hayan terminado la deliberación, ingresaremos para proceder a diligenciar el acta de la jornada.

La terna de jurados inicia la deliberación teniendo en cuenta las siguientes consideraciones:

1. Que de conformidad con lo establecido en el procedimiento PR M3-P3 03 Colección de Autores Vallecaucanos, el 13 de agosto de 2021 se publicó en la página web del Departamento del Valle del Cauca - Secretaría de Cultura, el instructivo de la Convocatoria XXIV Autores Vallecaucanos 2021, documento en el cual se establecieron las condiciones y requisitos generales de participación, el proceso de verificación, los criterios de evaluación y selección de las obras presentadas a la Convocatoria.
2. Que, para realizar la evaluación individual y luego colectiva, les fueron enviados a los jurados las doce (12) obras, las cuales fueron habilitados, una vez superada la etapa de verificación del cumplimiento de requisitos y condiciones generales de participación.
3. Que entre el 27 de septiembre y el 23 de octubre de 2021, la terna de jurados designados para la modalidad de novela, mediante Resolución No. 1.240-54-45 de 23 de agosto de 2021, realizaron el proceso de evaluación de forma individual.
4. Que los criterios de evaluación establecidos para esta convocatoria, son los siguientes:

CRITERIOS DE EVALUACIÓN	PUNTAJE MÁXIMO
Ortografía y Sintaxis (puntuación, gramática, uso del lenguaje): aplica en forma correcta las normas ortográficas y usa adecuadamente el lenguaje	20
Solidez de la estructura.	30
Verosimilitud, construcción de personajes, argumento y recursos estilísticos del género.	30
Voz propia / estilo: construcción del lenguaje de acuerdo al carácter.	20



**GOBERNACIÓN
VALLE DEL CAUCA**
Secretaría de Cultura

FO-M9-P3-02- V01
1.240-14.03

Que la terna de jurados una vez terminada la deliberación y de acuerdo con el informe de promedios obtenidos de la evaluación individual realizada a cada obra, designaron como ganadoras las siguientes obras en primer y segundo lugar, los cuales se relacionan a continuación:

Primer lugar:

No. Rad	Obra	Autor	Seudónimo	Mpio	PUNTAJE
61	Las palabras nuevas	Ana Yuli Mosquera Becerra	Jana	Cali	99.6667

Segundo lugar:

No. Rad	Obra	Autor	Seudónimo	Mpio	Puntaje
42	Teoría del miedo	John Alexander Toro Zarama	Sid Elegans	Cali	85.6667

Consideraciones finales:

La jurado Sonia Nadhezda Truque, manifiesta que para la convocatoria al premio de novela Jorge Isaacs 2021 la Gobernación del Valle del Cauca y su Secretaria de Cultura, me invitaron a ser parte del jurado con Fabio Martínez y Hernán Toro, después de leer las novelas seleccionadas otorgamos por unanimidad el primer premio a la novela Palabras Nuevas.

En mi opinión, la novela está construida sobre un tema difícil como lo es la problemática del Distrito de Agua Blanca, espejo de otras comunas subnormales de Cali, que tienen en común la desesperanza de sus jóvenes, la violencia intrafamiliar, los jóvenes pandilleros y una atmósfera de no futuro. La novela logra sin embargo sostener la trama y la subtrama, con personajes verosímiles y un tono poético sostenido.

La segunda novela también decidida por unanimidad, aborda, también un tema de jóvenes, desde otra mirada no exenta de conflictos, donde el amor, las primeras borracheras, la situación del conflicto interno, lograda por la construcción de unos personajes sólidos, con un lenguaje preciso que la hace merecer el premio.

El jurado Héctor Fabio Martínez manifiesta que: La Palabras nuevas es una novela fresca, con un lenguaje y un ritmo fluido que narra la historia de una niña negra, que vive la discriminación y exclusión social. Contada desde adentro del distrito de



**GOBERNACIÓN
VALLE DEL CAUCA**
Secretaría de Cultura

FO-M9-P3-02- V01
1.240-14.03

Aguablanca la obra contiene un alto contenido poético. Es bella y cautivadora. Por esto merece el Primer puesto en el Concurso de Novela 'Jorge Isaacs'.

En cuanto a la Novela-Teoría del miedo, comenta que es una obra que cuenta la historia de cuatro jóvenes, donde se esconden sus amores secretos, su mundo sentimental, y sus experiencias bellas y frustrantes en una ciudad caliente y tropical. Su lenguaje está bien tratado y mantiene un ritmo que cautiva. Por esta razón, esta novela merece el Segundo Puesto en el Concurso de Novela 'Jorge Isaacs'.

La selección de las novelas Las Palabras nuevas y Teoría del miedo me permite afirmar con certeza, que el Concurso de novela 'Jorge Isaacs' organizado por la Secretaría de Cultura del Departamento del Valle del Cauca, se enriquece, contribuyendo, de esta manera, al avance de la literatura de la Región y del país.

El jurado Hernán Alfonso Toro Patiño manifiesta, que primero debe señalar que encontró un número importante de novelas, que tenían una calidad muy alta. De las doce que fueron sometidas a la consideración del jurado, había seis que se destacaban, con diferentes niveles, por su manejo del lenguaje, la construcción de la historia y el conocimiento del oficio.

Como ocurre en estos concursos, otro número importante ponía de presente un nivel formativo e incipiente de sus autores.

Las dos novelas que elegí como ganadoras del primer y segundo lugar –Las palabras nuevas y Teoría del miedo, respectivamente-- son francamente excepcionales (a las que habría que agregar la titulada Las alas de la muerte). Por fortuna, los dos otros miembros del jurado emitieron un juicio semejante. Que las dos novelas ganadoras sean de altísimo nivel, también significa una acreditación prestigiosa para el concurso.

Las palabras nuevas es una novela muy bella, con extraordinario sentido del lenguaje poético al servicio de lo narrativo, con una capacidad muy fuerte de interpelación a nuestros problemas humanos y sociales, escrita desde la perspectiva de una niña de 13 años, negra, hija de una empleada del servicio, desplazada por la violencia, habitante de barrios marginales asediados por inequidades de todo tipo (miseria, muerte, narcotráfico, racismo, machismo...), enfrenta a sus lectores a asuntos que son simultáneamente contemporáneos y antiguos.

Celebro esta iniciativa. La posibilidad de confrontar las obras con las de sus colegas representa un estímulo importante para los autores. La publicación que de allí se deriva permite a los otros escritores y al público interesado en la literatura hacerse una idea del nivel de cualificación de la literatura.



**GOBERNACIÓN
VALLE DEL CAUCA**
Secretaría de Cultura

FO-M9-P3-02- V01
1.240-14.03

Los organizadores del concurso deberían intentar en una próxima oportunidad complementar el método de evaluación individual, instalado en burbujas aisladas de los jurados (aplicado en esta ocasión), con encuentros entre estos para intercambiar opiniones y confrontar ideas. Es posible que de esta manera salga un juicio más enriquecido.

Siendo las 10:50 AM se da por terminada la jornada de deliberación y se suscribe la presente acta por la que en ella participaron.

Para constancia de lo anterior se firma en Santiago de Cali, el veintitrés (23) de octubre de dos mil veintiuno (2021).

Jurado
SONIA NADHEZDA TRUQUE
C.C.16.597.693

Jurado
HÉCTOR FABIO MARTÍNEZ
C.C 41.629.551

Jurado
HERNÁN ALFONSO TORO PATIÑO
C.C 14.953.238



ISBN 978-958-53693-6-8

